

ESTA FAMILIA  
QUE VIVE  
EN NOSOTROS

Chantal RIALLAND

Descubrir la psicogenealogía: todos somos los hijos de nuestra infancia.

Este libro está dedicado a todos los Hijos,  
Los de hoy,  
Los por venir  
Y al Hijo que vive en cada uno de nosotros.

Doy las gracias especialmente a:  
Mme. Joëlle de Gravelaine por su acogida, su ayuda valiosa para la redacción y su interés por el tema.

Y también a:  
M. Alejandro Jodorowsky quien me dio a conocer, hace doce años, el concepto de psicogenealogía.

Doy las gracias a las secretarias que, durante meses, me ayudaron eficaz y dinámicamente.

Doy las gracias a mis amigas que me animaron y sostuvieron.

Doy las gracias a mis pacientes cuyas historias familiares, por su especificidad, me aportan cada día.

Doy las gracias a los diferentes terapeutas con quienes trabaje en mi propia historia familiar.

Para preservar el secreto profesional, los ejemplos citados estuvieron ligeramente modificados, y los nombres obviamente cambiados.

## INDICE

LA PSICOGENEALOGÍA.....	5
INTRODUCCIÓN .....	6
1. Proyecciones.....	8
SER CONCEBIDO.....	8
NACER.....	11
NOMBRES DE PILA.....	13
SER BEBÉ.....	16
ETIQUETAS.....	18
2. Identificaciones.....	21
LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN .....	22
LAS IDENTIFICACIONES CON LA MADRE .....	26
ALGUNOS EJEMPLOS DE MADRES .....	28
EJEMPLOS DE MUJERES.....	35
LAS IDENTIFICACIONES CON EL PADRE .....	42
EJEMPLOS DE PADRES.....	45
EJEMPLOS DE HOMBRES.....	53
LAS IDENTIFICACIONES CON LA PAREJA.....	58
LAS IDENTIFICACIONES CON LOS HERMANOS Y HERMANAS.....	62
EJEMPLOS DE IDENTIFICACIONES EN LA FRATRÍA.....	63
EJEMPLOS DE LUGAR EN LA FRATRÍA.....	66
LAS IDENTIFICACIONES CON LOS ABUELOS.....	72
3. Repeticiones.....	76
LOS MECANISMOS DE REPETICIÓN.....	77
LA HEREDERA.....	78
MI POBRE HIJA.....	80
LA VIRILIDAD INACCESIBLE.....	82
LA VIDA NO ES UNA PARTIDA DE PLACER.....	84
SER SÓLO UNA MUJER.....	86
VOLVER A HACER EL AMOR.....	88
EL TERROR AL PARTO.....	90
ERES REALMENTE UN CERO.....	91
TRIÓ INFERNAL.....	93
UN PADRE EJEMPLAR.....	95
AMBIVALENCIA.....	97
ANOREXIA.....	99
EL ESPERMA CULPABLE.....	101
EL SEÑOR SALOMON.....	103

MORIR POR LA ENA (ESCUELA NACIONAL DE ADMINISTRACIÓN)	105
UN CÁNCER DEL PECHO .....	106
4.Liberarse.....	108
RENACER .....	109
LAS DIFERENTES FORMAS DE “PSI” .....	114
LA TERAPIA EN PSICOGENEALOGÍA.....	116
LA DIFUSION DE LA PSICOGENEALOGIA.....	119

## LA PSICOGENEALOGÍA

Todos tenemos una historia. Una historia de la familia de la cual somos uno de los eslabones, llena de personajes que conocemos bien, padre, madre, abuelos, hermanos o hermanas; y otros de los cuales sabemos poco (o nada), pero su huella subsiste en nosotros a través de los secretos, lo callado, las alusiones, transmitidos por nuestros padres. Este mosaico familiar ejerció sobre nosotros una influencia, tengamos consciencia o no de ello, y está frecuentemente en el origen de repeticiones obstinadas que constatamos sin comprenderlas. ¿En efecto, porqué elegir a un hombre que nos hace padecer, igual como nuestra madre eligió a un hombre que la hizo sufrir e igual como su propia madre había vivido muerte y pasión a causa de su esposo? ¿Porqué ser víctima de la misma enfermedad que nuestro padre a su misma edad?

La psicogenealogía nos ayuda a operar estas tomas de consciencia necesarias y liberadoras, a descubrir mejor con quienes nos hemos identificado, cual papel familiar hemos asumido sin haber tenido la intención de ello, y a veces obligados y forzados.

Explorar este laberinto, gracias a esta psicoterapia original, nos permite comprender lo que nos determina, nos influencia y constituye el tejido de nuestra vida: cañamazo de guiones genealógicos afectivos, sexuales, intelectuales, profesionales.

Encontramos los mismos cruces de caminos, volvemos a vivir ciertos acontecimientos similares en edades idénticas, reproducimos situaciones equivalentes, formamos parejas similares...

En el curso de esta psicoterapia, se trata de aprender a usar bien la propia historia familiar. Transformamos la herencia psicológica que fue por nosotros fuente de sufrimiento, nos causó heridas narcisistas, humillaciones, sentimientos de vergüenza y culpabilidad. Explotamos los elementos positivos y los adquiridos también transmitidos por la familia. Sobre todo es necesario acabar con repeticiones de los mismos esquemas, los mismos errores que envenenan nuestra propia vida y corren el riesgo de envenenar la de nuestros descendientes. Si llegamos a reconstituir el puzzle que está formado en nosotros, desenmascaramos estas trampas familiares y conseguimos así poner fin a lo que algunos viven como una maldición, un destino infernal.

Por fin llegamos a curar en nosotros las consecuencias de las neurosis que afectaron los miembros de nuestra familia. Entonces dejamos de ser una víctima para transformarnos en un ser libre de decidir de su porvenir, de sus elecciones. Aunque, igual como en cualquier experiencia psicoterapéutica, el camino es un trabajo, el objetivo es "volver a nacer". Por fin realizado este trabajo alquímico, la mutación, podemos de aquí en adelante transformar este sufrimiento inicial en energía, perdonar, descubrir la alegría, abrir sus alas.

## INTRODUCCIÓN

Todos hemos nacido de un espermatozoide y de un óvulo. Así se constituyen nuestro patrimonio genético, nuestra herencia biológica. Pero nuestra herencia no está hecha únicamente de células, carne y sangre, también es psicológica. Frecuentemente sin saberlo, inconscientemente.

Nacemos en el seno de cierta sociedad, en una época dada, en un país particular. No seríamos el mismo o la misma si viviéramos en la Edad Media o dentro de tres siglos. Si hubiéramos nacido en otra civilización, en un país lejano, tendríamos otras costumbres, otros modales, otra visión de la vida.

Para ciertos niños de hoy, ya no se puede decir que han nacido del encuentro de un hombre y de una mujer: la fecundación se hizo por el espermatozoide puesto en banco anónimamente o la gestación por una madre portadora.

Sucede lo mismo con nuestra familia. Criados por nuestros vecinos, seríamos totalmente diferentes. Las personas que nos educan bebé, niño, adolescente, nos dan, por procesos que vamos a estudiar a lo largo de este libro, un patrimonio psicogenealógico. Tomemos el caso más frecuente en que nuestros padres biológicos son los que velan por nosotros.

A partir de nuestra concepción, somos objeto de proyecciones por parte de nuestra familia. Somos deseado(a)s o no lo somos, esperado(a)s como hijo o hija, fantasmado(a)s, soñado(a)s en cuanto a nuestro físico, nuestro carácter, nuestras aptitudes. Primero somos un niño imaginario.

En nuestro nacimiento, recibimos nombre(s) y apellidos.

Al crecer, somos definidos, etiquetados según ciertas características corporales, sexuales, afectivas, intelectuales, artísticas, en función de los miembros de nuestro árbol genealógico, por comparación también con nuestros eventuales hermanos y hermanas.

Durante nuestro crecimiento, nos identificábamos con nuestra madre o nuestro padre. Estos gigantes, para los pequeños que somos, representan el mundo, la realidad, la verdad. Los imitamos, aprendiendo a través de ellos lo que significa ser humano, ser hombre, ser mujer, lo que es la pareja, la familia. Descubrimos la vida a través de ellos.

Después de sufrir un conjunto de proyecciones familiares e identificarnos con nuestros padres y ciertas personalidades de nuestro árbol genealógico, instalamos muy naturalmente un sistema de repeticiones.

Repetimos las opiniones, los comportamientos, las relaciones, las actuaciones de nuestra familia. Si éstos nos convienen, esto no provoca tensiones en nosotros. En cambio, algunos adoptan sistemáticamente la posición contraria a lo que conocieron. Es lo que se llama el “contra – guión”. Pero reaccionar “a lo opuesto de” siempre es actuar “en función de”. Para la mayoría de nosotros, en algunos campos de nuestra vida, estas repeticiones conllevan conflictos interiores. No hacemos lo que deseamos y no deseamos lo que hacemos. Se efectúa una separación entre nuestro consciente que expresa ciertas aspiraciones y nuestro inconsciente que traduce deseos desconocidos, oscuros, reprimidos.

Volvemos a encontrar las mismas dificultades en filigrana de nuestra existencia: siempre tenemos los mismos problemas en nuestra vida profesional, encontramos el mismo tipo de hombre o mujer en nuestras relaciones afectivas, volvemos a vivir las mismas situaciones. Nuestras angustias, nuestros fracasos nos persiguen. ¿Cómo salir de estas trampas?

El primer objetivo de la psicogenealogía es el hacernos tomar consciencia de nuestros mecanismos familiares, esta familia que nos habita. Somos el fruto de una larga cadena. En lo más hondo de nosotros, no sólo viven nuestros padres, sino que también los padres de éstos, o sea nuestros abuelos, incluso nuestros bisabuelos aun cuando no los hayamos conocido. En nuestra alma, viven nuestros hermanos y hermanas, nuestros primos y primas. Adentro nuestro viven también amigos de la familia, adultos que amamos u odiamos durante nuestra infancia (servicio doméstico, maestro o profesor, médico, religiosos, etc.), niños, adolescentes que eran nuestros amigos íntimos o nuestros compañeros.

La psicogenealogía tiene por segundo objetivo el ayudarnos a liberarnos de empresas familiares que nos impiden vivir según nuestro deseo. Para esto, vamos a empezar la búsqueda de nuestro yo auténtico, aprender a amarnos, a estar en paz con nosotros - mismos para estar mejor, para actuar mejor, para amar mejor a los demás y la vida. Y si tenemos hijos, separaremos lo bueno de lo malo para darles lo mejor de nuestra historia familiar y nuestro.

## 1. Proyecciones.

### **SER CONCEBIDO**

El clima psicológico en el cual fue concebido un ser marca las profundidades de su inconsciente.

Tomemos el caso más cómodo de vivir: los padres, tanto el uno como el otro, desean tener un hijo y acogen con gran alegría su llegada. Padre y madre proyectan en este bebé esperado todos sus fantasmas. ¿Qué se prefiere más o menos conscientemente: a niño o niña? ¿O bien estará bien acogido cualquier sea su sexo? Formulan deseos, imaginan a este niño por nacer. Por ejemplo, una mujer que ama a su marido quiere darle a un hijo que se le parezca, o a una hija con los ojos azules que tanto le sedujeron. O bien aún, el padre desea volver a encontrar, a través de su hijo(a), la belleza de su esposa o el color de sus cabellos. Más allá de su propia pareja, los padres fantasman (= crean una imagen imaginaria, o virtual, o fantasmal) que este niño, su hijo, se parecerá a personas amadas que forman parte de su árbol genealógico. Una niña tan guapa como su hermana mayor, tan dulce como su madre, tan despabilada como su abuela que hizo frente a todas las dificultades; un hijo robusto como su hermano, trabajador como su padre, brillante como su abuelo. Los padres esperan a un hijo en función de lo que conocieron, es decir en función de su propia historia familiar. Esperan que herede ciertas características afectivas, ciertas dotes intelectuales, manuales o artísticas. Son los florones, los patrones oro de su psicogenealogía.

Más aún, los padres felices de serlo intentan hacer mejor que sus propios padres. Quieren dar a su hijo todo lo que les hizo falta. Desean ardientemente verlo realizar lo que ellos no pudieron vivir o conseguir: estudios, por ejemplo, logro de un examen de alto nivel. El “pequeño”, o la “pequeña” será politécnico o médico, doctor en filosofía o investigador. O bien el niño recibirá una formación artística soñada por su madre o su padre o ambos: él o ella bailará, cantará, tocará el piano, el violín, el órgano, dibujará, pintará. O hará deporte. O bien viajará lo antes posible para hablar idiomas extranjeros de muy joven.

En cuanto a este bebé, los padres se angustian en función de su propia problemática, consecuencia de su infancia y de su adolescencia. Y esto, con tanta más acuidad cuanto más padre y madre se sintieron no deseados, rechazados, no conformes al deseo familiar. “Esperemos que todo vaya bien, que sea normal!”. “Esperemos que el parto se desenvuelva lo mejor posible”. El anterior quizás fue difícil quizás o una de las mujeres de la familia, madre, abuela, bisabuela, tía, tuvo un parto dramático o murió al dar a luz. Esperemos que este niño no se parezca a miembros rechazados del árbol genealógico: “Que no sea mala como tía Agata”, “drogadicta como la prima”, Prostituida como la tía”, “Libertina como la abuela Ernestina”. “Que no sea alcohólico como su abuelo Arturo”, “Homosexual como el tío”, “Holgazán y ligón como el abuelo paterno”, “mendigo como el bisabuelo”. Algunos padres ya temen la crisis de la adolescencia. Esperemos que no haya conflictos. “Esperemos que hagan un buen casamiento”.



“cuando pienso que pertenecerá a otro hombre!” Inevitablemente, en edad adulta, les dejará su hijo.

El ser humano pone voluntariamente niños al mundo con una sutil mezcla de amor, necesidades, deseos contradictorios, temores. Necesitan ser excepcionalmente evolucionados para dar vida a un hijo lo más libremente posible, para concebir que su papel es aprender a conocerle tal como es, acompañarle en su desarrollo, ayudarle a alcanzar su plenitud y dejarle que construya su vida. Este pequeño ser que viene de su carne y de su sangre no les pertenece. Se necesita mucho valor y consciencia para no transformar al hijo en la “cosa propia” y aceptar que se marche después de haber solicitado tanto amor, cuidados, paciencia.

¿Cuáles son los motivos por los cuales se desea un hijo? Si lo conciben sus padres por profundo deseo de ser madre y padre, para formar una familia, cuánta suerte! Por desgracia, a veces se le espera por razones psicológicamente menos sanas. Hay niños – instrumentos, creados según una finalidad muy concreta referente a la vida de sus padres y no a la suya. Algunos sólo están aquí para salvar al matrimonio. Por ejemplo, la madre está embarazada para guardar a su marido que quería dejarla, o bien uno de los padres tenía una relación que rompió y el nacimiento se presenta como voluntad de un nuevo comienzo conyugal. Otros han nacido para recoger la herencia: padres tienen un hijo, generalmente único, tanto para transmitir el patrimonio como para no dividirlo. Numerosos son los que estuvieron concebidos después de un fallecimiento, para sustituir a un hijo muerto o para continuar el linaje – uno de los abuelos, o uno de los tíos o tías acabando de morir.

Al principio del embarazo se deseó al niño, pero suceden tantas cosas en nueve meses! Al trabajar en psicogenealogía, hay que considerar también la vida fetal: ¿qué sucedió en el curso de este período? Padres tuvieron impactos: un conflicto grave entre ellos, inquietudes financieras, pérdida del empleo, una quiebra, problemas de salud, un accidente, una salida para la guerra, la desaparición de una persona amada, dificultades con otro hijo. Inconscientemente el feto capta el ambiente que le rodea. Es importante conocer lo vivido de este período para ser consciente de él y eventualmente, apaciguar o reparar las perturbaciones que esto provocó en nosotros.

La concepción puede ser inoportuna. El niño llega sin haberlo planeado. Se trata de ausencia o error de contracepción. Así nacieron muchos “niños Ogino”. Los padres no están regocijados, pero finalmente se hacen a la idea y aceptan poco a poco al recién llegado.

El niño también puede no estar deseado en absoluto, es un accidente. Al principio, padre y madre están apenados por esta noticia. Es demasiado pronto o demasiado tarde, quizás incluso no deseaban crear una familia. El bebé coge como suyos este rechazo o conflictos. Algunos padres compensan esta carencia de deseo en el momento del nacimiento por un exceso de atención, vigilancia que puede ahogar al niño y hacerlo muy dependiente o muy rebelde. Existen embarazos dramáticos. Antaño, para muchas madres solteras, era el oprobio y la puesta en desgracia por la sociedad, incluso la familia. Así algunos bebés fueron abandonados. Los niños nacidos de una violación o de un incesto también son el fruto de concepciones particularmente dolorosas.

Ahora, el estatuto de las madres solteras ha cambiado: muchas eligieron asumir solas a su hijo. A veces, estas mujeres muy absorbidas por sus estudios, luego su profesión, cuarentonas y viviendo solas, desean tener la experiencia de la maternidad. Para ellas, si no se vuelven madre, nunca serán mujeres completas. Biológicamente, ya no pueden esperar. Sin embargo, el niño estará privado de la presencia del padre. Otras

madres solteras no han elegido su situación: esperaban formar una pareja pero, por diversas razones, el padre no asume a su hijo. Por ejemplo, no tiene ganas de formar una familia o su trabajo necesita una total independencia; o bien ya está casado y no quiere divorciarse. Puede ocurrir que la madre no se haya dado cuenta que estaba embarazada y que una interrupción voluntaria del embarazo ya no sea posible. Hay confrontación entre lo consciente, lleno de conflictos y el inconsciente que hace que el niño esté aquí. Un trabajo psicológico consiste, entre otros, a desenredar las razones de esta concepción. Quizás, inconscientemente, la madre sólo trae a este niño al mundo para satisfacer a su propio padre de quien llevará el apellido, el bebé no siendo reconocido por su genitor? En otros casos, el niño es el instrumento de un chantaje, la amante esperando que quizás mediante este nacimiento, el padre dejará a su primera mujer. Incluso, la mamá está en conflicto con el hombre en general y “se encuentra” madre soltera.

La madre aunque casada, tiene un hijo de su amante. Es un caso muy complejo en psicogenealogía. Todo depende de las relaciones ulteriores del trío, de la posición del niño entre sus hermanos y hermanas, de la acogida de su padre legal, de la actitud del padre biológico. ¿Se trata de un encuentro fortuito o de una relación? ¿Cuáles son sus causas? ¿Quién supo, quién no supo?

El mundo cambia, nuestro psiquismo se transforma. La contracepción se generaliza. Las condiciones de interrupción voluntaria de embarazo están modificadas. Con mucha más frecuencia, los niños están conscientemente deseados. Sin embargo, motivos religiosos impiden que las madres aborten. Los progresos de la ecografía permiten reconocer el sexo de su hijo antes del nacimiento. Padres se acostumbran, pues, a la idea de tener una hija en vez de un hijo y viceversa. Al ser todo a la vez positivo y negativo, luz y sombra, este conocimiento puede también traer conflictos psicológicos o, casos más escasos pero no obstante reales, abortos espontáneos. Sin embargo, los padres frecuentemente se conciencian mejor de que este niño que está creciendo en el seno de la madre ya es un ser distinto dotado de vida propia.

## **NACER**

El nacimiento es un momento fundamental de nuestra existencia. En nuestra memoria inconsciente, todos hemos grabado las diferentes fases de nuestro nacimiento: principio del trabajo, dilatación, expulsión. ¿Cómo, físicamente, hemos vivido este acontecimiento? Nacimos a término, o prematuro o tardío? ¿Fue normal el parto o difícil? ¿Estuvo provocado el parto? ¿Fórceps? Cesárea? Presentación por el asiento? ¿Dolor fetal? ¿Riesgo de ahogo por el cordón umbilical? ¿Corrimos el riesgo de morir? En el fondo de la consciencia, el nacimiento representa la primera autonomía, el primer contacto con el exterior. Marca un balanceo entre nuestros impulsos vitales y nuestros impulsos de muerte, la voluntad de emprender y el repliegue sobre uno mismo. ¿Tuvimos que luchar para vivir, de mala gana o fue nuestro nacimiento un momento privilegiado y una experiencia positiva. A la inversa, muchas mujeres, por haber sufrido mucho, comunican a su hijo una imagen apocalíptica. Entonces la hija entroja el terror de dar a luz, el hijo desarrolla, más tarde, una angustia inconsciente frente a su esperma susceptible de hacer padecer.

La pregunta de la presencia del padre también es esencial. ¿Cómo vivió el nacimiento? ¿Estaba presente o ausente? ¿Participó o no y en qué modo? A este respecto, las mentalidades han cambiado profundamente. Antaño, generalmente el padre estaba excluido durante el parto.

Dicho de otro modo, varios elementos referentes al nacimiento son fundamentales: la memoria inconsciente del cuerpo que imprime ulteriormente esquemas repetitivos con relación a la vida, a la acción, a la conducta de los proyectos; el discurso de la madre traduciendo su vivido y la acogida del bebé; el modo en que el padre acompañó este acontecimiento; y por fin, si hay hermanos y hermanas, la comparación entre los diversos partos.

El nacimiento, el paso de la vida fetal, fusionada con la madre a la del recién nacido en un cuerpo independiente, constituye la separación inicial. Venimos al mundo, afirmamos nuestra identidad, efectuamos nuestra primera respiración.

Pasos, los habrá durante toda la vida. Vivimos transformaciones sucesivas, morimos en un estado para renacer en otro. Repetimos inconscientemente, a medida de los diversos nacimientos simbólicos de nuestra vida el modo en que salimos a luz.

Una paciente nació muy rápidamente, en veinte minutos. Para ella, todo ha de ir rápido. Cualquier cosa que haga, actúa con urgencia.

La madre de otra paciente tenía albúmina antes del nacimiento. El médico observaba cada mañana el resultado del laboratorio más favorable para provocar el parto. Lo cual se hizo y el nacimiento fue fácil también y corto. Esta persona rumia las decisiones importantes de su vida durante cierto período y de repente, se precipita. Es así como después de haber conocido a un hombre durante tres meses, decidió casarse con él en veinticuatro horas. Concibió a su hija tan pronto como dejó el contraceptivo. Meditó la compra de una casa durante dos semanas y eligió el modelo de construcción en una hora.

Otros pacientes nacidos con fórceps tienen tendencia, frente a un problema, a esperar el último momento para resolverlo. Esperan una ayuda exterior. A veces, están “mágicamente” socorridos antes de la catástrofe. Así, el propietario del piso que alquila Alina le obliga a marcharse. Dos días antes de la fecha fatídica, ella aún no ha encontrado nada pero un amigo le propone una vivienda que le conviene perfectamente.

El banquero llama a Paul para que cubra el saldo rojo autorizado de su cuenta en el plazo más corto. El día siguiente recibe una suma de dinero imprevista.

Otros pacientes, nacidos por cesárea, tienen muchas dificultades en tomar decisiones. La vida actúa sobre ellos, más de lo que ellos actúan sobre ella. No es sistemáticamente el caso, pero es frecuente.

Elena se consideró muerta al nacer. Una enfermera sin embargo intentó reanimarla sumergiéndola alternativamente en baños de agua caliente y helada. Esta mujer es una artista. En su vida, alternan golpes de suerte extraordinarios y golpes de mala suerte igual de intensos.

Una de mis amigas había “fallecido” ella también, en el nacimiento. Esto era muy dramático ya que el primer hijo había muerto en estas condiciones y ella era la segunda. En este caso también, una enfermera intentó sin embargo salvar al bebé totalmente cianosado. Merced a una inyección y cuidados, Cristina volvió a la vida. Paso su tiempo intentando sacar a los demás de situaciones desesperadas.

Es importante saber, comprender, asimilar, el modo en que hemos vivido nuestro nacimiento para analizar nuestras reacciones frente a cualquier nuevo paso y para eventualmente transformarlas.

## **NOMBRES DE PILA**

La primera pregunta que hay que hacerse cuando nos interrogamos sobre la psicogenealogía es la del origen del sonido y más generalmente de sus nombres. ¿Cómo y por qué se dieron? ¿Quién los eligió? ¿La madre, el padre, otro miembro de la familia, incluso el padrino, la madrina, un amigo o amiga? La elección de los nombres es muy importante porque es la expresión de proyecciones iniciales que hacen los padres y el árbol genealógico sobre el niño.

¿Ya existen estos nombres en la familia? Se presenta una infinidad de posibilidades.

Frecuentemente en segundo y tercer nombre se repiten los de los abuelos. Si nuestra abuela paterna se llama Emiliana y que llevamos este nombre, nuestro padre desea probablemente volver a hallar, mediante esta niña que somos, lo que a él le gusta de la abuela. Si nos llamamos al mismo tiempo Ángela, nombre de nuestra abuela materna, generalmente nuestra madre desea ver en nosotras una réplica de lo que ella aprecia, ella también, en su madre. Si Ángela y Emiliana son personalidades que se corresponden, aunque ante todo nos gustaría existir por nosotras mismas, nos encontramos frente a proyecciones relativamente armoniosas. Si, en cambio, nuestras abuelas son totalmente diferentes, si una es una santa mujer y la otra una escandalosa a los ojos de la familia, estamos confrontados con proyecciones contradictorias. A veces, uno de los padres quiso complacer a su madre, pero su relación sin embargo es conflictiva. Entonces, aunque llevando su nombre, será mejor abstenerse de parecerse demasiado para hacerse amar. En otro caso, Papa adora a Luisa, su madre, pero Mama detesta a su suegra. Lo cual lleva a un ejercicio psicológico peligroso: para complacer al padre, hay que parecerse a Luisa, pero para seducir a la madre, es necesario no recordarle nada de esta mujer odiada. Lo que acabamos de expresar para una niña es también válido para un hijo que lleva nombres de uno de sus abuelos o de ambos.

Nuestro segundo y tercer nombre no forzosamente es el de nuestros abuelos. Pueden ser los de nuestros bisabuelos. ¿Cuáles son las cualidades atribuidas a éstos o éstas que nuestros padres proyectan en nosotros? Frecuentemente, una parte de leyenda rodea a ciertos bisabuelos. Un paciente, campeón olímpico, tiene un árbol genealógico que valora la fuerza física. Se llama como uno de sus bisabuelos. La familia dice que era una fuerza de la naturaleza y que llevaba maletas de cien kilos... Sí, pero nadie prepara similares maletas, por definición imposibles de transportar!

Nuestros nombres frecuentemente son los de tíos y tías. Generalmente, nuestros padres nos los dan porque ellos – mismos tienen relaciones intensas, conflictivas o no, con sus hermanos y hermanas. Nos piden más o menos conscientemente que nos identifiquemos a estos modelos de referencia o de vengarles de la problemática que a ellos se refiere.

A veces, nuestros nombres son los de las estrellas de la familia. No forzosamente hay estrellas en todas las familias, pero la estrella es específica de la familia que le confiere este estatuto porque lo hace en función de su sistema de valores. Hay el(la) niño(a) muerto(a), el(la) adolescente o adulto(la) desaparecido(a) de joven por enfermedad o accidente, el soldado muerto en combate. Pero también personajes, hombres o mujeres, más diversos: la monja o el sacerdote, el pastor, el rabino. El o la que ejerció su profesión como un sacerdocio, institutriz, profesor, enfermera, médico. El o la que hizo estudios brillantes, el doctor en filosofía, el politécnico, el ingeniero, el

catedrático de ciencias... El o la que está dotado(a) de talentos artísticos, el pianista, la cantante, el pintor, el actor, la bailarina, el decorador... O también, el elegido o el militante político, el militar cubierto de medallas, el viajero que relataba múltiples aventuras y traía objetos de países lejanos a su familia.

Si Alejandro es el protagonista, nos llamamos Alejandra. Si se trata de Josefina, nos llamamos José. La transmisión de los nombres de estrellas se hace más allá del sexo, lo cual hace la situación aún más complicada.

Algunas familias católicas dan sistemáticamente a sus hijas, incluso a sus hijos, el nombre de María en último nombre porque ponen a este hijo bajo la protección de la Virgen. Otros añaden a José o Juan asociándolo a veces a María.

Naturalmente el primer nombre es el más importante. Si ya está atribuido a un miembro de la familia, es antes todo a éste o a ésta a quien se nos pide pareceros. Todo lo dicho referente al segundo y tercer nombre sigue verdadero. También se puede llevar el nombre del padre o el de la madre. Los padres quieren prolongarse en su hijo. Hay familias en que todos los hijos mayores son hijos y se llaman, por ejemplo, Francisco. Si a la cuarta generación, nace primero una hija, entonces existen muchas probabilidades de que se llame Francisca.

Si, como niña, nos llamamos Juana, Micaela, Paula, Josefina, Daniela, Gabriela, Federica, Manuela..., nos hemos de preguntar si no estábamos esperando a Juan, Pablo, José, Daniel, Gabriel, Federico, Manuel... No es absolutamente seguro, pero suele ser el caso.

Si, como hijo, llevamos un nombre andrógino que se escribe exactamente igual en masculino como en femenino, tal como "Claude", "Camille" o "Dominique" (todos nombres Franceses que no cambian en masculino y femenino) por ejemplo, preguntémonos si no estábamos esperando a una hija en vez de a un hijo.

Es posible que nuestro nombre no pertenezca a la familia, que sea totalmente original con respecto al árbol genealógico. Nuestros padres buscan quizás lo nuevo, la independencia, o eligieron un nombre de moda. Es interesante saber las asociaciones que este nombre diferente pudo evocar a los que lo dieron. Esto permite conocer algunas de las proyecciones hechas sobre nosotros. Por ejemplo, se trata del nombre de un amigo o de una amiga muy querida por Papá o Mamá. Una paciente lleva el nombre de la amante que tuvo su padre antes de casarse. Los padres de Felipe, hijo mayor, fueron abandonados ambos por sus familias y estuvieron criados en un orfanato. Se encontraron en el cine en donde proyectaban una película interesante interpretada por Philippe Noiret. Es así como llevamos el nombre de un actor, escritor, pintor, el de un héroe o de una heroína de novela, película, obra de teatro u opera, líder político, o personaje perteneciente a la Historia. Una paciente se llama Marianne porque su padre, Boliviano emigrado en Francia, es muy amante de las ideas republicanas y de su tierra de acogida.

Ocurre que, en filigrana de un nombre nuevo, aparecen los del árbol genealógico. Me llamo Chantal. No existe santa Chantal porque se trataba antaño de un apellido. La santa patronímica, de hecho, es santa Jeanne – Françoise – Frémot – de – Chantal. No hay ninguna Chantal en las generaciones precedentes. Sin embargo, una de mis bisabuelas maternas se llama Jeanne, mi abuela materna se llama Jeanne, mi abuela paterna se llama Jeanne, el segundo nombre de mi madre es Jeanne y el segundo nombre de mi padre es François. Sin comentarios!

Consideremos los nombres de los niños de padres de nacionalidad extranjera residentes en Francia. ¿Sólo darán los padres nombres Franceses, expresando así su

deseo de inserción en el país de inmigración y, quizás, una desvalorización de su cultura de origen? ¿Buscan un nombre que pueda comprenderse en ambos idiomas? ¿Transmiten nombres de su árbol genealógico?

En las familias musulmanas, los padres se interesan sobre todo por el significado del nombre. Una de mis amigas se llama Fatia, es decir “alegría”. También es verdad en otras culturas. La familia proyecta entonces directamente sobre el hijo una cualidad que ella aprecia.

Ojo con los diminutivos y los apodos. El adulto ya no es un niño. Un diminutivo o un apodo, al estar memorizado y al perdurar, afecta frecuentemente la percepción de nuestro yo, nuestra imagen. A la inversa, una paciente que ya tenía dos hermanos y que, debido a una situación afectiva muy precisa y dramática, llevaba el nombre en versión femenina de su padre, o sea Luciana, se sintió mucho más a gusto haciéndose llamar Lili. Un amigo, eminente terapeuta, eligió el apodo de Jeff para sus íntimos. Hizo bien ya que lleva el mismo nombre que su hermano mayor muerto al nacer y no tiene ningún otro hermano o hermana. Y como “por casualidad”, pasa su tiempo curando a los demás!

## **SER BEBÉ**

Hemos descubierto muy recientemente que el *bebé es una persona*<sup>1</sup>. Una persona muy peculiar.

En primer lugar, el bebé humano es el más frágil de los mamíferos. No beneficia de ninguna protección natural, su sistema nervioso aún ha de terminar su desarrollo, no tiene autonomía. Sin alimento ni cuidado, se muere en pocos días. Todos llevamos muy profundamente hundida dentro de nosotros, esta realidad. Si nuestra madre o alguien no se cuida del recién nacido que somos, morimos. Esto engendra múltiples angustias inconscientes: miedo de estar abandonado(a), miedo de padecer sed, hambre, miedo del calor y del frío, miedo de la dependencia, de la fragilidad, miedo del sufrimiento, de la muerte. Por otro lado, el bebé siente en sí amor y odio constantemente. Cuando la madre lo alimenta, lo cambia, le cuida, lo acaricia, le manifiesta su ternura, le habla, juega con él, siente una profunda beatitud. Pero no puede siempre satisfacer, constantemente y de inmediato, sus necesidades. Por lo tanto, incluso colmado de afecto, siente a veces lo intolerable, la desesperación, la tristeza, la ira, el resentimiento.

Amor, cuando abastecen nuestros deseos; odio, cuando nuestra espera no está satisfecha; estos sentimientos se asocian en nosotros ya en los primeros días de nuestro nacimiento, tal es luz y sombra del mismo impulso: la necesidad. Volveremos a hablar a lo largo de este libro de esta ambivalencia amor – odio. La vía del verdadero amor, desinteresado éste, es un largo camino iniciático que sólo algunos inician.

En segundo término, el bebé es una persona muy específica porque no tiene consciencia de los límites de su cuerpo. Poco a poco, al crecer y jugar con éste, empieza a captar su contorno. El cuerpo del bebé está profundamente vinculado, incluso confundido con el de su madre. Lo mismo, aún no sabe distinguirse de su padre, miembros de la familia, del espacio. Resultan diversas consecuencias, dos de entre las cuales me parecen fundamentales.

La primera es que el bebé comunica de modo privilegiado de inconsciente a inconsciente. Está dotado de un radar para percibir el inconsciente de su madre, de su padre y del inconsciente genealógico. Aunque aún no habla, aunque se expresa sólo con su cuerpo, capta, integra, sabe. El inconsciente del niño es una esponja, un receptáculo de los inconscientes que le rodean, y en su psiquismo se graban, por turno, amor pasional y odio de igual intensidad.

La segunda consecuencia hace que el bebé, luego el niño, oscilen entre el deseo de fusión, mundo ideal, fetal, armonioso y el terror de esta misma fusión causada por la dependencia absoluta y la falta de identidad que implica. Como lo veremos ulteriormente, esta alternancia entre deseo de fusión y terror de ésta se inscribe en el corazón de nuestras relaciones amorosas y sexuales tanto como afectivas.

Las relaciones de un hijo y de una hija con su madre son totalmente diferentes. La fusión de un hijo con la madre está erotizada debido a la diferencia y la atracción de los sexos. Se trata más de tener un nido, seguridad, ternura.

En la edad adulta, el hijo intenta inconscientemente, tanto escapar a esta fascinación como volver a hallar este paraíso perdido. Esto da lugar a una ambivalencia, comportamientos alternos y contradictorios. Para la hija, se trata de no pertenecer al cuerpo de la madre, es decir romper la simbiosis. Está estirada entre dos actitudes

---

<sup>1</sup> Referencia a la película televisada de Bernard Martino.



impulsivas: la búsqueda de la protección, del capullo y la angustia de estar absorbida, despersonalizada. Esto condiciona los comportamientos amorosos del hombre y de la mujer, tan diferentes. Sus enfoques de la intimidad son a la vez opuestos y complementarios. El hombre alterna fusión e independencia, desea espacio en la relación. Desea, conquista, se une y necesita después volverse a encontrar para poder otra vez encontrar al otro.

En cuanto a la mujer, busca una continuidad en el tiempo, una estabilidad que le de seguridad. Con la sexualidad, pide también cariño, ternura.

Dicho de otro modo, generalmente, el hombre expresa por su actitud “te deseo, me gustas, pero vivamos el instante presente, déjame llevar mi vida, no me ahogues”. Frecuentemente, la mujer le contesta por estas palabras: “Te quiero, te admiro, tengo ganas de ti, prométeme que siempre me querrás”.

## **ETIQUETAS**

Cuando nacemos, nuestra familia ve en primer lugar nuestro cuerpo. Conocí un caso en que el padre, deseando dejar a la madre, sin embargo vino a ver a su hija a la maternidad. Se exclamó: “Dios míos! Qué fea es!”, y desapareció sin dejar rastro. Inútil decir cuanto esta mujer, sin embargo muy bella, tuvo dificultad en aceptar y amar su físico. En general, los guiones son por suerte menos dramáticos. “Qué mono es!”, “qué guapa es!” y, según el caso, “es el retrato de su padre”, “de su madre”, “de su abuelo”, “de su abuela”, “de su tío”, “de su tía”. La familia hace suyo al bebé, luego el niño y el adolescente por los parecidos físicos más o menos proyectados, fantasmados. Habitualmente, el cuerpo del niño está troceado. El o ella tiene, por ejemplo, los ojos de su madre, el cabello de su padre, la tez de su abuela materna, la boca de su abuela paterna, las piernas de su tío, las manos de su tía. En breve, el cuerpo del niño es un cuerpo psicogenealógico.

Una de las situaciones más delicadas es naturalmente ser hija cuando se esperaba a un hijo, caso más frecuente, o bien ser hijo cuando se esperaba a una hija. La hija esperada como un hijo suele tener tendencia a jugar al chico travieso. Todo esto es específico, no lo olvidemos, pero es la respuesta más corriente a este problema. Esta hija desarrolla mucho más intensamente su “hombre interior” que “su mujer interior”. Vive esta polaridad masculina en función de lo que sus padres y su árbol genealógico definen como imagen de virilidad. ¿Qué proyectan sobre esta niña su madre quien, quizás, tiene un “hombre interior” desarrollado, su padre, eventualmente sus abuelos? ¿Cómo actúan los padres en función de su propia historia familiar? Generalmente, esta hija está muy animada a desarrollar su intelecto o más bien a obtener carreras porque se espera de ella que ejerza una profesión permitiéndole tomar su sitio en la sociedad lo mismo que un hijo. Antaño, existían familias en las cuales sólo los muchachos tenían derecho de cursar estudios. A veces, esta hija privilegia el deporte de un modo masculino, basado en el desarrollo de la fuerza. Frecuentemente, sólo lleva prendas andróginas, detestando faldas y vestidos.

Inversamente, un hijo esperado como hija recibe de su familia y frecuentemente de su madre una educación que desarrolla su “mujer interior”. Aquí también, hay que saber cómo el árbol genealógico concibe la feminidad. Algunos pacientes están angustiados por esta herencia psicológica porque tienen dificultades en identificar y afirmar su virilidad. Muchos hombres confunden homosexualidad y “feminidad interior” desarrollada. Y grandes artistas, no forzosamente homosexuales, crean a partir de esta polaridad. Numerosas profesiones, incluso científicas, necesitan una poderosa intuición, parte femenina del intelecto.

Las dificultades de estas hijas y de estos hijos aumentan en la adolescencia, cuando empieza a desarrollarse la sexualidad. Numerosas pacientes esperadas como hijos no tuvieron jamás por parte de su padre o de los hombres de la familia una palabra cualquiera referente a su físico de muchachas. Muchos pacientes hijos esperados como hijas nunca recibieron de su familia ánimos para expresarse, afirmarse, manifestarse, atreverse a emprender. El trabajo psicológico consiste en ayudar al desarrollo de la potencialidad reprimida y armonizar en el propio interior masculinidad y feminidad.

Afectivamente, intelectualmente, cualquier hijo se compara a su familia. Las comparaciones positivas son naturalmente más fáciles de asumir que las otras. No es menos verdad que no reflejan quizás la personalidad real del niño, luego la del

adolescente y que estas proyecciones entonces son un corsé con el cual ha de identificarse para ser amado(a). No es seguro que queramos parecernos a nuestra abuela paterna quien, según nuestro padre, era la dulzura, generosidad, abnegación encarnadas. No forzosamente tenemos ganas de vivir como nuestra tía, original, independiente, soltera que, a los ojos de nuestra madre, tuvo una existencia de ensueño porque enseñó en el mundo entero y sin rendir cuentas a su marido naturalmente. Nada menos seguro de que queramos parecernos a nuestro abuelo paterno, trabajador empedernido, ahorrador, puntual, cuya única distracción consistía en tocar música. Y sin embargo, según nuestros padres, nos parecemos tanto a él por ser amable, generoso(a), servicial! Es obvio, somos una persona original, independiente, dotada por los idiomas. No tenemos forzosamente ganas de ser soltero(a). Y los viajes no son quizás nuestra actividad preferida. Puede también que la enseñanza no sea nuestro sueño. Evidentemente somos una persona trabajadora, seria, puntual pero, de hecho, nos gustaría de vez en cuando hacer tonterías! Las clases de violín, está muy bien, pero nos gusta realmente esta actividad?

Con excesiva frecuencia, por desgracia, las comparaciones son negativas. Son dramáticas para el niño pero los padres no se percatan de ello. De hecho, temen el fracaso para su retoño, se preocupan, se angustian. Frecuentemente, ellos – mismos están en desarmonía con su familia y sólo tienen un temor: el que su hijo se parezca a los repudiados de su árbol genealógico. Más o menos incansablemente, los padres repiten: “Serás tan gorda como tu abuela”, “Ponte recta, sino serás jorobada como tu tía”. “Eres un blando como tu tío Juan”, “Si sigues así, acabarás en el arroyo como tu padrino”, “Te encontraremos “ejerciendo por la calle” (no se suele precisar de cuál miembro de la familia se trata porque es un secreto vergonzoso), “Acabarás poniendo embarazada a una chica como lo hizo tu abuelo”, “Eres malvada como mi suegra”, “Te pareces a tu primo fracasado Pedro”, “Eres holgazán como tu abuelo”, “Eres avaro como mi suegro”, etc.

Los mensajes negativos referentes al propio hijo destruyen aún más las comparaciones genealógicas. Como terapeuta, estoy abrumada al constatar en qué medida padres que piensan obrar bien, asesinan a sus hijos con frases que matan: “ No eres ni manioso(a), ni intelectual”, “lo estropeas todo”, realmente no se te puede confiar nada”, “Nunca lograrás nada”, “Nadie querrá estar contigo, no te puedes casar”, “ Nunca harás feliz a un hombre”, “Tendrás fracaso tras fracaso”, “De saberlo, no te hubiésemos tenido”, “Los hijos, qué decepción!” “Verás más tarde, deseo que tengas una hija como tú”, “ Nos preguntamos realmente a quién te pareces para ser así”, “Es demasiado complicado para ti”, “Eres un auténtico cesto agujereado, “Hay gente elegante con vestidos del Lidl, pero tú, aunque vistieras de Dior, seguirías pareciendo un trapo”. “Es terrible que haya muerto tu hermana, ella que estaba tan dotada”. ¿Porqué, pero porqué dicen esos padres estas cosas a sus hijos? Porque no se quieren a sí – mismos. Son víctimas de su propia historia familiar. Se desvalorizan físicamente, sexualmente, afectivamente, intelectualmente. Este hijo sale de ellos, fue creado por ellos. Entonces proyectan sobre su hijo o su hija todas las desvalorizaciones que ellos padecen. De hecho, inconscientemente, se consideran monstruos que sólo pudieron engendrar monstruos. Para liberarse de todo esto, estos hijos e hijas deberán, en la edad adulta, aprender a conocerse realmente con la ayuda de un terapeuta que les sirve de espejo y les devuelve su verdadera identidad. Necesitan encontrar, por un trabajo psicológico individual y más aún por una terapia de grupo, la aceptación, el reconocimiento, la gratitud, el amor que escasearon en su vida.

De hecho, el niño no tiene nada que hacer con el baile de las proyecciones familiares. Quiere ser contemplado, escuchado, conocido por lo que es. Ciertamente ha nacido de una familia, pero sin embargo es un individuo único que busca su lugar específico. No tiene ganas de ser amado porque es el hijo de sus padres. Tiene ganas de ser amado porque es él – mismo. Dicho de otro modo, bajo forma de broma, cualquier niño desea estar elegido como si sus padres lo hubiesen comprado en unos grandes almacenes. Necesita que se le aprecie tal como es no sólo físicamente, sino con todas las características de su personalidad, sean éstas sexuales, afectivas o intelectuales. La educación ideal consistiría en descubrir al hijo sin referencias, considerándole como una personalidad completa y en ayudarlo a desarrollarse según sus aptitudes reales, sus gustos reales, sus deseos reales. Un hijo nos está confiado para ayudarlo a volverse el adulto que es potencialmente. Le es indispensable estar animado, felicitado. Esto le brinda la confianza en sí y la confianza en la vida, haciendo de él un ser sereno, feliz y desarrollado.

## **2. Identificaciones.**

## **LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN**

Para nosotros, cuando somos bebé, luego niño pequeño, nuestros padres y nuestra familia son la vida, el mundo, la única realidad que conocemos. Aunque sólo fuera por el tamaño, nuestros padres son gigantes. Psicológicamente, son dioses. Crecer, es volvernos como ellos. Copiaremos lo que hace nuestra madre, lo que hace nuestro padre. También vamos a identificarnos a otros miembros de la familia, así como a amigos próximos a éstos.

Al volverse parecido a ellos, comportándose de modo similar, el niño busca inconscientemente estar reconocido por el círculo familiar. Modelándose así, aprende a vivir y quiere hacerse amar. Desea por encima de todo el amor de su madre, de su padre; ¡necesita tanto de ellos! Sólo, no es nada. Imperativamente, debe satisfacer a su entorno. Cuando está feliz nuestra madre, nos sonrío, nos habla, nos acaricia y nos besa. También cuando está feliz nuestro padre, nos manifiesta su felicidad de múltiples modos. El niño que somos está encantado. Antaño, se creía que la melancolía profunda era una psicosis hereditaria. El bebé cuya madre era profundamente carente de estructura, de una infinita tristeza, encerrada en su silencio, se identificaba a ella. No sabía ni sonreír, ni balbucear, ni manifestar la vida. Criado por otra mujer, este niño lo hubiese aprendido a través de ella. No hay programación genética biológica a esta melancolía profunda, sino una identificación psicogenealógica con la madre.

Son necesarios los procesos de identificación. Es así como aprendemos a ser humano. Se construyen en cinco niveles.

Primero, el niño absorbe inconscientemente la proyección de sus padres a su respecto. Así, el bebé “sabe” si es deseado o rechazado, si su sexo es aceptado o no, etc.

Poco a poco, el niño integra lo que percibe como esperas, deseos, anhelos referentes a él. Por ejemplo, hay que estar quieto y no molestar, ser limpio, afectuoso, trabajar bien en el colegio, desarrollar ciertas cualidades, practicar deportes, ser artista, etc.

Paralelamente, el niño se apropia las etiquetas que le confiere su entorno. Para él, es la verdad. Es así como construye la imagen de sí – mismo. Así es como piensa que es bueno o travieso, inteligente o tonto, hábil o torpe, guapo o feo, bueno o malo, etc.

Del mismo modo, el niño se identifica conscientemente e inconscientemente, por mimetismo y por “deseo” psicológico de sus padres, con ciertos personajes de la familia. Estas identificaciones tienen doble sentido. En el caso más simple, hay que parecerse absolutamente a ciertos personajes pero no a otros. Cuando están en conflicto los padres, estas obligaciones son contradictorias. Por ejemplo, para ser amado de Mamá, habrá que parecerse a su padre, el patriarca que ella venera y a su hermano, el héroe muerto en la guerra, pero no a su marido que es un inútil, ni a su madre con quien nunca tuvo buenas relaciones. Para ser amado de nuestro padre, habrá que parecerse a su suegra, nuestra abuela materna, con quien siempre se ha llevado bien, a su hermana a quien amó tanto, a su padre, un hombre tranquilo, reservado, discreto pero no a nuestra madre, esta mala madre, ni al hermano de ésta, el héroe fallecido, quien era, a pesar de la leyenda, casi un delincuente antes de la guerra. El catálogo de identificaciones psicogenealógicas, constituye frecuentemente un laberinto.

Finalmente, el niño asimila conscientemente e inconscientemente los guiones familiares como una sola y única realidad. Para él, el amor entre un hombre y una mujer,

la elección y el ejercicio de un oficio, la vida en cotidiano, ser madre, ser padre, no es otra cosa que lo que él conoce en su familia.

Las “buenas” identificaciones nos hacen felices. Naturalmente es más fácil ser un niño deseado y aceptado como hijo o hija. Cuando nuestra familia nos da imágenes positivas de nosotros mismos, tenemos confianza en nosotros, nos atrevemos a vivir, amar y emprender. Si esto está en armonía con nuestro verdadero yo, el reproducir aspectos de la personalidad de algunos miembros de la familia o adoptar algunos comportamientos idénticos a los suyos, constituye un anclaje en modelos constructivos. Del mismo modo, la creencia en ciertos guiones positivos puede permitirnos llevar una vida afectiva, profesional, maternal o paternal, de acuerdo con lo que deseamos y lo que somos.

Elena, cuarenta años, desarrollada, es feliz con su marido y cría con alegría a sus tres hijos a la vez que trabaja a media jornada. Su propia madre, quien tuvo tres hijos también, le dio una imagen positiva de la feminidad, de la maternidad, de la pareja. Lo cual no significa que no hayan problemas o dificultades. Pero Elena los resuelve dialogando con su marido o sus hijos, pensando que siempre se encuentra una solución para vivir en armonía.

Pedro es médico. Su padre Miguel lo fue también. En temprana edad, el niño vivió en el ambiente de las consultas, visitas, urgencias nocturnas. A Miguel le gustaba mucho su trabajo y Pedro amaba mucho a su padre así que se identificó muy naturalmente con esta profesión. Para él, ser médico, es el oficio más bonito del mundo. Más tarde, acompañó a su padre a la clínica, a la maternidad y a su vez ahora cuida de sus pacientes con atención y entrega.

Las “malas” identificaciones generan tensiones interiores. Queremos ser amados a cualquier precio a veces traicionándonos nosotros mismos. Estamos en desacuerdo con lo que nuestra familia proyecta sobre nosotros y lo que nos pide que seamos. Las etiquetas con las cuales nos visten horrendamente son andrajos que nos impiden amarnos y vivir. A veces, nuestras cualidades más esenciales, físicas, afectivas, intelectuales, artísticas, algunos de nuestros talentos, están silenciados, incluso negados. No tenemos ganas de ser otro ejemplar de nuestra madre o de nuestro padre, o de uno de nuestros abuelos, o tía o tío. Al contrario, ciertos personajes rechazados nos parecen totalmente dignos de amor e interés. No deseamos detestar a los unos para los otros. No deseamos volver a jugar el mismo guión familiar en el plano afectivo, profesional o como padres. Pero lo hacemos a pesar de todo. Y esto provoca en nosotros conflictos, frustraciones, rebeliones.

Eduardo es el tercer hijo de una familia de tres hijos. Sus padres están desesperados por no tener, esta vez, una hija. Eduardo se siente inconscientemente culpable. Reza ardientemente para ser la hija tan esperada... Por desgracia, sin resultado. Eduardo me consulta porque padece de eyaculación precoz. Poco a poco, descubre que se prohíbe el placer porque no tiene el derecho de tener un cuerpo de hombre. Del mismo modo, es ansioso, angustiado, siempre tiene miedo de no tener éxito, de no estar a la altura. Tiene tres hijos, dos hijas y un hijo. Temía tener un hijo y hubiese deseado una tercera hija. Debemos curar juntos esta identificación psicogenealógica.

Los padres de Maud forman una pareja infernal. Durante toda su infancia, fue testigo de escenas dignas de la obra *¿Quién teme a Virginia Woolf?*<sup>2</sup> Continuamente,

---

<sup>2</sup> Obra de Edward Albee.

habían gritos y querellas. Cuando la situación alcanzaba el paroxismo, la madre rompía los platos. A veces se golpeaban. Esta pareja sadomasoquista nunca se separó sin embargo. A la muerte de su marido, la madre se volvió viuda ejemplar e inconsolable, visitando la tumba de su difunto marido cada día. No paraba de hablar de la felicidad maravillosa vivida con él. Cuando viene Maud a consultarme, está al borde de la depresión. Casada desde hace un año, está muy atenta para con su marido. “Sobre todo, no ser una arpía como su madre”. Sin embargo, su matrimonio se está volviendo una catástrofe. Su marido no es el novio que conoció. Numerosas divergencias aparecen entre ellos: gustos diferentes, costumbres opuestas, proyectos inconciliables. De repente estallan peleas. Maud ya rompió toda la vajilla de la lista de bodas. Dos veces se pegaron. Está aterrorizada con la idea de parecerse a su madre. Después de algunas sesiones, se dio cuenta de que se había equivocado en la elección de su compañero. Decidió divorciarse y no reproducir el pugilato interminable de sus padres. Luego profundizó su trabajo psicológico para reconstituir su imagen de mujer y tener la libertad de ser ella – misma. Sobre todo querría hacer lo contrario de su madre, aún cuando reproducía, frustrada, los mismos arrebatos de violencia. Para ella, su padre era una víctima, un santo hombre, y su madre un verdugo. Inconscientemente, se había casado con un verdugo que la hacía víctima. Dicho de otro modo, para no ser sádica como su madre, se había vuelto masoquista como su padre. Desatar la madeja de la pareja de los padres, para que pueda encontrar a otro hombre sin obedecer a esta programación, era la primera necesidad urgente.

Juan atraviesa una crisis grave porque sus asuntos decaen, sin poder imputarlo a la crisis económica; es consciente de haber cometido varios errores: mala gestión, elección no juiciosa de colaboradores y finalmente asociación con un amigo de quinta que resulta ser deshonorado. Tiene cuarenta y dos años, la edad en que su padre, Charles, se asoció, él también, para desarrollar su fábrica que conocía también dificultades. Charles hacía confianza a sus socios, dos amigos de infancia. El triunvirato se reveló un fracaso. Al cabo de algunos años, Charles estuvo obligado de declararse en quiebra, salvando no sin dificultad algunos bienes y obligado a pelear contra sus antiguos amigos que habían hecho malversaciones. Juan vuelve a vivir la misma situación que su padre. Por su trabajo psicogenealógico, pudo dejar de identificarse y levantar la empresa justo a tiempo.

Evelina, veinte y cuatro años, secretaria, me consulta porque se siente mal en su piel. Es feliz en la oficina, pero su vida está vacía. No tiene amigos(as). Pasa sus veladas y fines de semana encerrada en su casa. Su única distracción es la lectura. No va al cine, ni al teatro, no tiene televisión. Habla suavemente, apenas se la oye, se come las palabras. Evelina dejó la provincia para trabajar en París. Estuvo criada por su abuela materna, ya que sus padres tenían una tienda de comestibles y tenían poco tiempo libre. Evelina toma consciencia de que imita a la abuela que la crió y a sus padres que no tenían tiempo fuera de su trabajo. Su abuela se cuidaba constantemente de su casa, tampoco tenía televisión, no salía, no recibía, su única diversión: la lectura del periódico.

Sin toma de consciencia, sin trabajo consigo mismo, estamos condenados a reproducir ulteriormente nuestras identificaciones de niño. A veces, inconscientemente. Algunos eligieron hacer exactamente lo contrario de su familia. Por desgracia, vivir el contra – guión, es aún vivir en función del guión. Tomar el contra- pié, no es acceder a la libertad de ser uno – mismo, es actuar a la inversa estando siempre comparando.

La aventura de una vida humana, es ante todo la aventura de la consciencia. Cuanto más conscientes nos volvemos, más libres nos hacemos. Cuanto más elegimos



nuestra vida en vez de obedecer a nuestras programaciones, más desarrollamos nuestro ser único, independiente, autónomo. Cuanto más estamos realizados, más realizamos a los demás.

## **LAS IDENTIFICACIONES CON LA MADRE**

Para el feto, luego para el recién nacido, la identificación a la madre es primero visceral. Es la que da carne, da cuerpo. Es la que alimenta, cambia, baña al niño, incluso cuando participa el cónyuge. Poco a poco ella va enseñando a su hijo a percibir su cuerpo como distinto del suyo. Es ella quien guía el destete; la evolución del alimento, los primeros pasos, la adquisición de la limpieza. Es ella también quien vela sobre el sueño, sobre el descubrimiento del espacio interior que representa la casa, sobre las socializaciones iniciales: lazos con los eventuales hermanos y hermanas, primos, primas, niños de amigos, relaciones con el personal del jardín de infancia, la nodriza, la baby – sitter, primeros paseos, descubrimiento del entorno.

El niño integra, mucho más allá de la comunicación verbal, el inconsciente de su madre a su respecto. “Sabe” según el modo más arcaico si está esperada con alegría o no, si su sexo es conforme al deseo de ésta, si es para ella un “objeto” malo o bueno. Para un niño, la identificación a la madre construye su primera imagen narcisista. El bebé se ama del modo en que le ama su madre. Muchas personas piensan más o menos conscientemente que no pueden ser amadas por sí – mismas, tales como son, sin hacer nada. Se dan mucha faena para conquistar al otro. Frecuentemente, una no – aceptación por parte de la madre es la causa de ello.

Semana tras semana, la relación madre – hijo(a) se va desarrollando. En los primeros meses de nuestra vida, estamos en fusión estrecha con nuestra madre. Esto constituye para nosotros el principio de la experiencia de la relación con el otro. Seamos hijo o hija, esta identificación estructura, una vez adulto(a), lo vivido de nuestras relaciones amorosas. Cuando “amamos” al otro, en el sentido pasional del término, buscamos inconscientemente volver a vivir esta fusión. “El amor” reproduce veinte, treinta, cuarenta años después, la relación arcaica con la madre.

Numerosos hombres que estuvieron profundamente rechazados por su madre, incluso abandonados, “se las arreglan”, de forma inconsciente naturalmente, para volver a actuar la misma obra con la persona a quien “aman”. O bien se enamoran de mujeres inaccesibles que los rechazan, o bien hacen padecer y destruyen a las que las aman verdaderamente.

Algunos maridos proyectan sobre su esposa una imagen materna que fue, en la infancia, alternativamente satisfactoria y frustrante. Frecuentemente, estos hombres tienen paralelamente relaciones sucesivas con amantes de las cuales están sucesivamente locamente enamorados, pero se prohíben romper su matrimonio. Admiran a su mujer, aunque los sentimientos y frecuentemente el deseo sexual esté apagado. No las dejan nunca.

Muchas mujeres que no fueron amadas por su madre se desvalorizan con relación al hombre a quien aman. Lo colocan en un pedestal, lo idealizan. Algunas viven enamoradas durante años de un hombre que no las mira, o del marido de otra que promete eternamente divorciarse cuando pueda, o de un hombre egoísta y cruel.

Al crecer, el niño se identifica a las palabras de la madre y hace suyo su discurso, que sea positivo o negativo.

Más tarde, se vuelve capaz de percibir a su madre ya no únicamente como tal sino también como mujer. Se identifica, por semejanzas o por oposiciones, a las características corporales, afectivas, intelectuales, sexuales de ésta. Luego, asimila lo

vivido de su madre con relación a la maternidad pero también con relación al hombre y a los hombres, a las demás mujeres, a la sociedad.

El niño conoce a esta mujer de modo muy subjetivo, en función de su maternidad y de la relación que tiene con él. Cada madre, naturalmente, es única, lo mismo que cada relación madre- hijo. Es interesante constatar que los hermanos y hermanas de una misma familia no tienen la misma madre psicogenealógica. En efecto, según las condiciones de nuestra concepción y de nuestro nacimiento, nuestro número de orden de nacimiento entre los hermanos, nuestro sexo, nuestra personalidad, tenemos un lazo diferente con ella.

Ya que es nuestra madre, ya que somos su hijo(a), la relación nunca es neutra. Aun cuando esté muerta. Aun cuando nos haya abandonado. Nada nunca es anodino. Le pedimos lo imposible: contestar perfectamente a nuestras necesidades, ser una madre divina, omnipotente, omnisciente. Ella nos pide también lo imposible: responder perfectamente a su espera, ser un niño(a) divino(a), omnipotente, omnisciente.

Vamos a explorar juntos este laberinto carnal, de impulsos, afectivo. Para entendernos, para percibir nuestras identificaciones con nuestra madre, debemos empezar con su descubrimiento de una parte como madre y de otra parte como mujer.

La psicogenealogía, es esto: tomar consciencia de la trama psicológica que se ha construido al filo de las generaciones. Muy a menudo, nuestra madre no nos ha visto, mirado, aceptado verdaderamente. Nos consideró en función de su propia historia familiar. Cualquier madre fue primero una niña. Ella también es objeto de proyecciones, se identificó a su familia según los procesos que acabamos de explicar y reproduce lo que conoció.

Naturalmente, de niños, en cierto modo, nos soportamos. No entendemos que, si tenemos dificultades con nuestra madre y ella con nosotros, esto procede de su propia historia familiar. Una vez adultos, si queremos verdaderamente ser nosotros – mismos; dejar de identificarnos con nuestra programación psicogenealógica, nuestro “trabajo” consiste en volvernos conscientes de lo que sucedió. Lo que nos hizo padecer en nuestra infancia y frecuentemente hasta ahora no tiene, en la mayoría de los casos, nada que ver con nosotros.

## **ALGUNOS EJEMPLOS DE MADRES**

Naturalmente nos es imposible ser exhaustivos. Cada ser humano tiene una psicogenealogía única, particular, específica. Intentemos sin embargo estudiar juntos algunos tipos de madres.

Intentemos descubrir, por ejemplo, la madre que ama ser madre. Vive su maternidad en paz, con alegría, como una realización de sí – misma. Cuida de su hijo con ternura y afecto, se divierte con él, lo hace participar, lo educa con paciencia y comprensión. Esta madre no tiene problema con el cuerpo de su hijo, con su presencia. Todo esto es sumamente positivo para él, le da confianza en sí – mismo, en el otro, en la vida.

Esto no quiere decir sin embargo que la madre sea perfecta, sino sencillamente que es feliz de ser madre. Por ejemplo, puede enfadarse con frecuencia o tener otros defectos, pero la corriente pasa. El niño sabe, siente que es amado. Lo cual no significa tampoco que está autorizado a hacer todo y cualquier cosa, en cualquier momento, de cualquier modo. Se dan límites, están explicados y mantenidos.

Hay muchas probabilidades de que haya recibido esta madre una imagen positiva de la maternidad en el curso de su infancia y de su adolescencia. Probablemente su propia madre disfrutaba criando a sus hijos. Al contrario, en algunos casos, esta madre hace exactamente lo contrario de lo que conoció e intenta dar a su hijo lo que cruelmente le faltó.

Tener una madre a quien le gusta ser madre es una gran suerte para un(a) niño(a), hijo o hija. Sin embargo, existen a veces algunos obstáculos. Puede ocurrir que este tipo de madre disfrute más con los pequeños que con los mayores. Prefiere mimar, acariciar, proteger. Le gusta sentir que los niños la necesitan, son dependientes. Les hace correr un gran riesgo: el de impedirles crecer psicológicamente o incluso físicamente. Así, la hija de una tal madre puede tener un retraso de la primera menstruación, alrededor de los dieciséis años. Más o menos conscientemente, para guardar el amor de ésta, hay que seguir siendo una niña impúbera.

Al contrario, ciertos prefieren los mayores. Privilegian entonces la comunicación verbal. Por ejemplo, la madre se vuelve una amiga que establece relaciones de complicidad. Hija y madre, hijo y madre, se dicen muchas cosas, se cuentan sus experiencias, comparten sus emociones. Este lazo intenso constituye a veces una carga muy pesada de llevar por parte del hijo(a), invitado a compartir demasiado temprano elementos de la vida adulta que aún no le incumben. También puede ser ahogador. El niño está llevado a contar el conjunto de las facetas de su mundo sin guardar nada de su jardín secreto. Confía a su madre todos los elementos de su vida, sin excepción. Adulto, busca incansablemente, a través de sus amistades y de sus amores, esta profunda fusión imposible de realizar con otro ser que ella. O bien forma una pareja a tres, Mamá, su mujer y él. O también, se vuelve solitario, por necesidad de protegerse.

Otras madres desarrollan con su hijo una rica comunicación intelectual. Le dan aperturas referentes a la cultura y las artes: libros, películas, obras de teatro, música, baile, pintura, etc., lo cual enriquece su vida, pero a veces en detrimento de sus gustos personales. A veces, la relación entre madre e hijo es ante todo mental, sin expresión afectiva, con el riesgo de confundir ulteriormente conocimiento cultural y amor.

Pasemos a otro tipo de madre: la madre angustiada.

Nuestra madre proyecta, por ejemplo, su angustia sobre nuestro cuerpo. Teme que estemos enfermos. Comprueba constantemente nuestra temperatura. Controla nuestra alimentación, nos colma de vitaminas, de tónicos. Teme las variaciones climáticas: “Atención, vas a pillar un resfriado”, “Ojo!, vas a tener una insolación”. Nos lleva sistemáticamente al médico, al dentista, en diversos especialistas. Naturalmente todo esto no es forzosamente negativo, pero lo que caracteriza a la madre angustiada, es que actúa en exceso. Vive en la obsesión de evitar todo lo que podría alterar nuestra salud y afectar nuestra vida: “Vas a caer”, “Vas a herirte”, “No subas esta escalera”, “No bajes esta calle”, “No juegues con los patines de ruedas”, “ No tomes tu bicicleta”. En resumen, limita nuestros movimientos y nos formamos según sus peticiones. Poco a poco, a nosotros también nos da miedo todo, Desarrollamos comportamientos obsesivos, ahorramos nuestras energías y esfuerzos a ultranza, tememos las caídas, las heridas, los microbios, los virus. Aprendemos a “no atrevernos”, no jugar, no experimentar, no hacer. Ya no se trata de prudencia, totalmente normal y deseable, sino de angustia, terror.

Un médico aconsejó a una paciente que haga un trabajo psicológico porque había llevado a su hijo pequeño varias veces al hospital por preocupación, sin ninguna causa médica real. Esta mujer joven, en algunas sesiones de terapia, se percató que quería obrar demasiado bien desde el nacimiento de su hijo, a pesar de todo, muy deseado por ella y su marido. Había llegado a prohibirse cualquier actividad personal fuera de su trabajo profesional y de sus responsabilidades de madre y ama de casa. Aunque ayudada eficazmente por su cónyuge, desde el nacimiento del bebé, no había vuelto a tomar las clases de baile y acuarela que le gustaban mucho y que seguía anteriormente con asiduidad. Esta paciente se prohibía vivir para ella – misma desde que era madre. Esto conllevaba por cierto problemas en su vida de pareja, tanto en el nivel afectivo como sexual. Comprendió rápidamente que vivía sin saberlo una terrible problemática vinculada a su psicogenealogía: “O bien tengo un hijo y me sacrifico y por lo tanto, ya no existo, o bien me autorizo a vivir pero esto no es posible con un hijo.” Esta mujer joven descubrió con gran valor que inconscientemente quería matar a su hijo a pesar de que ella le amaba. Por esto tenía tanto miedo de que estuviese tan enfermo. Curó su angustia liberándose de la programación del guión familiar y empezó otra vez a vivir a la vez que ser madre.

Sé cuanto puede ser difícil de comprender y aceptar, pero en la vida se suele temer conscientemente lo que deseamos inconscientemente – con excepción de las fobias, muy complejas – esto, por motivos que se nos escapan y de los cuales no somos responsables en el sentido moral del término. La psicoterapia, lo es todo menos un tribunal. Estamos aquí para comprender. Cualquier madre demasiado angustiada con el cuerpo de su hijo es una madre mortífera. No consigue, por razones que precisamente nos pertenece elucidar, vivir armoniosamente con él. ¿Qué sucedió en su árbol genealógico para que la maternidad no sea compatible con la felicidad?

Nuestra madre puede estar angustiada por muchos otros motivos que nuestra salud. La problemática psicológica es entonces totalmente diferente de la que acabamos de describir. Por ejemplo, se preocupa mucho por nuestra escolaridad. Intentemos analizar el origen de su inquietud. Ella – misma no pudo cursar los estudios que soñaba porque su familia era demasiado pobre, o porque era una hija y porque “una hija debe casarse, nada más”. Interrumpió su formación durante su casamiento o su primera maternidad y se lo reprocha amargamente. No aprobó sus exámenes y padece mucho por ello. Profesionalmente ocupa una posición subalterna o vive mal por depender

financieramente de su cónyuge. O bien a la inversa, tiene una situación que mucho le interesa y sólo vive por su trabajo.

Nuestra madre asimila estudios y promoción social, inteligencia y éxito escolar, vida y cultura. Para merecer su amor, debemos trabajar mucho. Si amamos la escuela, es más fácil vivir. Sin embargo, corremos el peligro de asociar enseñanza y coacción, estudiar por estudiar en vez de aprender a hacerlo eficazmente, con método, confundir cabeza muy llena con cabeza bien hecha. Constantemente debemos dar seguridad a nuestra madre en cuanto a nuestra capacidad intelectual, estimada según nuestros resultados escolares. Corremos el riesgo de estar muy angustiado(a) por las evaluaciones, los controles y a fortiori los exámenes. Si somos primero(a), valemos algo; sino... Una paciente me confió que, veinticinco años después, soñaba aún que pasaba la selectividad y que tenía miedo del fracaso. Era la mejor alumna y la más joven de su clase; sus profesores estaban seguros de su éxito. Sin embargo, estaba aterrorizada por este examen. Tomó consciencia de que si hubiese fracasado, seguramente hubiese hecho una tentativa de suicidio para no tener que afrontar a sus padres.

Algunos niños y adolescentes fracasan en sus estudios para marcar su oposición o, hecho más grave, por inhibición. Neurosis de fracaso frecuentemente son la consecuencia de una identificación con una madre intelectualmente angustiada. Adquirimos la convicción que la escuela se confunde con la vida y que los estudios son fundamentales para existir socialmente. Seguramente, los diplomas juegan un papel importante, pero no son los únicos que garantizan un lugar "al sol". Una madre de este tipo no está a la escucha de las potencialidades de su hijo. Si hay dones artísticos, manuales o deportivos, éstos están ahogados en provecho del trabajo escolar. Algunos niños cosechan dificultad tras dificultad porque no se les orienta en función de ellos – mismos sino de lo que desea su madre. Más vale dejar los estudios que no convienen y corren el riesgo de causar un sentimiento de inferioridad. Más vale dirigirse hacia formaciones adaptadas y de apertura.

Puede ocurrir que nuestra madre esté angustiada financieramente, que sea pobre o rica en la realidad. Si nuestra familia es modesta económicamente, nos identificamos a una madre que trabaja duro, no satisface sus necesidades, sale adelante a fuerza de ingeniosidad. Integramos este modelo y sentimos el hecho de vivir, alimentarse, vestirse, como un peso. Algunos niños tienen el sentimiento de haber sido sólo una boca más por alimentar. A veces, nuestra madre tiene recursos económicos muy satisfactorios pero es avara. Para nosotros, la realidad implica entonces contar, ahorrar a propósito de todo y de cualquier cosa, vivir muy estrechamente. Por ejemplo, la madre ahorra, invierte en exceso privándose a sí – misma y a su familia de muchos elementos agradables de la vida. El dinero ya no es una energía que circula sino un factor de angustia que disimula un miedo más profundo: el miedo a estar en la carencia.

O bien, nuestra madre está angustiada sexualmente. Por razones psicogenealógicas, expresa deberes que nos marcan profundamente. Aunque reaccionemos de modo contrario, nuestro primer modo de considerar la sexualidad, identificarla, está teñido de estas pequeñas frases: "La sexualidad, es una tarea pesada", "Hacer el amor, es sucio", "Si estás embarazada, no pongas más los pies en casa", "No debes acostarte con un chico antes de la boda", "Te abandonará después de haber usado de ti", "los hombres sólo piensan en esto". "Las mujeres que tienen amantes son putas", En la familia, no divorciamos", "Vas a hacer un hijo y echar tu vida a perder", "Desconfía de las mujeres", Sólo piensan en algo, el matrimonio", " Sólo piensan en el dinero", "No te enamores, caerás en una trampa". Numerosos pacientes sufrieron

impactos sexuales debidos a la actitud de su madre: interdicción de la masturbación, desvalorización constante de la feminidad, crítica sistemática de la virilidad, etc. Una consultante fue mandada al confesionario por su madre porque acababa de confiarle que estaba enamorada.

Otra situación: nuestra madre está angustiada afectivamente. Inconscientemente no se ama. Por lo tanto, debemos mostrarle, como hijo(a) que es digna de ser amada. Debemos colmar este vacío psicológico, darle seguridad, sonreírle, abrirle los brazos, satisfacerla, darle las gracias, felicitarla, valorizarla. Ahora somos un niño – muñeca impecable, guapo, quieto, inteligente, cortés. Elle provoca la admiración de los demás, vecinos, tenderos, amigos, criándonos tan bien, es una madre “perfecta”. Tiene tendencia en interpretar cualquier diferencia, cualquier autonomía, cualquier rebelión de nuestra parte como un nuevo planteamiento de ella – misma. Todo lo que no está conforme a su deseo está considerado como una traición. Vive su maternidad como un chantaje afectivo, una dramatización. Nos agotamos en satisfacerla porque la demanda no tiene fin, siempre reactivada por su desvalorización inconsciente. Y también nosotros, nos identificamos como un niño no amable, incapaz de satisfacer a su madre. La cadena psicogenealógica sigue, nuestra madre habiendo ya vivido una historia familiar en la cual no recibió el amor que necesitaba. No pudo construir una imagen positiva de sí – misma.

Exploremos a otro tipo de madre: la madre tentacular.

Está aquí, omnipresente. En cualquier momento se infiltra en la vida de sus hijos. Ningún secreto, ninguna intimidad es posible. Ordena el cuarto, registra los cajones, los bolsillos, las carteras, los bolsos. Lee la correspondencia, vigila las conversaciones telefónicas, encuentra el diario íntimo. Irrumpe en el cuarto de baño.

Como hija, estamos invadida por esta madre. Sólo se la ve a ella. Vive en nuestro lugar, se mete en todo, conoce a nuestras amigas. Seduce a nuestros enamorados. “Tu madre es fantástica.” Para ayudarnos, dice ella, porque nos quiere y porque es nuestra madre, se preocupa de todo lo que hacemos, del modo de vestirnos, de peinarnos, de nuestras relaciones profesionales, amistosas, amorosas. “Te lo había dicho, lo ves, tengo razón otra vez, nunca me quieres hacer caso”, “Estás equivocada al hacer esto”, “Si estuviera en tu lugar...”, “Pobre pequeña mía...”. A fuerza de ponerse en nuestro sitio, ya no tenemos sitio. Se presenta como un ideal inalcanzable. Ah, si fuéramos como ella! Pero es imposible. Sólo ella sabe ser femenina, llevar una casa, criar a los hijos, llevar a los hombres y, es verdad, profesionalmente, tendría más éxito que nosotras. No es como nosotras, ella conoce la vida – desde luego es el privilegio de la edad – sabe lo que hay que hacer, lo que está bien o mal, tiene experiencia. Le parece que desperdiciamos nuestra vida. Ella, tuvo éxito.

Estas madres tienen un enorme problema para “soltar”. Celosas de su hija y en particular de su juventud, lo hacen todo, inconscientemente claro, para chafar a la que ellas sienten como una rival. Su hija es la prolongación de su propio cuerpo. Hiper - fusionales, no pueden operar la separación, cortar el cordón umbilical. Constantemente invadido por este modelo de referencia, el niño no logra ser autónomo y se mantiene atado por una auto – desvalorización constantemente alimentada por la madre. Respecto a ésta, la hija oscila entre sentimientos contradictorios: sed de amor verdadero, necesidad de libertad, petición de reconocimiento y odio – rebelión, deseo y pánico de parecersele.

Con su hijo, estas madres tienen una relación de seducción. Viven por procuración su polaridad masculina a través de ellos. Paralelamente, se sitúan como mujer ideal. Ninguna de las relaciones amorosas de éste estará a su altura. Tal como la

reina, ellas no se pueden destronar. A veces, muy hostiles hacia las mujeres cercanas a su hijo, también pueden jugar la carta de la complicidad, manipulándolas para dominarlas mejor, sin dudar luego en cambiar repentinamente para quitarlas del medio. Aquí también, el trabajo psicológico consiste en poner a distancia, cortar el nexo fusional, para poder amarse y amar.

De un tipo diferente, a ciertas madres no les gusta ser madre.

Tienen uno o varios hijos por falta de contracepción o por principio religioso. El hijo es un accidente; la madre quiso complacer a su marido o retenerle. A veces, por motivos más o menos conscientes, gratifica a través de su maternidad a su propia madre o padre o abuelos, sin tener realmente ganas de criar a un hijo. Frecuentemente, las mujeres creen, antes del nacimiento, que les gusta la maternidad y se percatan en la vida diaria que esto no va con ellas.

La madre expresa o no su problema. Si esta insatisfacción se mantiene callada, el inconsciente del niño absorbe el rechazo. Se siente culpable de existir, de ser él – mismo, de sólo ser esto. Reacciona principalmente de dos modos diferentes. O bien se identifica a la situación sometiéndose, criticándose, inferiorizándose, desvalorizándose, juzgándose, inhibiéndose. Duda de él y pierde confianza. O bien adopta a su vez la actitud de rechazo de su madre, se vuelve un hijo revuelto, rebelde, colérico, que lo rompe todo, pelea, que se tacha de malo, temperamental.

Si la madre expresa su insatisfacción, ésta puede formularse de diversos modos: “El embarazo, es la esclavitud de la mujer”, “cada hijo es un diente”, “Nunca pude volver a poner mis vestidos después de tu nacimiento”, “El parto, es atroz”, “Dar el pecho es un horror”, “La maternidad, se te come”, “Ya no tengo ni un minuto para mí”, “Me he quedado doce años sin salir”, “Después de tu nacimiento, dejamos de practicar deporte”, “Imposible leer con unos hijos”, “ Nos privamos mucho para criarte”, “Tanto nos hemos sacrificado para ti”, “Fracasé en mi carrera por culpa vuestra”, “Tuve que dejar mis estudios”, “Es durante tu embarazo cuando tu padre empezó a engañarme”, “ A partir de tu nacimiento, empezaron los conflictos con tu padre, antes de ti nos llevábamos tan bien”, “Te deseo un crío como tú, verás lo que es” ... Poco a poco, la hija o el hijo integra que la maternidad, realmente, no es la alegría! El niño se siente culpable de causar tantas calamidades y se percibe como malo, peligroso, incluso asesino. Estas madres proyectan sobre sus hijos sus propios bloqueos. Se vuelven justificantes de sus propios fracasos. En el mejor de los casos, encuentran otra imagen materna a través de una abuela, tía, madrina, una amiga de la familia, una maestra, una profesora. A veces, muy temprano se asumen, se dan vida ellos – mismos, desarrollando paralelamente neurosis de abandono y culpabilidad.

Algunas mujeres aman a sus hijos, menos a uno. Múltiples razones psicológicas y psicogenealógicas intervienen, provocando el rechazo específico de este hijo o de esta hija. Todo lo que acabamos de explicar sobre la identificación del niño con la hostilidad de su madre está amplificado. En efecto, no sólo asimila este no – amor, sino que se desvaloriza frente a sus hermanos y hermanas. La comparación hace que inhibición y rebeldía están más marcados y determinantes.

Mencionemos a la madre ausente.

Antaño, muchos bebés estaban entregados sistemáticamente a una nodriza en el campo. Ésta, así como su marido y los niños de su entorno, se volvían fuente de identificaciones.

Algunas madres son muy poco disponibles. Frecuentemente sobrecargadas de trabajo, tienen una familia numerosa y están absorbidas por las tareas domésticas. O



bien acaban sus estudios, ejercen una profesión liberal, llevan una tienda, ocupan un cargo importante en una sociedad, su profesión necesita frecuentes desplazamientos. Los niños están confiados a empleados o a miembros de la familia. Lo que cuenta es menos la cantidad de tiempo dedicada al niño que su cualidad. Más vale una madre que está realizada en su trabajo y se encuentra con sus hijos con gozo que una mujer desgraciada que se ahoga en casa. Esto dicho, un mínimo de presencia es necesario para que una verdadera relación madre – hijo pueda instaurarse.

Otras madres que no tienen ninguna actividad profesional también están ausentes. Por ejemplo, siguen su marido en sus viajes, llevan una vida mundana importante y necesaria para la carrera de su cónyuge. O bien, huyen la casa porque se aburren en ella. Algunas madres no están después de una enfermedad o un accidente. Dejan el domicilio para seguir un tratamiento a veces largo en un hospital, en clínica, en casa de reposo. O bien deben guardar cama en su casa sin estar molestadas.

Entonces, los hijos sienten una carencia, templada cuando se trata de una enfermedad. Se identifican al hecho que no interesan a su madre. La nodriza, baby – sitter, empleada del hogar, institutriz, constituyen modelos de referencia. Cuando se quedan mucho tiempo en la familia, estas personas forman parte del árbol genealógico psicológico. Su marcha puede sentirse como un drama. La nodriza negra de un paciente veló sobre él con amor durante varios años, padre y madre estando frecuentemente de viaje. Conservó una atracción por las mujeres africanas, cubanas o mestizas que representan para él el calor y la ternura. La empleada de la familia a veces es lo opuesto es decir antipática, agria, incluso sádica. No siempre se dan cuenta los padres mientras no hay llagas corporales. Porque el hijo abandonado se identifica a su aislamiento y sólo se atreve a decir pocas palabras a su madre.

Una madre ausente engendra reacciones diferentes. Por ejemplo, somos solitarios, reproduciendo lo que hemos conocido. La soledad nos parece una protección, un refugio, una costumbre. Huimos cualquier afecto, inconscientemente asociado al sufrimiento, a la carencia, a la ausencia. A veces, somos muy independiente, fieramente autónomo, hiper - responsable. Acostumbrado(a) a despabilarnos solos, nos asumimos. En otros casos, tememos constantemente estar abandonado(a) y desconfiamos de los seres que nos aman, cónyuge, amigos, gente cercana. O bien somos sumamente fusional, buscando una relación ideal, imposible de realizar concretamente, el amor que nos faltó cerca de nuestra madre.

Sucede también que fallezcan madres.

Siempre es un drama terrible para un niño cuando pierde a su madre. Varias situaciones pueden presentarse. Por ejemplo, la madre muere en el parto o a consecuencia de una enfermedad contraída en el nacimiento de su hijo. Éste nunca la conocerá. Se crea una representación fantasmática a través de las imágenes dadas por la familia, las fotografías, su propia imaginación. Esta madre fallecida existe en el psiquismo del niño pero no tomó cuerpo. La idealiza, la hace perfecta y proyecta sobre ella toda su afectividad. Al mismo tiempo, inconscientemente, sentimientos de odio le habitan. Tiene rencor contra esta mujer que, en cierto modo, le abandonó. Se detesta por haber provocado, en su opinión, su muerte. Su nacimiento mató a su madre. La actitud de la familia es determinante para las identificaciones de este niño. Cuanto más positiva es a su respecto, menos se siente matricida. Ciertas consecuencias son diferentes según el sexo del niño. La hija asimila que el hecho de ser madre mata, que la sexualidad es peligrosa para la mujer. El hijo integra que el esperma lleva a la muerte, que la sexualidad del hombre asesina a la mujer.

Ciertos padres no consiguen hacer el luto de su esposa. Refuerzan, sin quererlo, la culpabilidad de su hijo o hija. El niño siente aún más que hubiese sido mejor no nacer, no vivir. Convencido de haber provocado una desgracia tan grande, frecuentemente alberga angustias tales como el miedo a morir, a su vez, o de estar enfermo. Se imagina que debe expiar su culpa, estar castigado. Generalmente es difícil para el padre asumir solo la educación de su o sus hijos. A veces se confían a otros miembros de la familia o a una nodriza, un internado. Esto conlleva identificaciones suplementarias. Si se vuelve a casar el padre, la madrastra también es una fuente determinante de referencias.

Cuando la madre muere durante la infancia o la adolescencia, esta madre más o menos conocida se coloca en un pedestal. Pacientes habían idealizado tanto a su madre que la imagen que tenían de ella ya no correspondía en nada a la realidad. Inconscientemente, estos niños se interrogan sobre el papel de su padre en esta muerte. Pueden fantasmear que mató a su madre. Quieren vengarla o serle fieles. Entonces rechazan a la segunda mujer o probables amantes. Un niño o un adolescente puede perder a su madre mientras tiene un importante conflicto con ella. Entonces se produce un sentimiento de algo irreparable que aumenta el malestar, conllevando el miedo de ser responsable.

Culpabilidad y auto - castigo están reforzados cuando se suicida la madre, el hijo o el adolescente reprochándose el no haber conseguido mantenerla en vida. Del mismo modo, se amplifica el fantasma de la responsabilidad del padre frente a esta muerte.

Ciertas madres, por fin, abandonan a sus hijos.

Cualquier hijo ama a su madre, incluso cuando ella le abandona. Cuantas personas en este caso la han buscado desesperadamente. A veces, la identidad de la madre es secreta, lo cual imposibilita el encontrarla. Frecuentemente, la madre no cría a su hijo pero es conocida. El niño abandonado y adoptado se identifica con su familia de adopción; el niño colocado, se identifica con su diversas nodrizas. El niño en el orfanato o en una institución, busca sustitutos maternos en el personal que le rodea. A pesar de todo, la madre que le dio la vida conserva un gran lugar en su imaginación. Entretiene a su respecto sentimientos ambivalentes de idealización y rechazo. Cuando la madre de adopción no le entiende o que el entorno es frío, hostil, sueña y se consuela diciendo que su “verdadera madre” sabría, ella, amarle de verdad y hacerle feliz. Al mismo tiempo, siente mucho rencor hacía ella por sufrir todo esto a causa de ella. También se auto – culpa. En efecto, el drama de los niños abandonados consiste en creer que son responsables de este abandono. A sus ojos, no son bastante “amables” para que les conserven. Si hubiesen sido diferentes, su madre les hubiese aceptado! Esto conlleva ulteriormente dificultades para amar, dejarse amar, sobre todo para los que no han sido adoptados.

Cuanto más pronto sepa el niño que es adoptado, menos violento es el impacto cuando se entera. Si lo descubre más tarde, el adolescente o el adulto joven siente un desgarramiento y vive como una traición el hecho de que se le haya mentado. Sin embargo, su inconsciente “sabía” y más vale decir tarde que nunca.

## **EJEMPLOS DE MUJERES**

Acabamos de estudiar ejemplos de la influencia ejercida por la madre, como tal, sobre el psiquismo de su hijo.

Las identificaciones van más allá aún. La madre también tiene un papel fundamental como mujer. Muchas veces, sin que lo sepa, inconscientemente, el niño calca su imagen de la feminidad sobre ella. Para la hija, volverse mujer se hace por similitud u oposición. Para el hijo, la madre estructura lo que busca luego a través de la o las mujeres que, como “por casualidad” se parecen extrañamente a ésta o son exactamente lo contrario.

Como hija, para comprender nuestros mimetismos y nuestras evitaciones, como hijo, para analizar nuestras fascinaciones o nuestros rechazos, nos es necesario reflexionar sobre la personalidad de esta mujer que es nuestra madre.

Para un hijo, no es obvio el hecho de percibir a su madre como a una mujer muy específica, diferente de las demás. Adolescente, luego adulto, nos es más fácil considerar a nuestra madre como a una mujer de a diario.

Un ser humano está hecho de múltiples facetas. Esto es tan verdadero para la mujer que es nuestra madre como para el hombre que es nuestro padre, y lo analizaremos ulteriormente.

Un ser humano, es primero un cuerpo. ¿Cómo vive nuestra madre su físico? Es fundamental descifrar si nuestra madre ama su cuerpo o no, si lo critica y en qué aspectos, si lo rechaza. Porque hay muchas probabilidades de que actuemos como ella. Mujeres son muy coquetas, dando mucha importancia al maquillaje, al peinado, a los vestidos, a la lencería, a las joyas, a los bolsos, zapatos. Otras sólo se cuidan en ciertas ocasiones. Otras, finalmente, rechazan completamente lo que consideran como artifices.

Se considera a ciertas mujeres como hiper - femeninas. Están muy preocupadas por su apariencia. Para ellas, la belleza exterior es sumamente importante. El vestir lo mejor, en todas las circunstancias, peinarse, maquillarse, cuidar de su cuerpo son cosas que siempre están en el centro de sus preocupaciones. Su línea es una obsesión, las primeras arrugas son una angustia, la vejez es un terror. A veces, estas mujeres sólo viven intensamente su relación amorosa con su marido, pasión que excluye a los hijos. Otras, manteniéndose fieles a su cónyuge, sólo basan sus relaciones con los demás, en particular los hombres, sobre el encanto, la seducción, el magnetismo, la fascinación. Generalmente están en rivalidad con las demás mujeres, incluidas sus propias hijas cuando las tienen. Otras aún tienen una vida paralela, más o menos fantasmada, más o menos idealizada, con uno o varios amantes. Sus hijos frecuentemente están en la confidencia. Naturalmente, estas mujeres llamadas “hiper – femeninas” sólo son una caricatura de la verdadera feminidad. Desarrollaron, por razones psicogenealógicas, una perturbación del narcisismo. Constantemente necesitan tranquilizarse porque, en el fondo de sí – mismas, perduran imágenes inconscientes muy desvalorizadas de la feminidad y de su yo. La mirada del otro, del hombre en particular, cuando está seducido, les devuelve una imagen positiva que les sosiega. Son incapaces de amar verdaderamente al otro: miran a través de éste el espejo en el cual se reflejan.

Ciertas mujeres de este tipo han vivido muy mal su embarazo: se sentían feas, deformadas. Están en conflicto con sus hijas que consideran como rivales y de quienes envidian la juventud. Muchas idealizan a sus hijos como una prolongación de sí – mismas, como un éxito brillante, varonil, haciendo contrapeso con su feminidad

inferiorizada. Frecuentemente constituyen para ellos un mito intocable, irrefutable, del eterno femenino.

Una paciente me consulta por un malestar que sintió después del nacimiento de su hijo. No sólo su vida personal se empobreció, sino que engordó mucho, ya no se cuida, no se viste. Padece por esta situación y su relación con su marido sufre de ello. Su propia madre se abandonaba totalmente. Tenía vergüenza de ella así como sus hermanos y hermanas cuando ella los venía a buscar al colegio. Fotos prueban que esta mujer era guapa y elegante antes de su boda. Las maternidades sucediéndose, poco a poco dejó de cuidar su aspecto físico. Mi paciente comprendió que, al hacerse madre a su vez, se había identificado a la ausencia de feminidad de su madre.

Las identificaciones son múltiples y a veces divertidas. La madre de una paciente tiene la sensación de estar desnuda si no lleva pinta - labios. Su mujer se hizo maquilladora de cinema. Otra paciente colecciona los pañuelos. Su madre, frágil de la garganta, siempre se ata uno alrededor de su cuello, incluso en verano. La historia genealógica del peinado es muy interesante. Sistemáticamente no se lleva el pelo largo o corto sin referencia a la familia. Una amiga tiene una madre que venera los “rizos” e infligió a su hija desenredados dolorosos y marcados interminables. Ahora, ésta siempre lleva peinados ultra- cortos. La madre de una paciente cortaba regularmente los pelos de su hija con un bol. Ésta se hace hoy magníficos moños.

El cuerpo constituye nuestra envoltura. Así, se asocian psicológicamente a éste los vestidos, naturalmente, pero incluso la casa, el coche, todo lo que nos rodea y nos protege, incluido el dinero. Es interesante analizar cuáles eran las relaciones de nuestra madre con lo que se llama, por cierto comúnmente su interior. Aquí, también, cuántas diversidades sobre las cuales vamos a edificarnos.

Ciertas mujeres son maníacas de la limpieza. Apenas si se puede vivir porque esto ensucia. En casa de algunas abuelas, se andaba con suelas de fieltro para proteger el suelo regularmente brillantado. Otras dejan la casa ir como puede, “ es el menor de sus preocupaciones”. Otras aún aman la decoración pero se burlan del polvo. Como hija, nuestro comportamiento es función del de nuestra madre por guión o contra – guión. ¿Somos meticulosamente limpias y a veces en exceso? Por ejemplo, quitamos inmediatamente la mesa, sin otorgarnos ninguna pausa? Nos gusta la vajilla y cambiamos frecuentemente los platos, guardamos metódicamente los armarios? ¿Nos gustan las flores y las plantas verdes, los cuadros, los objetos de decoración, las alfombras, lo “moderno” o lo de “estilo”, o las mezclas de géneros, las luces directas o indirectas, los sofás cómodos o los asientos rígidos, etc.?

Referente también al universo de la casa, existe el campo de la ropa. Ciertas mujeres adoran cuidarse de ella, planchar, conservar. Otras, no. Lo mismo para los labores de aguja.

En cuanto a la “cocina”, da lugar a sagas familiares, a veces sabrosas.

En este caleidoscopio, nos definimos en función de nuestra personalidad y modelos dados por nuestra madre y eventualmente otras mujeres de nuestra psicogenealogía. Ciertas identificaciones a veces son muy agradables y fuentes de vida. Se transmiten de abuela a nieta, de madrina a ahijada, de tía a sobrina, unos procesos muy específicos. Tal técnica referente al mantenimiento de la casa o de la ropa, tal giro para recetas culinarias o jardinería.

Alberto me contaba que cuando estuvo en el paro, su hijo mayor le decía: “Trabaja en un restaurante, Papá, nunca morirás de hambre.” Esta reflexión era extraña por parte de un joven de quince años, en un entorno relativamente cómodo y donde no faltó nunca

nada. La madre de Alberto es oriunda de una familia numerosa de origen tunecina. Sus propios padres, muy pobres, tenían por preocupación esencial el alimento. Su hermano mayor después tuvo gran éxito en el comercio y cuando Alberto iba a ver a su tío y su tía, éstos le daban la bienvenida con estas palabras: “Ven aquí cuando quieras, siempre tendrás algo para comer”. Esto tuvo tanto más importancia para Alberto que su padre se separaron cuando tenía seis años y que el padre ya no proveyó las necesidades de la familia. Comer, primero para sobrevivir luego para vivir, está inscrito hondamente en su psicogenealogía. Por otra parte, el alimento es sinónimo de amor. La madre de Alberto cuando reúne a sus hijos y nietos siempre lo hace alrededor de un plato, “cuscús”, “mechoui”, tajines”, etc.

Otra paciente, Catalina, descubrió en el curso de su terapia que le gusta guisar a pesar de que hasta ahora, no sabía cómo freír un huevo. Su compañero se cuidaba de la compras y de las comidas. Esta joven mujer sin embargo era sensible a los encantos de la naturaleza y vivía sus sensaciones y su sexualidad sin problema.

Sin embargo, apenas conocía los legumbres, verduras y frutos. En cuanto a los diversos pescados y aves, los ignoraba. Su madre la obligaba, de pequeña, a acompañarla al mercado lo cual duraba horas porque era para ella la ocasión de encontrarse con las amigas. Catalina se aburría enormemente y ayudaba a llevar los cestos. Después, su madre le pedía se quedara quieta en la cocina mientras preparaba platos exquisitos. A pesar de esto, las comidas tenían el aspecto de un pugilato porque la pareja de sus padres no se llevaban bien. A mi paciente le gusta comer bien pero lo que gustan las secuencias de su infancia.

Para muchos de nosotros, el modo en que esta mujer, nuestra madre, considera el dinero influencia nuestro concepto de éste en la vida diaria. ¿Cómo organiza su presupuesto? ¿Cuáles son los cargos que tienen valor para ella? ¿Lleva sus cuentas y redacta papeles administrativos o lo deja todo a manos de nuestro padre?

Una paciente que veía a su madre llamar a la puerta del gabinete de su padre quien ejercía una profesión liberal, para que éste le diera el dinero en efectivo necesario para hacer la compra, se juró a sí – misma nunca depender de un hombre económicamente. Necesitó un importante trabajo psicológico para aceptar invitaciones y regalos de un hombre y admitir que, al pagar, un hombre puede manifestar su amor. Otra paciente, cuyo origen era modesto, frecuentaba para su trabajo unos caballeros influyentes que frecuentemente la invitaban a cenar. Se sentía en deuda por estas salidas en grandes restaurantes y no se atrevía a negarse cuando el señor proponía acompañarla a su casa. Aprendió a ser libre y a respetar su propio deseo.

Otras mujeres aún, porque su madre no trabajaba al exterior y dependía financieramente de su cónyuge, esperan al “príncipe azul” que les invitará, les hará viajar, y se pasan los fines de semana encerradas en su casa cuando podrían disponer del dinero que les proporciona su profesión. Algunos pacientes consideran como indispensable ser propietarios de su piso porque su madre, incluso sus abuelas eran mujeres para quienes los bienes inmobiliarios simbolizaban la seguridad.

¿Es nuestra madre una mujer que aprecia los viajes o esto le angustia? ¿Le gusta conducir? A contrario, no tiene el carnet o se niega a tenerlo?

¿Tiene nuestra madre problemas de salud? ¿Cómo considera la medicina, los medicamentos? ¿Tenía crisis de hígado, migrañas? ¿Y cómo reaccionábamos con todo esto? Por ejemplo, algunos hombres cuya madre era constantemente “enfermiza” no soportan que su mujer tenga el menor rasguño. Inversamente, en ciertas familias, la enfermedad es fuente de amor. De niño, estuvimos muy atados a la mujer enferma que

era nuestra madre. Así, por ejemplo, se tiene tendencia a volverse enfermero(a) de los unos y otros, se ejerce una profesión médica o paramédica. A veces, más peligroso para nuestra propia salud, caemos enfermos a nuestra vez cuando necesitamos afecto.

Aquí tienen algunos ejemplos referente al cuerpo y su extensión. Pero también para conocernos es fundamental que nos interroguemos sobre el cómo es nuestra madre en el plano sexual. Es difícil, para un hijo, imaginarse la sexualidad de su madre, lo mismo que la de su padre, lo que veremos ulteriormente a propósito de las identificaciones con la pareja.

Mujeres son, a este respecto, totalmente mudas. No transmiten ninguna imagen sexual o más bien, ofrecen una imagen sin sexo.

Más generalmente, la mujer que es nuestra madre da por su discurso y por su actitud, sus gestos, elementos referentes a su sexualidad que estructuran, como hijo(a) y luego adolescente, la nuestra. Por ejemplo, si nuestra madre es una mujer feliz, realizada, tierna, amorosa, la hija que somos asocia sexualidad con felicidad. Como hijo, sabemos que más tarde, podremos colmar a más de una mujer.

Por desgracia, no siempre es el caso. Algunas mujeres tienen, por razones psicogenealógicas, un concepto de la sexualidad totalmente manchado. “Es asqueroso”, “Es sucio”, “Sólo los hombres piensan en esto”. Otras no sienten ningún gozo. “Es una tarea”, “Es el deber conyugal”, “Es para satisfacer a tu padre”. A veces, las relaciones son dolorosas físicamente o vividas como una violación. La religión ha causado grandes perjuicios psicológicos en el tema sexualidad y sensualidad. “Sólo sirve para tener hijos y la maternidad, no es una panacea”. Como hija, no tenemos ganas de ser una víctima sexual como nuestra madre. O bien huimos del hombre, fuente de desgracia para la mujer, o bien coleccionamos los amantes temprano en la adolescencia, sin que esto nos traiga por cierto muchas satisfacciones. Como hijo, nos es muy difícil hacernos hombre vengando a nuestra madre de la raza masculina. ¿Cómo no ser el enemigo también?

¿Recibimos una educación sexual por parte de esta mujer? ¿Qué pasó durante nuestras primeras reglas? ¿Cuántas niñas han sido traumatizadas por este “paso” importante de la vida de una mujer? A algunas, no se les dijo nada y pensaron que estaban enfermas. A otras, se profetizó que empezaba la calamidad de ser mujer. Frecuentemente, entonces se prohibieron los juegos afuera, las salidas, el compañerismo masculino, todo lo que podía poner en peligro de quedar embarazada. Pacientes estuvieron tratadas por su madre de “puta” porque se habían maquillado o habían puesto una minifalda. ¿Esta mujer nos sorprendió masturbándonos y nos amonestó? Violentamente? ¿Qué nos dijo de la contracepción? ¿Cuántas hijas tomaron la pastilla a escondites porque la sexualidad estaba prohibida o la comunicación con la madre inexistente. A veces, mujeres envidian a sus hijas por poder vivir su sexualidad sin coacciones ya que esto era imposible en su época. Numerosas pacientes abortaron sin que se entere su madre.

La educación sexual en la escuela, la liberación de los modales, la campaña de prevención contra la sida, contribuyen a modificar la influencia de la madre y de la familia en este campo.

También es capital interrogarnos sobre la mujer que es nuestra madre en el plano afectivo. ¿Cuál es lo que se suele llamar el carácter de nuestra madre? ¿Se toma la vida del lado positivo, es optimista, positiva, de humor alegre? ¿Al contrario, es triste, aumentando a nivel de problema cualquier pequeña dificultad y siempre teme lo peor? Algunos niños “aprendieron” sin darse cuenta, a rechazar la felicidad por temor a atraer desgracias. Otros preven la catástrofe que podría suceder, de modo a estar preparados.

Hay mujeres quienes, generación tras generación, tienen como único tema de conversación las dificultades, las enfermedades, los accidentes, los fallecimientos de su familia, sus amigos, sus vecinos, su pueblo, sin contar los anunciados a diario por los periódicos, las radios y las cadenas de televisión.

¿Es nuestra madre una mujer tierna y cariñosa, o fría y reservada? ¿Nos cogía en sus brazos, nos mimaba, nos besaba? ¿Le gusta dar y recibir regalos, celebrar los cumpleaños, los santos, invitar a comer o a cenar? ¿Teníamos el derecho de recibir a nuestros compañeros en nuestra casa? ¿Organizaba ella meriendas? ¿Teníamos permiso para ir a casa de nuestros amigos?

¿Es tranquila nuestra madre o chilla siempre y esto, referente a qué? Una paciente escucha el silencio con encanto. Ni radio, ni cadena hifi en su casa. Su infancia estuvo golpeada por el vocerío de su madre. Esa mujer desgraciada, frustrada, desbordada, expresaba su sufrimiento por estas violencias repetidas a diario.

Por otro lado, ¿Es nuestra madre una mujer feliz de ser mujer? Si es el caso, es muy probable que nos acepte como hija y nos transmita, como lo hizo probablemente su propia madre, una imagen positiva de la feminidad. Como hijo, no nos pide que realicemos su masculinidad frustrada, ser el hombre idealizado que hubiese querido ser. Nos deja vivir en paz.

Si a nuestra madre no le gusta ser mujer, varias consecuencias son posibles. Algunas pacientes, muy brillantes profesionalmente, han sido criadas en la idea inconsciente de vengar a la mujer de su condición frente a la del hombre. Otras estuvieron totalmente borradas en provecho de su(s) hermano(s) y acostumbradas a no existir. Algunos hijos estuvieron cogidos en una madeja inextricable: el hecho de ser hombre está a la vez valorizado y culpabilizado, sus elementos internos, al recordar demasiado el arquetipo femenino, están reprimidos, la imagen de la mujer está ridiculizada. Más tarde, estos hombres ahogan su “mujer interior” y son misóginos frente a sus compañeras y colegas femeninas. Adentro suyo, hay la guerra entre los sexos activada por su madre desde la más tierna edad.

Otro tipo de mujer, la mujer niña. Para todo, necesita de su marido. No sabe rellenar un cheque ni los papeles de la Seguridad Social. Es él quien hace las cuentas, la conduce para hacer la compra, la acompaña al médico. Ella no toma ninguna decisión, ni para los hijos, ni para la casa, ni para las vacaciones. Sin hombre, estaría perdida. Aquí también, las identificaciones son poderosas y conllevan repeticiones por guión o contra – guión. Tal hija copia a su vez a esta mujer. Tal hijo será hiper - protector, incluso autoritario, con su esposa. Otros hijo(a)s asocian feminidad e incapacidad. Se rebelan. Una paciente, huyendo del modelo de su madre que no tomaba ninguna responsabilidad, se volvió la copia ‘conforme’ de su padre. Montó una empresa que dirige con eficacia, es una ama de casa muy organizada, una madre cuidadosa, una esposa atenta. Su trabajo psicológico le permitió aprender a relajarse y a conceder más sitio a su marido.

Un paciente se dio cuenta que estaba demasiado exigente para con su compañera. Al contrario de su madre, quería que ella se cuidara de todo. Aprendió poco a poco, a compartir las decisiones y sus realizaciones.

Anteriormente, vimos ejemplos de mujeres víctimas sexuales. Existe también víctimas afectivas. “Tu padre nunca me amó”, “Es un grosero incapaz de ternura”, “Se casó conmigo por interés”. “Si no hubiese estado embarazada, nunca me hubiese casado”, “Me quedo por vosotros”, “Estaba enamorada de otro hombre que murió en la guerra”, “Mi familia me impidió casarme con el que amaba”. “Vuestro padre siempre me engañó”, “Desde hace años, tiene una amante”. Ciertas mujeres viven en el infierno de la

soledad, frustración, odio y celos. Otras son apaleadas, amenazadas, aterrorizadas. Se quedan porque no tienen la fuerza de luchar, porque tienen miedo. Las identificaciones generan diversas situaciones. Tales hijas repiten con su cónyuge la misma pareja verdugo – víctima. Otras adoptan a su vez una agresividad visceral frente a los hombres y están en conflicto sistemático con ellos. Hijos toman la defensa de su madre y se someten a su mujer para no parecerse a su padre. Otros hacen de cada mujer una víctima, tanto en casa como en el trabajo.

Muy diferente es la mujer matriarcal. Es la matrona. Autoritaria, frecuentemente rígida, a veces dictatorial, impone su voluntad a todo y a todos. Sus hijos la temen. Identifican feminidad y terror. Sus hijas reproducen el mismo esquema o al revés son flexibles, incluso blandas, con sus hijos y su cónyuge.

Elena, una paciente, me consultó porque acababa por volverse totalmente masoquista para con su marido. Su madre decidía todo para la familia. Impedía a su marido y a sus hijos que expresen sus deseos y su autonomía. Al no querer hacer lo mismo, Elena no se atrevía a pedirle nada a su cónyuge. Así que él no le ayudaba en casa, se hacía servir. Poco a poco, empezó a volver cada vez más tarde sin avisar. A fuerza de no sentir ninguna exigencia, Elena no sabía hacerse respetar y reproducía sin darse cuenta la misma sumisión penosa que había conocido frente a su madre.

Los hijos de este tipo de mujer tienen generalmente una imagen angustiada de ésta. Bien, repitiendo la servidumbre, encuentran esposas similares o las transforman inconscientemente, con el tiempo, en virago. O bien sienten un odio reprimido del sexo opuesto, se vengan tiranizando a su compañera, acumulan las aventuras. O bien encuentran problemas sexuales. La vagina les parece un órgano amenazador que les va a devorar, castrarles. Son eyaculadores precoces o impotentes.

Consideremos ahora cuál tipo de mujer es nuestra madre en el plano intelectual. Es muy mental? La cultura, los estudios son el centro de sus preocupaciones? Padece de desvalorización en este campo? ¿Son predominantes la opinión de los demás, el qué dirán?

Por razones psicogenealógicas, una paciente se tortura en el plano intelectual y social. Tiene un diploma de tercer ciclo en universidad pero sólo las Altas Escuelas tienen valor a sus ojos. Sale de una pequeña ciudad de provincia en la cual su familia está en el número de notables. El anonimato de París no le conviene. Desea que ella y su cónyuge estén recibidos en ciertos círculos, vistos, reconocidos. Lee los libros que hay que leer, asiste a los espectáculos que hay que ver. Padece si no habla en una cena. Al salir de una sala de cinema, ya busca la cosa original que podrá comentar a propósito de esta película. Hay los vestidos de referencia, las joyas adecuadas, el piso del cual se piensa uno que es propietario, el tipo de coche adecuado. Esta paciente se da bien cuenta de que no está feliz, que se envenena la vida al no ser ella – misma, sometándose constantemente a la opinión de los demás a la cual da un valor desmedido. Lo que le parece ser tan importante, es una visión del mundo que heredó desde hace tres generaciones, la cual proyecta alrededor suyo y que no le pertenece.

Ciertas madres son mujeres “en su mundo”, desconectadas de lo real. Las hay que devoran novelas o revistas rosas, soñando con historias de amor idealizadas. La madre de una paciente que vivía en un pueblo se pasaba horas mirando por la ventana, los ojos en lo vacío.

¿Es nuestra madre una mujer que trabaja afuera? ¿Qué es lo que nos transmite de su actividad? ¿Le gusta su profesión o sólo representa ésta el modo de ganarse la



vida? Esto nos influencia en nuestras identificaciones referentes a la feminidad y a la actividad profesional.

¿Cuál es la relación de esta mujer con las máquinas? Detalle divertido, me di cuenta que la mayoría de las mujeres que viven en pareja no saben usar un magnetoscopio. Muchas madres sólo usan los aparatos domésticos y el coche.

Para concluir, es importante saber cuáles son los conceptos y prácticas de esta mujer en cuanto a moral y religión. Lo mismo, sus ideas políticas tienen una influencia sobre nosotros.

Un amigo de la infancia, Jaime, escondió a sus hijos y a sus nuevos amigos, incluso los más íntimos, su primera boda. Ésta sólo duró algunos meses. Su esposa de entonces, a pesar de sus reticencias, consiguió el divorcio, cogiendo todas las culpas a su cargo. La madre de Jaime, cuando Jackie Kennedy se volvió a casar con Aristóteles Onásis, había afirmado de un tono perentorio: “Se casa con un divorciado, por lo tanto irá al infierno.”

Mediante su terapia, Patricia dejó de temblar frente al chantaje de su madre. Tuvo un aborto provocado después de una aventura, antes de conocer a su marido. Su madre, puesta al corriente, amenazaba constante de revelarlo todo a éste. Totalmente identificada a la moral católica de esta mujer, vivía esto como una falta imperdonable e inconfesable. Decidió hablar de ello con su cónyuge que se reveló muy comprensivo y apenado de que ella no hubiera compartido más pronto esta carga con él.

## **LAS IDENTIFICACIONES CON EL PADRE**

Es verdad, el padre está biológicamente menos cercano al hijo que la madre, sobre todo cuando éste es bebé. No está tan visceralmente influenciado ya que su cuerpo sólo entra en juego en el acto sexual procreador. Aunque rodee a la futura madre con todo su amor y la proteja ahorrándole cansancios, esfuerzos, inquietudes, él no desarrolla la gestación del feto, él no da a luz aunque pueda acompañar el proceso de modo activo y positivo, él no amamanta pero en cambio, puede dar el biberón, participar al aseo del recién nacido y ofrecerle ternura y afecto.

No es menos verdadero que somos el fruto del encuentro de un hombre y de una mujer. El papel del padre es tan fundamental en la estructuración del psiquismo del ser humano como el de la madre. Por definición, al ser de sexo diferente, las funciones de identificación para el niño son específicas y complementarias.

A través de su padre, el hijo aprende a ser hombre. Se identifica a él. Más tarde, repite el mismo guión copiándole o intentando hacer lo opuesto para no parecerse. Integra las definiciones de la masculinidad al nivel corporal, afectivo, intelectual y sexual. Asimila las funciones de la virilidad en el seno de la pareja, familia, mundo del trabajo, sociedad. Elabora modalidades de sus futuras relaciones con las mujeres, sean éstas esposas o compañeras, amantes, amigas, colegas de trabajo. Memoriza un concepto de la paternidad que reproduce o huye cuando le es posible ser padre a su vez. Estructura sus relaciones ulteriores con sus superiores jerárquicos pero también sus actitudes frente a instancias legales, políticas, religiosas.

Por mediación de su padre, la hija construye las diferentes facetas de su imagen del hombre. Forja su concepto de la masculinidad. En función de la relación establecida con él, ella teja la trama de sus futuras relaciones con el otro sexo. De las identificaciones con el padre, depende la elección del hombre o de los hombres amados, del marido, del compañero, del amante. Las repeticiones del nexo con él condicionan lo vivido de las comunicaciones afectivas y sexuales, la unión con el o los genitores de sus propios hijos. Sobreentienden también las actitudes frente a los superiores jerárquicos y los colegas masculinos.

Cualquier hijo(a) se identifica con la imagen que le devuelve su padre. Como lo vimos anteriormente referente a la madre, el bebé “sabe” si está deseado o no, si su sexo es conforme a su espera, si es para él un buen o mal “objeto”. Pero el padre construye con el paso del tiempo, para el hijo, una imagen narcisista secundaria mientras que la madre desarrolla la primera. El bebé, tal como lo explicamos anteriormente, se ama al modo en que le ama su madre. Más tarde, el niño se estima del modo en que le estima su padre. Le confiere su valor, su sitio en la sociedad.

Numerosos pacientes se creían “nulos”, sin capacidades, sin potenciales, acumulaban fracasos porque sus padres les ignoraron o criticaron o chafaron. Un trabajo en psicogenealogía les permitió renacer de ellos – mismos descifrando la problemática paterna y superando las proyecciones negativas, incluso asesinas, que sufrieron y a las cuales se identificaron. Al ser su propio padre un hijo y un nieto, su actitud resulta de un conjunto de componentes psicológicas familiares. Por mecanismos que debemos elucidar – cada historia siendo particular – puede que un hombre no sea capaz de asumir la paternidad de un hijo de modo constructivo. Y esto no tiene nada que ver con la personalidad de éste.

Muchas mujeres se respetan sólo cuando su padre reconoció su identidad y su feminidad. Pero, algunos hombres sólo conceden importancia a su hijo. Otros comunican

muy poco con sus hijas. Ellas forman parte del gineceo; se casarán y tendrán hijos, poco importan sus estudios, sus opiniones. Otros, al contrario, tienen una relación intelectual muy intensa con ellas, pero las consideran como masculinas. Numerosos padres cambian de actitud cuando sus hijas acceden a la pubertad y a la adolescencia. Ellos mimaban a su pequeña y ahora ya no saben como entrar en relación con esta mujer que se abre. Entonces, se apartan y se callan, sin hacer nunca ningún cumplido, sin notar jamás el maquillaje, el peinado, el vestido.

Arcaicamente, la madre nos enseña ante todo el interior, el alimento, el cuerpo aun cuando trabaje. El padre, nos inicia al espacio, la sociedad, el mundo. Por otra parte, es el guardián de la ley, en sentido psicoanalítico del término, es decir de los límites que permiten al hijo estructurarse y desarrollarse. El padre separa al hijo de la fusión con la madre para que se vuelva un ser humano autónomo. Por su presencia y su acción, impide que el niño pequeño forme pareja con esta mujer idealizada. Percibido por éste como rival frente a ella, le permite ocupar su lugar de hijo y no de compañero simbiótico de la madre, identificarse con la masculinidad que encarna, construirse como hombre. El padre da la posibilidad a la hija de ya no formar cuerpo con la madre descubrir su propia especificidad, ir a su encuentro, enseñándole la imagen de su virilidad y la comunicación con el hombre.

El símbolo de esta iniciación a la ley, al espacio y a la sociedad consiste en la transmisión por el padre de su nombre al hijo que reconoce así como suyo. Lo establece en el mundo como formando parte de su descendencia, de su clan.

Desde todos los tiempos, por extraño que esto pueda parecer, es la madre que da acceso al padre.

Una mujer que ama a su cónyuge y que es feliz con él “comparte con placer al recién nacido y luego al hijo. Transmite a éste una imagen positiva de este hombre, contándole su alegría de vivir con él, sus cualidades que ella aprecia particularmente, las circunstancias de su encuentro. Si el padre ha de viajar por su trabajo, ella mantiene el contacto entre el padre y su hijo. Habla de su actividad profesional, lee las cartas que no puede aún descifrar o lo hace participar a los contactos telefónicos. Algunos niños, cuyo padre ha muerto, tienen a través de su madre una imagen viva de éste, a veces idealizada.

Otras mujeres, incluso casadas en el marco de una pareja tradicional, se cuidan prácticamente solas de la educación de los hijos. Aunque esté aquí su padre, no tienen acceso a él directamente. La relación se hace por mediación de la madre que comunica las informaciones.

Ciertas madres están en conflicto con este hombre. No hablan de él jamás o le critican más o menos violentamente. Apartan a su hijo o su hija de este individuo que las hace desgraciadas. En casos extremos, protegen a su(s) hijo(s) de este ser humano “poco recomendable” que pega, bebe, viola.

Madres solteras hablan a su hijo de su genitor, a veces muy positivamente. Otras no revelan jamás su identidad, guardando el secreto incluso en su lecho de muerte. Entre éstas, se puede pensar que ellas – mismas no saben y no se atreven a confesar que tuvieron varias historias a la vez. En el marco de las historias secretas, selladas por el silencio absoluto, mencionemos algunas concepciones, frutos del incesto, que sigue siendo tabú genealógico.

Por otra parte, ciertas mujeres casadas revelan un día a su hijo o a su hija que “su padre no es su padre”, sino un amante más o menos ocultado.

El papel del padre está en plena mutación. Varias líneas directrices se dibujan y son desde luego contradictorias. Por otra parte, padres cada vez más numerosos son presentes ya desde la edad más tierna de sus hijos. Ya no se considera al recién nacido como “un tubo digestivo” que sólo necesita alimento, aseo y sueño. Antaño, muchos padres sólo se interesaban a sus hijos cuando crecían y estaban en condiciones de establecer intercambios intelectuales. En la antigua China, según la tradición instaurada por Confucio, los padres sólo entraban en relación con sus hijos, y esencialmente su hijo, cuando habían alcanzado la edad racional es decir los siete años. Si el fenómeno de los “nuevos padres” constituye un comportamiento innovador y deseable, conviene sin embargo interrogarse sobre los papás que juegan a las madres. Tal como lo acabamos de observar, el padre, por su especificidad de hombre, provoca identificaciones diferentes de las que corresponden a la madre.

Por otro lado, los padres divorciados abundan cada vez más, el número de separaciones no dejando de crecer. Muchos sufren de no poder compartir la vida de sus hijos a diario, viéndoles generalmente un fin de semana sí, otro no, y la mitad del tiempo de vacaciones. Frecuentemente en esos momentos, les dedican todo su tiempo, toda su atención.

Curiosamente, reconocen frecuentemente que no hubiesen sabido estar tan disponibles en el marco de una vida familiar tradicional.

Por fin, buen número de madres son solteras. Antaño dramáticamente puestas al margen de la sociedad, ahora tienen un lugar importante y respetado. Algunas mujeres eligieron esta elección deliberadamente, otras encontraron a hombres que no podían asumir su paternidad.

Es imposible ser exhaustivo describiendo todos los tipos de padres. Contemplaremos las tipologías más frecuentemente encontradas en psicogenealogía.

## **EJEMPLOS DE PADRES**

Para la felicidad más grande de sus hijos, ciertos padres gustan de ser padres. Ayudados en esto por su psicogenealogía, tienen ganas de construir una familia. Les importa transmitir su nombre, prolongar un linaje, tener hijos. Algunos de estos hombres tienen, a través de su padre y de sus abuelos, incluso suegro o tío, una imagen positiva de la paternidad. Otros, al contrario, han sufrido cruelmente durante su infancia, de una ausencia paterna, de una carencia de estructura familiar e intentan en todo practicar el contra – guión de lo que conocieron.

El padre que ama ser padre comunica con sus hijos, establece una relación específica con ellos, diferente de la de la madre, porque es hombre.

Su cuerpo, generalmente más fuerte físicamente, le permite invitar a explorar un espacio más amplio. Pequeño, uno da vueltas en los brazos levantados de Papá, uno hace el avión, uno se pasea sentado en sus hombros, uno mira el mundo desde otra perspectiva que la de Mamá. Más tarde, se comparte con su padre ciertas actividades físicas culturalmente vinculadas a la masculinidad. ¡Cuántos hijos han aprendido a pescar, cazar, jugar a fútbol o rugby! Algunos padres inician a sus hijos e hijas al bricolaje, dan las primeras lecciones de conducción de automóvil, navegación, incluso pilotaje de avión. Frecuentemente es con el padre como uno aprende a orientarse en el mundo, a conocer los puntos cardinales, a leer un mapa de carreteras.

Su voz más imponente que la de la madre le confiere una autoridad que, cuando no es abusiva sino acompañada de cariño y calma, es estructurante para el desarrollo del niño. Cuando es sí, es sí y cuando es no, es no.

Además del espacio y de la ley estructurante, los padres a quienes les gusta ser padres transmiten un conjunto de elementos de su personalidad con los cuales se identifican los niños. A este nivel, las diferencias masculino – femeninas son mucho menos marcadas. Ciertas madres juegan también este papel. Padres artesanos comunican unas formas de hacer, unos métodos. Padres artistas enseñan la práctica de un instrumento de música, el arte de la pintura, de la estructura. Si Papá tiene una cultura científica, es él quien vela preferentemente sobre los deberes de matemáticas, química, física, biología.

Niños son muy pronto bilingües porque el padre es de otra nacionalidad que la madre. Padres deportistas entrenan a sus hijos en el tenis, el golf, la vela, etc.

Muchos padres disfrutan con su papel y entonces transmiten a sus hijos su visión del mundo. Les hacen leer el periódico, comentan la actualidad, comentan emisiones de televisión o de radio, explican sus ideas políticas, sociales, filosóficas, religiosas.

Desgraciadamente, numerosos padres aún son ausentes. Psicológicamente, es un drama que se perpetua generación tras generación. Carentes de modelo, los hijos que se vuelven padres a su vez no consiguen ejercer su papel específico y fundamental. Esto conlleva por vía de consecuencia una omnipresencia y un todo – poder de la madre, fuentes de otros problemas. Pero contrariamente a lo que se podría creer demasiado pronto, existen numerosos tipos de ausencia cuyas consecuencias psicogenealógicas difieren.

Paradójicamente, ciertos padres están ausentes aunque viven con la madre de sus hijos, quieren a sus hijos e hijas y desearon construir una familia. No están aquí porque trabajan enormemente. Apenas se ven a la hora de comer y vuelven cuando los niños ya están acostados. Éstos sólo le ven los fines de semana a menos que carpetas

urgentes les absorban, y durante las vacaciones incluso a veces más cortas debido a obligaciones profesionales. Su profesión requiere frecuentes desplazamientos durante varios días, varias semanas. Estos hombres manifiestan su amor paterno pagando, asumiendo un máximo de cargas financieras, haciendo regalos. Para ellos, amar a sus hijos, es darles el máximo de comodidad material posible, ofrecerles las mejores escuelas para que puedan obtener los diplomas más brillantes y relacionarse con congéneres socialmente seleccionados. También es darles la posibilidad de practicar numerosas actividades deportivas y culturales, hacer que cuanto antes sean políglotas. Dejan a su mujer la tarea de la familia a diario. Es ella quien organiza, administra la vida de la casa. Es ella quien educa, comunica con los hijos, sigue la escolaridad, entra en relaciones con los profesores, planifica las diversas actividades y estancias en el extranjero.

Algunos hijos de estos padres integran sus modelos, hacen estudios brillantes y más tarde reproducen el mismo guión con sus hijos. Otros se rebelan, otros aún oscilan entre todo y nada, no pueden administrarse ni regir su vida, odiando cualquier forma de coacción o esfuerzo. A veces, algunos expresan por la delincuencia su agresividad y su carencia de referencias.

Las hijas de estos padres tienen mucha dificultad en recibir de él una imagen positiva de sí – mismas y entrar en relación con él. Según los casos, el hombre está puesto en un pedestal, valorizado por su inteligencia, sus capacidades profesionales y financieras. Pero por definición, es inaccesible. Hechas mujer, tienen tendencia a idealizar al hombre y desvalorizarse. Frecuentemente están desgraciadas en amor, enamoradas de un hombre ausente, casado él también con su trabajo u otra mujer. Algunos entran en competición con la masculinidad y apuestan ante todo por su carrera, queriendo ser igual a su padre. Otras, por fin se “vengan” haciendo pagar al hombre o los hombres ya que es la única cosa que se puede esperar de ellos.

Existen otros tipos de padres ausentes aunque físicamente presentes. Viven también con la madre de sus hijos. Trabajan sin estar sujetos a horarios devoradores y responsabilidades que absorben su energía. Pero no dicen nada. Se borran totalmente detrás de su mujer. Para sus hijos adultos, estos padres son grandes desconocidos. El misterio flota y escasea el amor paternal. Las identificaciones se establecen sobre un gran vacío. Estos hombres, por razones psicogenealógicas, no consiguen ocupar su lugar en el seno del hogar. No aprendieron a comunicar afectivamente con los hijos. Con pacientes en este caso, intentamos comprender el porqué y reconstituir, como un puzzle, la verdadera identidad del padre mudo.

Algunos padres están ausentes porque les parece importante tomar responsabilidades al nivel de la sociedad. Son responsables sindicales, afiliados a un partido, elegidos o responsables políticos, otros aún participan a actividades espirituales, filosóficas o caritativas. Frecuentemente su tiempo libre está comido por reuniones, meetings, campañas electorales, actividades humanitarias. Si la madre transmite una imagen positiva de las ocupaciones de su marido o de su compañero, los hijos contraen a su vez una pasión por militar. Si el niño vive estas actividades como un abandono, más tarde se rebelará.

Otros padres están ausentes porque no aman mucho la vida familiar. Salen con su amigos. Cuando han acabado su trabajo, pasan en el bar parte de la velada. El fin de semana, asisten a los partidos de futbol y participan fuera de su hogar a actividades entre hombres. Aquí también, la madre es omnipresente y el padre, un desconocido.

En algunos casos, el padre no está porque está en la cárcel. Eventualmente por razones políticas. Pero también por causas menos nobles. A veces es la fuente de un secreto de familia.

Al contrario, existen padres hiper - presentes y autoritarios. Todos los matices son posibles. Una paciente, nacida en un entorno rural de Provenza, sigue levantándose hacia las cinco de la mañana. Evoca el recuerdo de su padre fallecido cuando tenía veinte años, hombre de la tierra, austero, rígido, duro pero justo. “Papá no bromeaba, una mirada bastaba para que mis hermanas y yo anduviéramos recto. Pero sabíamos que nos amaba. Nos despertaba al alba aportándonos a cada una un bol de café en la cama.”

En otros casos, ninguna señal de afecto se traduce en palabras y gestos. El padre es el comandante terrorífico al cual los niños se han de doblegar. Prohíbe, condena, critica, grita, chilla, pega, corrige a latigazos o cinturonzos. Hijos e hijas tiemblan. Frecuentemente, también la madre es una niña frente a este hombre a quien teme. No hay que hacer ruido, ni discutir, ni opinar. No se le debe contradecir en nada, sino, cuidado con la explosión. Algunas mujeres usan el potencial violencia de su cónyuge y lo transforman poco a poco en el padre ogro como lo solía ser su propio padre. “Verás lo que dirá Papá cuando vuelva!”, “Tu padre te dará la lección que mereces”, “No pierdes nada por esperar, a su regreso recibirás una buena paliza”.

Tan curioso como pueda esto parecer, estos hombres no están seguros de sí – mismos. Compensan su inferioridad alzando la voz, enfadándose, pegando, haciendo reinar el terror. Si estuvieran en armonía con ellos – mismos, manifestarían una verdadera autoridad sabiendo imponer ciertos límites necesarios y explicando los motivos. Actuarían con calma, firmeza, afecto y ternura. No por casualidad fue elegido el presidente Mitterand gracias a la frase publicitaria que le asociaba a la “fuerza tranquila”.

Lejos de comprender el fallo de la personalidad de su padre, los hijos están postrados, aplastados, castrados. Películas ilustran muy bien las consecuencias de tal situación para ciertos hijos. En *Pretty Woman*<sup>3</sup>, Richard Gere interpreta un businessman desvalorizado por su padre que intenta probar su valor en la negociación de sus temas. Infaliblemente, proyecta en el propietario de la sociedad que desea rescatar todo el resentimiento acumulado contra su propio padre. Hasta que este jefe lo reconozca como un socio digno de interés y se vuelva un padre de sustitución. Le da lo que siempre busca: ser visto, reconocido, estimado como hijo.

*Amadeus*<sup>4</sup> nos enseña el padre de Mozart exigiendo siempre más de su hijo, juzgándole constantemente, persiguiéndole como un fantasma, culpabilizándole hasta su muerte.

El *Círculo de los poetas muertos*<sup>5</sup> pone en escena a un hijo que prefiere suicidarse para no desobedecer a su padre, pasar de su prohibición.

Anteriormente, hemos visto como muchas madres están en rivalidad con su hija. Celosas de su juventud, su belleza, su poder de seducción, se comparan sin parar a ellas, disminuyéndolas. Les dicen que estuvieron más guapas, más cortejadas, más amadas. En resumen, son para siempre la emperatriz y su hija es Cenicienta. Del mismo modo, numerosos padres prohíben a sus hijos que los superen. Están en competición con ellos, amenazados en su virilidad. Cuando juegan a tenis o al “scrabble”, nunca los

---

<sup>3</sup> Película de Garry Marshall, 1990

<sup>4</sup> Película de Milos Forman, 1984.

<sup>5</sup> Película de Peter Weir, 1989.

dejan ganar. Sólo ellos saben trabajar. “Los diplomas de hoy no valen nada comparados a los de ayer.” La aptitud, el saber – hacer son lo suyo. “Los jóvenes de vuestra época no sirven para nada”. Sólo ellos saben pensar. Sus opiniones políticas, sociales, religiosas, constituyen la única verdad. Por cierto, “Los demás son imbéciles, nulidades”. Ellos son para siempre jamás soberanos, patriarcas, jefes, modelos. Su hijo sólo es un pálido reflejo que, en su opinión, es incapaz de acceder a su nivel.

Las hijas de estos padres terroríficos asocian masculinidad y temor. Algunas reproducen ulteriormente con los hombres relaciones amorosas y profesionales sadomasoquistas. Son la víctima del verdugo real – a través el cual encuentran a su padre – o del perseguidor fantasmado que imaginan o que transforman como tal.

Otras se rebelan, rechazan a los hombres de modo general o intentan dominarlos. Se vengan imitando y pareciéndose a su vez a su padre.

Otras aún buscan lo opuesto y están atraídas por hombres mandos, dulces, silenciosos, reservados.

Magdalena tuvo un padre sumamente autoritario. Le exigía que fuera siempre la primera en clase. Era médico, ella también debía serlo y conseguir un cargo en los hospitales de París. La pegaba con frecuencia. No tenía el derecho de salir ni de frecuentar a sus compañeros masculinos. La propia madre de Magdalena había tenido, ella – misma, un padre terrorífico. Acentuaba inconscientemente el papel de demiurgo de su marido. Pudo empezar Magdalena a vivir después de la muerte de su padre que coincidió con su mayoría de edad. Cogió un empleo para pagar los estudios de arquitectura que anhelaba. Antes de realizar su psicoterapia en genealogía, su vida con los hombres era un infierno. Siempre encontraba el mismo tipo de hombre: profesión liberal, casado con su trabajo, cultivado, brillante, pero carente de afectividad. Sin darse cuenta, se encontraba siempre con su padre. Se dedicaba cuerpo y alma a sus amantes que admiraba, intentando desesperadamente ser amada y reconocida por ella – misma, lo que nunca le había concedido su padre. Ellos también eran incapaces de ello.

Muchos padres patriarcas rechazan a sus hijas. A sus ojos, no tienen importancia, no forman parte del mundo de los hombres, el único con derecho a consideración. Son profundamente misóginos. Su(s) hija(s) no merece(n) que se tenga interés por ella(s). Ningún diálogo, ningún intercambio, ningún cumplido, ninguna felicitación. Naturalmente, esto afecta gravemente la vida de estas futuras mujeres. Una desvalorización sistemática, una herida profunda perturban su imagen de sí – misma y sus relaciones con el hombre. Un trabajo sobre sí es necesario para recobrar su identidad.

Algunos de estos padres “se despiertan” cuando estas abandonadas se vuelven púberas. Entonces es el baile de los prohibidos e insultos. “No puedes salir”, “Quítate inmediatamente el maquillaje, te pareces a una puta”, “Todas son perras”, “El primero que te toque, lo mato”, “Sólo eres una incitadora”. En este caso se añade un tabú referente a la sexualidad. Hijas se casan entonces con el primero que llega para huir de casa lo antes posible. Creyendo hallar por fin la libertad, pasan de la dominación del padre a la dependencia del marido que no eligieron realmente.

Hablemos ahora del padre repetidor escolar. Hizo estudios o le hubiese gustado seguir su formación. Quiere que sus “pequeños” tengan éxito e intenta ayudarles. A veces, todo va bien, con suavidad y paciencia. En otros casos, es un drama. Nuestro padre es ansioso, enloquece, grita, pega. “Sólo eres un imbécil”, “Cómo hice para tener una hija tan idiota”, “Nunca comprenderás nada”. Los deberes se vuelven una tarea pesada, la escolaridad es una pesadilla. Sin hablar de la angustia de las evaluaciones y



exámenes. Más tarde, estos hijos hechos adultos, tienen mucha dificultad en creer en sus capacidades, en particular intelectuales y profesionales.

Algunos padres tuvieron, durante un período, importantes inquietudes profesionales. Por ejemplo, quebraron. De un día para otro, las condiciones de la vida familiar cambiaron. Tuvieron que mudarse o reducir el nivel de vida. Los hijos percibieron entonces las angustias de sus padres. Sobre todo si no hay explicaciones, sienten una inseguridad que se repite más tarde. Otros, y esto es desgraciadamente cada vez más frecuente, atraviesan uno o varios períodos de paro. El exterior se vuelve amenazador. Si estos padres consiguen superar la situación y volver a empezar con dinamismo, hijos e hijas desarrollan potencialidades de adaptación y reconversión.

Una paciente cuyo padre estuvo tres veces en quiebra, aprendió gracias a él que “En la vida, hay que saber volver a empezar todo de un día para otro sin desanimarse.

Pablo está desengañado. Acaba sus estudios de comercio pero tiene el sentimiento que “nada sirve de nada”. Su padre estuvo repentinamente despedido a los cuarenta y nueve años. Era un director comercial eficaz, apreciado pero la compañía para la cual trabajaba había sido comprada. No volvió a encontrar ningún empleo y luego, tuvo una depresión grave. Pablo se identificó con su padre haciendo los mismos estudios que él y copia su desesperación.

Otros padres también tienen problemas de trabajo porque están gravemente enfermos o víctimas de accidente, profesional o no. Pueden estar disminuidos físicos para la vida. Algunos están alejados de su familia por largos períodos en un hospital, centro de reeducación, casa de reposo. Otros están en su casa, a veces muy próximos a sus hijos cuando se lo permite la salud. No podrán enseñarles concretamente lo exterior, la sociedad, pero estarán presente con su diálogo, su ternura, su interés por la cultura, el mundo. Otros también están totalmente abatidos o amargados.

Cada caso es diferente, pero se vuelve fuente de importantes identificaciones. Una paciente, farmacéutica, se echó a llorar cuando tomó consciencia de que la elección de su oficio era debida a su amor por su padre, alcanzado por una grave enfermedad cardíaca, fallecido cuando ella sólo tenía trece años.

Cristina se casó con un hombre paralizado después de un accidente de moto. Su propio padre se había vuelto hemipléjico cuando tenía siete años.

Hablemos ahora de los padres alcohólicos. Aquí también, existen situaciones diferentes. Algunas de sus hijas, en la edad adulta, están angustiadas por la espera: su madre acechaba el regreso de su marido durante horas, preguntándose el estado en que regresaría. Hijos tuvieron que proteger físicamente a su madre, o su hermana, o su hermano más joven, de los accesos de violencia provocados por el alcohol. Esposas estuvieron sistemáticamente pegadas, lo mismo que los hijos. Una paciente por poco está matada por su suegro afectado de delirium tremens la noche de Navidad. Guardó una tenaz hostilidad hacía el hombre, percibido como amenazador. Y sin embargo, su marido es alcohólico y la pega. Vino a consultarme para hallar el valor de separarse.

El alcoholismo frecuentemente es debido a problemas afectivos, perturbaciones psíquicas. Ahora se sabe que puede ser biológicamente vinculado a un estado diabético o pre – diabético y a las consecuencias del estrés. Aquí está el drama: el alcohol es una droga que vuelve dependiente. El padre alcohólico frecuentemente está vivido como generador de vergüenza. A veces, hay que ir a buscar al padre en el bar y traerlo a casa como se puede. No está en condición de acostarse por sí – mismo. Se le considera como un derrotado, incapaz de tomar sus responsabilidades, o como un ogro con reacciones imprevisibles y temidas. En el fantasma de los niños y particularmente las

niñas, el alcoholismo está vinculado con la violación y el incesto: acto sexual impuesto a la fuerza a la madre, brutalidades que pueden patinar en contactos o intentos de relaciones con las adolescentes.

En la edad adulta, ciertos hijos o hijas tienen el alcohol en horror. Esto puede ir hasta provocar escenas cuando el cónyuge toma un pequeño aperitivo o vaso de vino. Otros reproducen una dependencia del alcohol, o un alcoholismo, en particular en los hombres.

Estudiemos ahora un tipo de padre particularmente dramático, el padre incestuoso. No estamos aquí para juzgar, sino para ayudar. Hay varios tipos de incesto.

El padre de una paciente venía cada mañana en su habitación para acariciarle los pechos. Este hombre padecía un narcisismo perturbado que le hacía contemplarse a través de ella. Otro hombre, divorciado, vivió con su hija desde los diez y ocho años hasta los veinte y uno. Dormía con ella sin tener relaciones. Desde tiempo, ya no tenía vida sexual. Vivía un grave conflicto con su madre. Por otro lado, siempre le habían preferido a su hermana. Estaba fascinado por el extraordinario parecido de su hija con él. Se acostaba cerca de su doble femenino que le recordaba la joven mujer que hubiese tenido que ser para estar amado. Cuando se liberó por fin su hija del dominio de su padre y encontró a un hombre, la echó y cogió una amante con la cual, naturalmente, tiene relaciones tempestuosas.

En otros casos, el padre acaricia a su hijita y exige que ella le masturbe. Un sexo de hombre en erección siempre es terrorífico para una niña. Estos hombres no siempre se dan cuenta de las consecuencias de lo que hacen. En su mente, juegan a “toca-pipi”. Se quedaron con mentalidad infantil, su sexualidad no llegó psicológicamente a madurez. Frecuentemente, no tuvieron ningún modelo de pareja.

Los incestos más graves son naturalmente los que van hasta el acto sexual. Esto lleva a veces a embarazos. Según los casos, hay I.V.E. (Interrupción Voluntaria de Embarazo), abandono del hijo, o puesta a distancia. La mujer del padre presenta a este bebé como suyo o bien se guarda secreta la concepción. Otras hijas denuncian a su padre, éste está encarcelado y condenado a daños y perjuicios.

A veces, estos mismos hombres fueron objeto de violencias homosexuales durante su infancia o su adolescencia. Y de hecho hay mucho más incestos heterosexuales por sodomía. Frecuentemente, se hallan al nivel de los abuelos o bisabuelos comportamientos incestuosos.

Siempre está vivido el incesto de forma muy dolorosa por la niña o la muchacha. Aquí también es una indicación absoluta de trabajo psicológico para liberarse de este peso, generalmente secreto y vergonzoso y poder vivir su feminidad y su sexualidad.

También existen incestos entre padres e hijos. Necesitan también un trabajo consigo mismo para liberarse de este traumatismo.

Algunas madres son incestuosas, pero el proceso es diferente. Se trata más de una fusión corporal que de relaciones sexuales. Un paciente vivió muy mal que su madre le enseñara concretamente como se besa a una mujer. Una paciente estuvo muy perturbada por su madre que le separaba las piernas “para ver como estaba hecha”. Además le exigía que sostuviera el frasco cuando se hacía inyecciones vaginales.

Ciertos padres mueren. Cuando son muy jóvenes los hijos, el aspecto estructurante de las identificaciones depende del discurso de la madre. Algunas valoran enormemente el desaparecido que se vuelve un modelo para los hijos y el hombre ideal para las hijas. Otras lo critican porque estuvieron desgraciadas. Sobre todo, no hay que

parecersele o hallar similar individuo. Otras aún, no hablan nunca de él. Este padre es entonces un desconocido. A veces se guarda secreto un suicidio.

Cuando hijos e hijas más mayores en el momento de la muerte de su padre, el tiempo de tener una relación específica y consciente con este hombre les ha sido concedido. Todo lo dicho anteriormente sobre los diversos tipos de padres es válido.

El hijo cuyo padre está muerto asocia inconscientemente paternidad y fallecimiento. Sigue una angustia reprimida. El marido de una amiga perdió a su padre con edad de treinta y seis años cuando él tenía cinco años y su hermana, algunas semanas. Atravesó una importante depresión en el nacimiento de su segundo hijo, una niña. Su hijo mayor tenía cinco años y él, treinta y seis.

En este caso, las hijas se atan frecuentemente a hombres que “desaparecen”. Por ejemplo su cónyuge se ausenta con frecuencia por su trabajo o está desbordado por su actividad profesional. O bien, aman a un amante casado, indisponible, o alimentan una pasión por un hombre que habita a miles de kilómetros. A veces, atraviesan una crisis de pareja y expresan el deseo de divorciar cuando su marido alcanza la edad que tenía su padre a su muerte, o cuando su hijo la edad en que ellas le perdieron.

Mujeres viudas nunca se vuelven a casar, no tienen amantes. Algunas fueron realmente felices y viven en el recuerdo de la felicidad perdida, rodeadas de fotografías del desaparecido. Otras tapan, detrás de un comportamiento de viuda “ejemplar”, un gran odio contra el hombre. “Nunca jamás”, piensan sin confesarlo.

A veces, mujeres viven, algún tiempo después, una existencia paralela desconocida de su familia. O bien no es libre el amante, o bien temen revelar a sus hijos que tienen una vida sexual, o bien temen imponer a un padrastro en casa.

En otros casos, fundan una segunda pareja. Este hombre se vuelve fuente de identificaciones para hijos e hijas, añadiéndose a las más antiguas formadas por el padre.

Muy diferente es el padre que abandona. Hay el que se suicida. Los hijos tienen la sensación que no contaban lo suficiente para mantener a un padre en vida y culpabilizan. Este hombre cometió este gesto después de malos negocios o problemas profesionales. Hijos e hijas asimilan que tomar riesgos mata o que el trabajo no da seguridad. El suicidio resulta a veces de circunstancias pasionales. Los niños se interrogan entonces sobre la responsabilidad de su madre, yendo hasta fantasmarla como culpable de la muerte.

Mucho más frecuentes son los padres divorciados que no asumen la pensión alimenticia de sus hijos. Éstos padecen de la carencia de consideración y de sentido de las responsabilidades mostradas por sus genitores. Oyen las conversaciones telefónicas, súplicas, insultos. A veces la madre recurre a la justicia. Hijos e hijas tienen una imagen desvalorizada de la paternidad y están pillados entre los padres como el martillo y el yunque.

Otros padres, no forzosamente casados, dejan más o menos temprano el domicilio conyugal. Desaparecen sin dejar rastro. No vuelven a ver a sus hijos quienes, generalmente, más tarde intentan encontrarles, conocerles, comprenderles. Ahí también, el discurso de la madre es fundamental. Paralelamente, estos dejados fantasmán sobre su padre. Tanto es aventurero, héroe, cobarde, incapaz, desgraciado. Inferiorizados, se viven como indignos de interés ya que su padre no se cuidó de ellos.

Algunos padres no reconocieron a su hijo. Varios casos son posibles. Una paciente es el fruto de un amor proscrito por la familia del padre. La amante procede del

orfanato. Los padres del chico exigieron que se case con la novia elegida por ellos, que les conviene socialmente y financieramente.

Algunos nacimientos se deben a relaciones ilegítimas, el amante o la amante siendo casado(a).

Otras mujeres tuvieron una aventura y no dijeron que estaban embarazadas, prefiriendo criar solas a su hijo en vez de pensar en vivir con un casi – desconocido.

La contracepción conlleva a veces situaciones difíciles para los hombres. Piensan que su amante está protegida y ésta les anuncia que espera un bebé. Cogidos en la trampa, muchos huyen esta situación que no eligieron. No se sienten afectados ni listos para asumir. Sin embargo no es cómodo psicológicamente.

Como ya lo hemos dicho, cualquier niño abandonado cree que esta deserción le es imputable, que no es digno de ser amado y considerado. La mayoría intentan ulteriormente hallar a este padre.

Algunos estuvieron reconocidos legalmente por su padrastro ya que luego se casó la madre. Éste es fuente mayor de identificaciones, pero sin embargo cuenta el padre genético a través de las palabras de la madre, el inconsciente y la propia imaginación del niño.

Otros son criados por su padre legal, sabiendo sólo tardíamente que son el fruto de una relación. Para ellos, generalmente, el que les educó es la misma base de su estructura. El genitor interviene sin embargo en un plano inconsciente, conllevando algunas repeticiones.

## **EJEMPLOS DE HOMBRES**

Nuestro padre como nuestra madre, no es únicamente “un padre”. Vimos que es importante captar a nuestra madre como mujer. Es lo mismo para nuestro padre como hombre. Según su personalidad, nos identificamos y repetimos este modelo en guión o contra – guión.

¿Qué tipo de hombre es nuestro padre en el plano corporal? Como ya lo dijimos, el padre nos aporta la experiencia del mundo exterior. ¿Practica deportes o no? ¿Practica deportes de grupo o deportes solitarios? Tuve ocasión de trabajar la psicogenealogía de varias hermanas procedentes de la misma familia. Su padre fallecido era un gran andador, enamorado de la montaña, del esquí, de la escalada. Era un hombre elegante, cuidadoso de su forma física, preocupación acentuada por el hecho de que trabajaba en la alta costura. Aunque su vivido psicogenealógico sea específico de cada una, todas tenían en común el gusto de los deportes de invierno, las vacaciones de verano en altitud, la delgadez, la estética.

¿Es nuestro padre lo que se suele llamar “un buen vividor”? Un paciente cuyo padre estaba en conflicto con su mujer cogió en horror todo lo que se parece a comidas interminables, con buenos vinos, entre compañeros cazadores o pescadores. Tomaba la defensa de su madre y sobre todo no quería parecerse a este hombre verde, rubicundo, obeso. Antes de consultarme, había probado todas las disciplinas ascéticas. Fue vegetariano, adepto de la macrobiótica, del yoga, practica la meditación zen, está aterrorizado a la idea de engordar.

Inversamente, una paciente se inició en la gastronomía y a la enología por el hombre “gourmet” y refinado que es su padre. Tan pronto como se casó, constituyó un principio de bodega y enseña las sutilidades de la conservación y degustación del vino a su marido.

¿Tenemos por costumbre ver a este hombre sin hacer nada en casa? Esto condiciona nuestras relaciones con nuestros cónyuges. Tal mujer cuya madre estuvo “muy atenta” para con su marido, reproduce esta misma solicitud con el hombre de su vida. Todo gira alrededor de él, todo está hecho en función de él. Tal otra se niega a toda costa a tener esta actitud que le parece servil. “Nunca ser una sirvienta”. Tal hijo juega el mismo papel de “pacha”. Ser hombre, es “ponerse los pies debajo de la mesa” como lo hacía su padre. Tal otro, en rebelión contra este modelo, ayuda de buena gana a su compañera, compartiendo las tareas.

En otros casos, reproducimos generalmente al hombre que es nuestro padre. Hallamos normal, como él, compartir las obligaciones domésticas, hacer juntos o compartir la compra, pagar a una asistenta para ayudarnos.

A veces, nos cuidamos igual como nuestro padre del bricolaje, cortar el césped, reparar el coche, y nuestra mujer regenta la casa.

¿Es el coche importante para nuestro padre? ¿Nunca compró ninguno y soñaba con él? ¿Es ante todo un medio de transporte útil o un elemento de standing? Mujeres están asustadas cuando su cónyuge conduce porque su padre se desahogaba en el volante, injuriaba a los demás conductores, tomaba riesgos injustificados. ¿Tenemos el mismo modo de conducir que nuestro padre? Un paciente adora hacer el amor en su coche, a pesar de las reticencias de su amiga que teme estar sorprendidos. Al insistir, su madre acabó por confesarle, poniéndose encarnada, que había sido concebido en estas condiciones. Reímos mucho!

El modo en que este hombre, nuestro padre gana, gasta y regenta el dinero es fundamental para nosotros. Una amiga siempre vio a su madre mantener al padre, artista. Pintaba, con ingresos en dientes de sierra. La madre tenía un trabajo sólido que aportaba seguridad en el hogar. Ni sus dos maridos, ni sus amantes jamás dieron dinero a esta amiga que encuentra esta actitud totalmente normal. Sonriendo, me contestó que la inversa –dejarse mantener- nunca se le había ocurrido.

Igual como este hombre o su contrario, hay muchas probabilidades de que seamos Harpagon o Harpagona, generoso o generosa, gastador o gastadora, endeudado(a), inversionista o inversionista, emprendedor o emprendedora, constructor o constructora. Algunos padres jugadores marcaron profundamente a sus hijos por esta pasión peligrosa.

Una paciente perdió a su padre a la edad de once años. Uno de sus últimos regalos antes de su muerte fue una hucha. Antes de su trabajo psicogenealógico, pasó su tiempo haciendo ahorros rehusándose el placer de vivir.

¿Cuáles relaciones este hombre entretiene con los viajes? Salimos algún día de vacaciones? ¿Ibamos siempre al mismo lugar? Visitábamos Francia o países extranjeros? Si nuestro padre es hogareño, es frecuentemente difícil para nosotros hacer nuevas experiencias. No nos gusta el cambio. Al contrario, si a este hombre le gusta descubrir, explorar, tenemos naturalmente tendencia a hacer lo mismo.

¿Cómo vive su sexualidad nuestro padre? Seamos hijo o hija, es un aspecto capital para nuestras identificaciones. Ahí también, el discurso de la madre es importante.

Nuestro padre es un hombre fiel. Varias configuraciones son posibles; Ama a nuestra madre y es feliz sexualmente con ella. ¡Qué felicidad! Esto nos enseña que una relación armoniosa entre un hombre y una mujer es posible y nos estructuramos sobre esta identificación.

Este hombre a veces es asexual. En el fondo, la relación carnal no le interesa. Ciertas parejas dejan muy pronto cualquier vida sexual y el inconsciente del hijo o de los hijos lo percibe. A veces, hay signos tangibles: los padres tienen habitaciones separadas. Algunas madres confían a lo(a)s adolescentes que su padre es impotente. Generalmente es un impacto que afecta la imagen del padre en su fuerza y sus capacidades. Es también difícil entender por parte de este hombre que nunca disfrutó con nuestra madre, la cual es fría, frígida, o bloqueada.

A los hijo(a)s no les gusta ser confidentes de los problemas sexuales de la pareja parental.

Frecuentemente, este hombre está atraído por otras mujeres. Algunos, discretos, viven aventuras sin que se entere conscientemente la familia. Para mucho seres masculinos, hay escisión entre la sexualidad y el afecto. Generalmente es difícil de aceptar para una mujer que, al contrario, vincula ambos. Dicho de otro modo, un marido puede amar a su mujer y desear a otras. Al contrario, una esposa feliz, en general, sólo “mira” a su cónyuge.

Otros no se limitan a aventuras sin mañana, sino que desarrollan una o relaciones paralelamente a su vida conyugal. En general intuitiva, la esposa se da cuenta. Ciertas mujeres por cierto son tan poco seguras que buscan sistemáticamente, desde su matrimonio, la agenda, los bolsillos, las facturas bancarias, etc. Entonces empieza el drama. Algunas aunque ulceradas, callan, no hacen ningún reproche. En este caso, generalmente, gana la esposa. Con el tiempo, poco a poco, la amante está apartada. A veces, se vuelven confidente de su marido estirado entre sus amores. No quiere, ni

puede, por el momento renunciar ni a su mujer, ni a su amante. Frecuentemente, las cónyuges somatizan, desarrollan en ese momento eczema, asma, alergia, dolores de estómago, incluso enfermedades más graves.

Cuando son jóvenes, los niños no están mezclados con esta historia aunque sientan malestar. De mayores, intentan frecuentemente defender y reconstituir la pareja de sus padres.

Otras madres explotan: “Eres un cerdo”, “la mataré, estropearé su rostro, le echaré vitriolo”, “Merecerías que te mate”, ¿cómo pudiste hacerme esto?”, ¿Qué es lo que tiene mejor que yo?” La vida en casa se vuelve un infierno. Los niños lo saben. Hay que tomar partido para el uno o para el otro. Están desgarrados. Para la mayoría, este hombre que es su padre es un verdugo que hace la desgracia de su madre, la sexualidad masculina engendra lo peor. Se sienten abandonados, con el sentimiento que no hacen el peso. Más escasamente, algunos hijos y sobre todo adolescentes toman la defensa de este padre que, después de todo, es un hombre atractivo, capaz de gustar a otra a pesar de lo que dice su madre.

Ciertas esposas exigen ver la rival o la llaman, amenazándola y culpabilizándola. Otras, si está casada, lo dicen a su cónyuge.

A veces la amante también se enfada. Quiere vivir con este hombre. Debiendo elegir entre dos tormentas, el marido vuelve al hogar.

Puede suceder que la pareja de nuestros padres ya no funcione desde hace tiempo. Hay crisis. Entonces es cuando nuestro padre, hasta entonces fiel, encuentra un nuevo amor que le aporta lo que necesita. Sobre todo si esta compañera es paciente y le hace comprender que no se separa a causa de ella sino porque ya no es feliz, entonces a veces este hombre tiene el valor de pedir el divorcio.

¿Cuál educación sexual nos dio nuestro padre? Si somos hijo, ¿qué nos dijo de la ternura, seducción, modo de comunicar con las mujeres, erotismo, contracepción? Frecuentemente, es el silencio total. En otros casos, se expresan la vulgaridad, el lenguaje verde, el desprecio del otro sexo y por lo tanto del propio. Por suerte, padres enseñan discretamente y respetuosamente a su hijo los refinamientos, sutilezas del arte sensual y sexual. Algunos adolescentes aprenden así que el disfrute masculino no es una simple masturbación en un sexo femenino, que el orgasmo de un hombre no sólo está vinculado con la eyaculación, sino que se multiplica, se enriquece con el gozo de la mujer.

Si somos hijas, ¿se quedó nuestro padre mudo al respecto, como frecuente es el caso? ¿Qué imagen nos dio de nuestra seducción? ¿Qué nos dijo de los hombres? ¿Qué prohibiciones nos impuso; cuáles libertades nos dio? El padre de una paciente le repitió sin cesar: “Nunca hay que acostarse con un hombre antes de casarse. Cuando tienen lo que quieren, luego te abandonan”. Otro dijo a su hija: “Cariño, no hay mujeres frías, solo hay hombres torpes”. Se imaginan Vds. sin dificultad las diferencias de identificación y sus consecuencias.

¿Qué tipo de hombre es en el plano afectivo? ¿A través de él, cómo nos hemos identificado? ¿Somos como él, alegre, optimista, lleno(a) de esperanza? ¿Nos enseñó a reír incluso de nosotros – mismos, a experimentar, a volverse a levantar después de una dificultad o un fracaso? Nos dio confianza en nosotros – mismos? ¿Es un hombre discreto, reservado? ¿Es triste, cerrado? Como hija, estaremos atraídas por el mismo tipo de hombre o buscaremos lo opuesto. Como hijo, reproduciremos la misma actitud o la inversa.

Una paciente, Chantal, tuvo un padre apasionado por un trabajo que implicaba grandes responsabilidades. Era poco presente, pero cuando estaba, era una fiesta: salidas en los mejores restaurantes, viajes en hoteles suntuosos. Hoy ejerce la misma profesión en las mismas condiciones. No hay sitio en su vida para un marido e hijos. Para ella, el placer, son los momentos de excepción: cenas refinadas, fines de semana de ensueño.

Contrariamente, Barbara tuvo un padre activo en casa. Era un hombre tierno, discreto, de posición modesta que ayudaba eficazmente a su esposa. Para ella, el colmo de la felicidad es un compañerismo vivido a diario, un compartir equitativo de los cuidados y de la educación dados a los hijos.

El padre de Bernardo siempre callaba en casa. Su esposa, como su propia madre, era muy autoritaria. No la contradecía nunca y la dejaba organizar la vida de la familia. Bernardo se casó con una mujer dulce y cariñosa, lo contrario de su madre y de su abuela paterna. Antes de hacer un trabajo consigo, imitando a su padre, se sentía incapaz de expresar sus deseos, sus opiniones, sus emociones. Padecía mucho así como su esposa, aspirando ambos a un auténtico dialogo.

El padre de una paciente llevó tiernamente pero firmemente a su hija a presentarse al bachiller cuando no había hecho ninguna revisión, afectada de una hepatitis viral. "Hija mía, el fracaso es el no probar; inténtalo, no tienes nada para perder". Obtuvo su examen y no abdica nunca jamás frente a la adversidad.

Por fin, es también importante considerar los valores de nuestro padre en el plano intelectual. Por ejemplo, ¿para él, deben únicamente los chicos seguir estudios? ¿Cuáles son sus referencias? ¿Ama la literatura o las ciencias? ¿Pudo proseguir su escolaridad y le da mucha importancia a los diplomas? ¿Al contrario, tiene ante todo el sentido práctico o dotes manuales? ¿Valoriza el éxito por el sentido de los negocios?

¿Se inscribe este hombre en un linaje profesional? Así, existen familias de granjeros, artesanos, obreros, comerciantes, marineros, representantes, docentes, médicos, notarios, abogados, militares, artistas, etc. A cada uno de estos clanes pertenecen mentalidad, modus vivendi, costumbres, concepción de la sociedad, muy particulares. Como hijo(a), nos identificamos como lo hicieron nuestro padre, tíos, abuelo, incluso bisabuelo y sus mujeres.

¿Cuáles son las relaciones de este hombre con los diarios, hebdomadarios, mensuales. ¿Escucha la radio, mira la televisión? Algunos padres pasan sus veladas y sus fines de semana contemplando la pantalla, "vaciándose la cabeza", sin comunicar nunca con su familia. La relación del hombre con lo visual es muy diferente del de la mujer. La erotización pasa en él por la vista. Es lo que explica esta fascinación por la pantalla donde desfilan imágenes. No quisiera ofender a la gente femenina, porque muchas mujeres saben usar maravillosamente un ordenador. No impide que la mayoría de los grandes creadores en informática son hombres y generalmente, es el padre quien inicia a sus hijos en este campo.

¿Le gusta a este hombre leer, escuchar música? ¿Frecuenta museos? ¿Tiene dotes artísticos? Frecuentemente pacientes sufrieron de la ausencia de su padre, cultivado, erudito, que pasaba largas horas, solitario en su despacho. Otros sienten amargamente que este hombre no les haya enseñado, transmitido su práctica de la pintura, la acuarela, el piano, el saxo, el acordeón, la fotografía, la ebanistería, el bricolaje, etc.

¿Cuáles son las ideas políticas de nuestro padre? De hecho el voto es generalmente psicogenealógico. Se da confianza a la derecha o la izquierda según la



educación. Reproducimos nuestra familia por similitud o por oposición. Una paciente, elegida socialista, milita desde su adolescencia. Su familia es de origen modesto y estima que la izquierda aporta más igualdad y justicia. Un paciente, hijo de un antiguo resistente, partidario de De Gaulle por tradición y violentamente anti – comunista, está elegido R.P.R. (el partido formado por el Gal. De Gaulle en Francia). Inversamente, muchos hijos e hijas participaron a las “barricadas” de 1968 esperando un orden nuevo, opuesto a lo que ellos consideraban como la esclerosis burguesa de su familia.

¿Cuáles son las referencias morales de nuestro padre? Es el quien transmite la ley y el concepto que tiene de ella. Nuestra visión de la honradez, justicia, sociedad son identificaciones con su sistema de valores.

Por otro lado, cuales son las creencias religiosas de este hombre? ¿Es practicante, agnóstico, ferozmente anticlerical? Elogia el ateísmo? ¿Se burla de nuestra madre que siempre está “metida” en la iglesia o comparte las mismas convicciones? Las uniones entre un hombre judío y una mujer de otra confesión plantean a veces problemas espinosos. Algunos hijos, particularmente atados a su padre, siguen la religión judía. Sin embargo, la raza se transmite por la madre; son pues convertidos judíos sin serlo de nacimiento. Esto puede ser fuente de sufrimiento, sobre todo en el momento de su casamiento y para las mujeres en este caso, a propósito de su propia descendencia.

## **LAS IDENTIFICACIONES CON LA PAREJA**

Las identificaciones que hacemos con la pareja de nuestros padres constituyen una fase determinante de la construcción de nuestro psiquismo. Lo que es específico a estas identificaciones es que asimilamos entonces no una persona sino una relación, no un individuo sino una comunicación entre dos seres sexuados o varios, en el caso de relaciones o varios matrimonios.

Esto constituye una etapa esencial de la psicogenealogía. Mediante la relación de pareja de nuestros padres se representa, para nosotros, el aprendizaje, la integración de la sexualidad, del amor, de la relación entre hombre y mujer. Otra vez, el niño que somos toma por modelo, como sola y única verdad, el tipo de relaciones que nuestros padres tienen entre ellos.

Incluso en el caso de familias monoparentales, el niño “sabe” que está en el centro de un triángulo.

Contemplemos el caso más simple y generalmente el más fácil de vivir. Nuestros padres se han casado porque se amaban y vivieron toda su vida juntos en armonía.

Cada pareja es singular. Para entendernos, es necesario analizar las bases de la armonía parental. Una paciente, salida de una familia numerosa del campo, me confiaba que sus padres, después de la comida, mandaban a todos los niños a jugar en el patio porque “ellos tomaban el café del pobre”. Más mayor, comprendió que tenían una vida sexual intensa y que este “café del pobre” consistía en una siesta amorosa. Ella también da una gran importancia a la sexualidad, vivida en armonía con su marido.

Ciertas parejas tienen una vida íntima muy densa que hace que sus hijos se sienten excluidos de esta burbuja de felicidad.

¿Cómo se expresa el amor entre nuestros padres? Ciertos niños asisten a manifestaciones de ternura, afecto, deseo, seducción. Por ejemplo, nuestros padres se besan cuando se encuentran a la tarde? ¿Toma nuestro padre a nuestra madre en brazos? ¿Tiene la pareja gestos tiernos en la vida diaria, en casa, en el exterior, en el cine, de vacaciones, en casa de amigos? ¿Ofrece nuestro padre flores a nuestra madre? Nuestros padres se hacen regalos mutuos, celebran cumpleaños, fecha de matrimonio, San Valentín? ¿Tienen un código amoroso, se llaman por sus nombres o por diminutivos cariñosos? Evidentemente no es igual haber oído a sus padres decirse “Cariño mío o amor mío” que Papá o Mamá, o peor aún, dirigirse insultos recíprocos. ¿Intentan complacerse mutuamente nuestros padres? Por ejemplo, ¿guisa nuestra madre los platos preferidos de nuestro padre? ¿Se viste de azul porque él adora este color o conserva el cabello largo porque le gusta? ¿Le ofrece nuestro padre su perfume favorito o joyas? ¿La alivia de las tareas domésticas desagradables, baja la basura, lleva paquetes y equipaje? ¿En nuestra infancia, el amor entre un hombre y una mujer nos pareció posible, deseable, viable, feliz?

Observé que mayoría de mis pacientes tienen enorme dificultad en fantasmear la vida sexual de sus padres. Incluso cuando tienen hermanos y hermanas más jóvenes, lo que demuestra concretamente actos sexuales. El ser humano tiene mucha dificultad en imaginar a su padre y madre capaces de hacer el amor. Esto hace referencia naturalmente a todas las teorías analíticas sobre el deseo, la prohibición del incesto, etc. En mi opinión, el debate no está cerrado y es probable que en los años venideros, evolucionemos mucho en esta exploración del psiquismo humano.

A mí no me parece que el deseo de un hijo sea acostarse con su madre y que el deseo de una hija sea de acostarse con su padre. En cambio, me parece evidente que hay erotización de la relación, lo cual es del orden de querer ser amado(a), ser reconocido(a), ser identificado(a). El nexo del niño con el genitor del sexo opuesto se tiñe de seducción y tiene por consecuencia que éste, por definición diferente, permita al hijo y a la hija percibirse como un ser sexuado. Parece ser que para protegerse, el niño no quiera ver ni a su madre, ni a su padre como seres sexuales deseantes. Podría ser que el incesto sólo venga del adulto no maduro en su paternidad o su maternidad y que el hijo, espontáneamente, ponga entre paréntesis este impulso por un proceso de idealización. El adolescente busca a una mujer que le recuerde a su madre, pero no busca a Mamá. Del mismo modo, la niña está atraída por un hombre que se parece a su padre, pero no por Papá.

Observé también que cuando niños o adolescentes irrumpen en el cuarto de los padres mientras hacen el amor o, de un modo u otro, asisten aunque furtivamente a escenas sexuales, son presos de sentimientos de odio. Es un fenómeno muy complejo. Me parece simplista analizarlo como la voluntad de matar al genitor del mismo sexo para tomar su lugar cerca del genitor del sexo opuesto. Para el niño, la sexualidad es símbolo de violencia, vida y muerte. La mayoría de mis pacientes sintieron, además del resentimiento frente a ambos padres o a uno de los cónyuges, no forzosamente del mismo sexo por cierto, un sentimiento de asco, rechazo.

Todo sucede como si el niño quisiera tener acceso al cuerpo de sus padres sin que esté puesto en peligro. En la pubertad, muy naturalmente, al volverse ellos mismos seres deseantes, hijos e hijas distancian sus relaciones físicas, corporales, afectivas. El interés del adolescente equilibrado(a) se lleva entonces hacia lo exterior.

Nuestra madre y nuestro padre pueden llevarse bien sin que haya sin embargo manifestaciones de cariño, ternura, complicidad amorosa. Por ejemplo, nuestros padres se unieron para formar una familia. Los hijos constituyen su nexo, su tema de preocupación esencial. Están de acuerdo como educadores, complementarios el uno del otro. Frecuentemente, existen poco como individuos. Ellos mismos proceden de familias muy unidas o, al contrario, carecieron mucho de amor, calor, afecto en su infancia. Quieren crear un nido. A veces tenemos dificultad para ser adulto, para salir de la crisálida. Somos inquietos en cuanto al porvenir de nuestros padres una vez nos hayamos marchado. Este tipo de pareja soporta mal que puedan haber divergencias entre sus hijos en la edad adulta. Para ellos es muy importante que subsista el clan, que no haya conflictos ente hermanos y hermanas, que no se deteriore la unidad familiar.

Otro ejemplo, nuestros padres constituyen una pareja de socios. Crean una familia por obediencia a las reglas de la Iglesia. Se han unido, por ejemplo, en función de una misma creencia religiosa. Su unión, bendecida por Dios, es indestructible. El divorcio está prohibido y ponen todo en marcha para llevarse bien, incluso a costa de su propia personalidad. Obedecen a funciones: nuestra madre sumisa, dedicada, fiel, ama de casa aplicada, cría a sus hijos en la buena educación, la moral, el camino recto. Nuestro padre toma las decisiones importantes, trabaja al sudor de su frente para alimentar a su familia, se puede contar con él. Tenemos padres que cumplen con su deber.

Algunas parejas están asociadas por el dinero. El casamiento se decidió porque eran del mismo círculo, porque juntaban capitales. Su unión forma parte de la sociedad a la cual pertenecen. Otras parejas están vinculadas financieramente según modalidades diferentes. Por ejemplo; juntan sus esfuerzos y ambos salarios que les dan una vida cómoda. O bien padre y madre trabajan juntos. Tienen un comercio, dirigen una

empresa, ejercen profesiones liberales complementarias, etc. La inserción profesional y social suelda su alianza.

Otras parejas se formaron en el marco de una pertenencia a un movimiento político. Son militantes que ponen su vida al servicio de los ideales de su partido.

Desgraciadamente, muchas parejas están en conflicto. Algunas sin embargo no se dejarán nunca. Niños, estamos en una situación delicada. Frecuentemente, nuestros padres dicen que no quieren separarse a causa de nosotros. Culpabilizamos por hacer su desgracia y sin embargo, aunque seamos hoy adultos, estos mismos padres siguen estando juntos. El odio es un nexo tan poderoso como el amor. Toma múltiples aspectos. O bien se exterioriza por palabras. Vivimos entonces en medio de gritos, disputas, escenas, mal humor, insultos. También se puede expresar por gestos: golpes, peleas, objetos rotos. A veces esto conduce a accidentes provocados o amenazas de muerte. O bien la hostilidad es silenciosa. Nada se dice, pero se piensa. Los niños crecen en una atmósfera irrespirable, bajo una chapa de plomo.

Integran la pareja como un campo de batalla y están desgarrados. Cualquier hijo, cualquier hija ama a su padre y a su madre. En este caso, cuando se ama a Mama, hay que detestar a Papa y viceversa. Se aprende a amar contra, a tomar partido, a criticar, a condenar, a defender, a veces incluso físicamente. Cuando una pareja no se lleva bien, es, por desgracia, en la opinión de cada uno de los cónyuges, “la culpa del otro” y los hijos se vuelven jurados de un tribunal.

Algunos esposos no se separan por múltiples razones. En ciertos casos, reina el terror. Papá amenaza con matar a Mamá, raptar a los hijos si se va. Mamá habla de suicidarse o de matar a la amante de Papá si se va con ella. O imperativos económicos conllevan el mantenimiento de la unión. Por ejemplo, antes de su casamiento o al casarse, nuestra madre no ejerce ninguna profesión o la abandona.

Si se divorcia, se halla sin oficio y sin ingresos suficientes. O bien, nuestra madre aportó una dote que está invertida en los negocios de nuestro padre. O bien nuestro padre debe entonces abonar a nuestra madre la mitad de los bienes, del valor de la clientela, del capital de la empresa.

Y luego, hay el “qué dirán”, el peso de ambas familias. Mamá rehusa separarse porque estaría mal vista por su propio padre, sería entonces “la por quien llega el escándalo”. Por la misma razón, nuestro padre no quiere trastornar las tradiciones familiares heredadas de sus padres. Se añade la presión de los cercanos, amigos, sociedad, religión. Y luego, esto rara vez está dicho, pero muchos prefieren aún una pareja coja que la soledad.

Nuestros padres están divorciados. Es bien evidente que según la edad que tenemos en el momento de la ruptura, nuestras identificaciones con la pareja de los padres son diferentes. Las mentalidades han cambiado. Para las generaciones anteriores, el divorcio era socialmente mucho más grave. Pocas parejas se separaban y el hijo se sentía entonces una excepción, a veces marginado de la sociedad. Posición totalmente diferente hoy en día.

Algunos padres tienen la inteligencia de dejarse sin mezclar hijos e hijas en sus conflictos de adultos mientras conservan su papel de padre y madre. Se entienden suficientemente para asumir en armonía su función de padres.

Desgraciadamente, esto no siempre sucede así. Hijos, adolescentes son el rehén de uno de los padres contra el otro. Aquí también, se nos pide tomar partido. Algunas mujeres incitan a su(s) hijo(s) contra su padre amenazando gravemente el desarrollo de

la relación con él. Otras les impiden verle. Frecuentemente, en su mayoría de edad, estos hijos e hijas vuelven a establecer el contacto con este padre excluido.

A veces, es el padre quien cuida de los hijos y hace lo mismo contra su madre, criticándola constantemente.

Algunos divorcios dan lugar a batallas jurídicas de varios años. Los hijos están bamboleados en estos remolinos.

Muy diferentes son las separaciones en las cuales los padres recuperan un equilibrio. Los hijos tienen a su disposición varios modelos de identificaciones según que uno o ambos padres volvieron a hacer su vida. El conjunto de hermanos puede estar enriquecido con varios semi – hermanos o semi – hermanas. Cada caso es diferente y vivido más o menos fácilmente. Cada vez más las identificaciones se hacen a partir de familias polinucleares.

## **LAS IDENTIFICACIONES CON LOS HERMANOS Y HERMANAS**

Si bien hemos nacido todos del encuentro de un hombre y de una mujer – excepto las recientes y escasas técnicas de fecundación y concepción asistidas – no tenemos obligatoriamente hermanos y hermanas sin embargo.

Podemos ser hijo único. También podemos ser el único hijo vivo pero nuestra madre hace antes o después abortos espontáneos o interrupciones voluntarias de embarazo. A veces, perdimos a un hermano o hermana, fallecido(a) antes o después de nuestro nacimiento.

Primos y primas juegan frecuentemente psicológicamente el papel de una fratría ampliada. En algunos casos, niños de la familia o de amigos de nuestros padres están muy cercano a nosotros. Más escasamente, compartieron incluso la vida de la familia a diario durante uno o varios años.

Es cada vez más frecuente que tengamos semi – hermanos o semi – hermanas, procedentes de parejas precedentes o de uniones ulteriores de nuestros padres. Viven con nosotros o sólo están aquí los fines de semana, durante las vacaciones, o en momentos privilegiados. Sucede que no se les conozca.

Psicogenealógicamente, los hermanos y hermanas suscitan identificaciones por comparaciones. Construimos nuestro yo por diferenciación con nuestra fratría, nuestros primos y primas, nuestros compañeros. Se acentúa el proceso por el sistema escolar en que las aptitudes del niño están definidas y clasificadas de modo selectivo.

Para ser amado(a) de nuestros padres y de nuestra familia, para tener nuestro lugar, luchamos ferozmente. De esto depende nuestra supervivencia.

Modelamos nuestra personalidad según dos ejes: primero, nos desprendemos de las características físicas, afectivas, intelectuales, sexuales que están conferidas a nuestros hermanos y hermanas por nuestra familia. Luego, entramos en rivalidad desarrollando, por oposición o competición, elementos que se vuelven nuestra especificidad, nuestra identidad.

En vez de ser nosotros- mismos, muy sencillamente, nos deformamos para ser objeto privilegiado de amor. Esto nos conduce a veces a desarrollar ciertas potencialidades, ciertos talentos. Desgraciadamente, más frecuentemente, esto nos bloquea, nos amputa. Y debido a que creemos profundamente en todas estas identificaciones comparativas, no dejamos de repetir ulteriormente estos mecanismos en nuestras relaciones con los demás.

## **EJEMPLOS DE IDENTIFICACIONES EN LA FRATRÍA**

Prácticamente, jamás encontré a pacientes que estén contentos con su físico. Eventualmente, algunas partes de su cuerpo les convienen, pero el conjunto, no. Dos factores parecen estar en causa.

El primero es inherente a nuestra naturaleza humana. Si no estuviera condicionada por nuestra educación, nuestra mente podría imaginarlo todo, concebirlo todo; en cambio, nuestro cuerpo es por definición una suma de limitaciones. En este instante, les es posible pensar que están Vds. en Nueva York, Australia, la Luna. Del mismo modo, les está permitido fantasmear la prehistoria, la Edad Media o el tercer milenio. Nuestra mente está más allá del espacio y del tiempo. Nuestro cuerpo vive aquí y ahora.

Desde nuestra concepción, estamos genéticamente sexuado(a). Estamos privado(a), debido a nuestro cuerpo otra vez, de la mitad de la experiencia de la humanidad. Hija, no viviremos nunca interiormente la experiencia de un cuerpo de hombre. Hijo, no conoceremos jamás tampoco lo vivido por el cuerpo femenino. Nos es imposible ser a la vez rubio, pelirrojo, moreno, alto, bajo, tener los ojos azules, morenos, avellana y negros. ¡Y lo quisiéramos todo! Entonces, lo que tenemos no nos gusta.

Este cuerpo obedece a ciertas leyes biológicas. Está sometido a ciclos: la pubertad, la menopausia, la andropausia. Resiente a veces intensos dolores, puede estar minusválido, envejece y finalmente, muere. Este cuerpo que criticamos, comparamos, sólo amamos muy poco, huimos, sin embargo es nuestro habitáculo más valioso.

El segundo factor de rechazo es psicogenealógico. Por sus proyecciones, los miembros de nuestra familia trocean y etiquetan nuestro físico. Al crecer, seguimos el proceso por el bies de las comparaciones con nuestros hermanos y hermanas, primos y primas. Somos pequeños porque nuestro hermano es mayor e inversamente. En las familias de color, el criterio de belleza es tener la piel más clara posible. A la inversa, personas se desesperan de su tez lechosa, no consiguiendo broncear. Tal adolescente se considera demasiado gordo(a) aunque armoniosamente proporcionado(a) porque un hermano o hermana tiene una morfología longilínea. Las hijas están angustiadas frecuentemente por sus medidas, las del pecho, cintura, caderas. Los muchachos se preocupan más de su altura, dimensiones de su sexo y volumen de sus hombros y caja torácica. ¡Cuántas desvalorizaciones por el tamaño del pene en reposo proceden de recuerdos competitivos con hermanos mayores, primos, compañeros de colegio. El sexo del padre generalmente está fantasmado como hercúleo. En cuanto a la angustia referente al tamaño del sexo en erección, hace la fortuna de los libros pornográficos y películas clasificadas X.

Rara vez en la misma familia hay dos hijas consideradas diferentemente pero igualmente bonitas. Una por definición se considera la "bella", aunque no esté realmente convencida de ello y por consiguiente la otra se ve común, incluso fea. Pocas veces se ven dos o tres hijos de una fratría que destacan en un deporte idéntico. Algunos se abstienen de cualquier actividad física cuando uno de ellos está reconocido como particularmente dotado en este campo. El niño enfermo tiene un lugar aparte. Objeto de más cuidados, frecuentemente está percibido como el preferido de los padres. Trabaje con dos pacientes afectados de parálisis, sin causa fisiológica real, al final de sus estudios universitarios. Uno tenía un hermano, el otro una hermana, enfermos y

guardando cama durante largos años. Estos fenómenos paralizantes, por suerte remisivos, se debían a un miedo inconsciente de entrar en la vida activa. Frente a esta angustia, estas personas habían memorizado más o menos conscientemente la posibilidad de lograr protección y amor gracias a este tipo de síntoma!

El niño busca también su lugar en el nivel afectivo en el seno de la fratría. Hay el sabio, el caprichoso, el tierno, el llorón, el fiero, el malhumorado, el colérico, el sonriente, el amable, el servicial, el tozudo, el travieso, el rebelde, el temperamental, el mentiroso, etc. Lo mismo en femenino. ¡Variedad inmensa de calificativos, y la lista no es exhaustiva! ¿Qué se decía de Vd. cuando era Vd. pequeño(a), qué decían sus hermanos y hermanas, primos, primas, otros niños cercanos? Frecuentemente incansablemente repetido.

Nos identificamos a estas definiciones. Y que se tenga treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta años, mientras no se ha tomado consciencia de estas marcas impresas con hierro incandescente, y trabajado para liberarse de ello, estamos convencidos que realmente somos así. Adulto, en nuestra vida personal y profesional, seguimos mimando que somos sabio, caprichoso, afectuoso, llorón, fiero, malhumorado, colérico, rebelde, temperamental, mentiroso, etc. Lo mismo en femenino.

Al nivel de las identificaciones referentes a la fratría, aquí como siempre, los elementos positivos son evidentemente más vectores de realización que los demás. Sin embargo, estas etiquetas sólo son caricaturas que no tienen la realidad en cuenta. No es verdad que un ser sea solamente esto o aquello.

Algunas “cualidades” pesan. Tal hijo que obtuvo el amor familiar siendo serio, responsable, preocupado ante todo de los demás, quizás tiene ganas, ligereza, en la edad adulta, de vivir su vida y dejar este papel que perpetúa asumiendo a todo su entorno sin que nadie se lo pida. Un poco de despreocupación, diversión le beneficiaría como a los demás.

Hay defectos que envenenan frecuentemente toda una vida. Elena, madre de familia y ejecutiva en una empresa, seguía pensando que era la pequeña peste de su infancia. Se sentía constantemente culpable, no suficientemente buena madre, no suficientemente buena esposa, no suficientemente de convivencia fácil con sus colegas, inferior a sus directores... en suma, siempre ‘no bastante algo’. En el curso de su trabajo terapéutico, tomó consciencia que estaba totalmente identificada con esta imagen que se le había colocado y que ésta era ficticia. Su hermanita “santa”, juzgada como “la perfecta” por razones psicogenealógicas, hacía unas cuantas jugadas por detrás. Pero siempre estaba castigada Elena. De hecho, no se parecía en nada a una calamidad sino a una niña normal, movida y traviesa. Su hermana sencillamente era más quieta, más soñadora, menos extravertida.

En el plano de los estudios, es exactamente lo mismo. Hay el buen alumno naturalmente brillante, el merecedor que debe trabajar mucho porque no tiene facilidades, el científico, el literario, el mediocre, el perezoso, el incapaz... Sucede lo mismo con las niñas. Todo sucede como si cada hijo, para encontrar su lugar, exaltara o rechazara sus potencialidades. Si nuestro hermano no hubiese sido tan bueno en matemáticas, quizás seríamos politécnico! Si nuestra hermana no hubiese sido tan dotada para el dibujo, quizás haríamos pintura, lo cual de hecho nos atraía mucho. Cuantos pacientes, después de haber comprendido estos mecanismos, se hallaron por fin autorizados a ser ellos – mismos y muy naturalmente desarrollaron potencialidades que habían encerrado bajo llave por competición con sus hermanos y hermanas. Así



Jacky, la hermana de María Callas, no pudo ejercer “el canto” porque ya había una cantante en la familia.

El desarrollo de la relación amorosa y la expresión de la sexualidad se hacen también en función de la fraternidad. Tal adolescente es tímida, torpe, inhibida, por oposición a su hermana, ligona, seductora, incluso provocativa. Tal otra atrae espontáneamente la atención de los muchachos, a veces en una relación de fraternidad fraternal. No impide que su hermana, menos rodeada, deduce que ella es un “espanta pájaros”. Tal hijo se considera como Don Juan y en cambio su hermano guarda su vida sexual secreta o padece por no tener ninguna relación. El modo de vestirse, peinarse, maquillarse, también se hace por diferenciación de los hermanos y hermanas. Una actriz famosa, con mucho talento, concede muy poca atención a su vestimenta, aunque procedente de un medio burgués. Por decirlo todo, “siempre está mal vestida”. A la edad de diez y seis años, cuando se preparaba para ir a un baile con él, su hermano le prohibió vestir un precioso vestido largo de seda verde: “Vete a cambiar, me das vergüenza.”

Vivir con una persona que lleva el mismo nombre que la propia hermana no es “neutro”. También, con un hombre que se llama como el propio hermano. A veces, hermanas se juntan cada cual con un homónimo. Ambas se casan con Pedro, Marc, o Juan-Pablo, etc. Paralelamente, hermanos se casan el uno como el otro con Isabel, o Valeria o Claudina, etc. Por cierto, existen familias vinculadas por dos uniones. Por ejemplo, el hermano de nuestro padre se casó con la hermana de nuestra madre.

Referente a los mecanismos de identificación con los hermanos y hermanas, es importante hablar de relaciones incestuosas. Son mucho más frecuentes de lo que se piensa. Frecuentemente, entre cinco y diez años, se juega al “médico”, incluido con primos y primas. A veces, entre chicos, se compite para “saber quién hará pipí más lejos”. Todo esto es más lúdico que sexual. Por falta de espacio, por pobreza, puede que dos hermanas o dos hermanos, incluso un hermano y una hermana, duerman en la misma cama. Esto conlleva intercambios de besos, caricias, contactos yendo de la ternura a las premisas sexuales. Una intimidad se establece a escondidas de los padres, que más tarde, tiene una influencia determinante.

Así, una paciente que tuvo relaciones de este tipo con su hermana, se casó el mismo año que ella con un hombre del mismo nombre de pila y ejerciendo la misma profesión. En la sexualidad, le gusta todo lo preliminar, pero no gusta de la penetración.

Más dramáticos son los casos en que el primo puber fuerza a una niña a juegos eróticos más o menos intensos. Un cirujano estético, honrado e intuitivo, rehusó realizar una liposucción a una muchacha que pensaba que tenía piernas gordas, antes de realizarle una psicoterapia. Después de algunas sesiones, ésta me confió que su hermano le había obligado durante dos años a tener relaciones íntimas. Para ello, le apartaba las piernas y se masturbaba sobre ella. Mi paciente estaba muy vinculada a sus padres y padecía cruelmente tanto de la prohibición como del secreto. Sus piernas – como había ocurrido – le parecían enormes, vergonzosas pero sólo eran un poco redondas. Creerse fea la protegía de la seducción. Una vez todo esto expresado y desenredado, encontró a un amigo con el cual verdaderamente hizo el amor por primera vez en condiciones satisfactorias. Luego decidió esta intervención quirúrgica por gusto, pero ahora con pleno conocimiento de causa.

## **EJEMPLOS DE LUGAR EN LA FRATRÍA.**

El hijo único recibe generalmente el papel de heredero o heredera. Y la hija heredera frecuentemente se considera como el hijo que hubiese podido ser. En nuestra sociedad, el nombre del padre está transmitido por el hijo. Inconscientemente, se pide a esta hija única que cumpla este papel, situación muy delicada.

El peso del árbol genealógico sobre el hijo único es especialmente más importante, incluso pesado, porque es único para asumir el conjunto de las proyecciones familiares. Tiene por misión cumplir más fielmente posible estos fantasmas. No se le perdona mucho el no ser la perfección esperada. Frecuentemente está hiper – investido y por consecuencia se reprocha el no responder suficientemente a la demanda de su familia. El hijo único tiene tendencia en confundir responsabilidad y culpabilidad. Ansioso, tiene miedo de hacer daño, o de no actuar bien, o de no hacer lo bastante.

A veces tiene dificultad en comunicar con los demás niños. Si no tiene primos ni primas, si sus padres no se relacionan con amigos que tienen también hijos, si no está autorizado para recibir en casa a sus compañeros de clase o ir a casa de ellos, el hijo único no está acostumbrado a entrar en relación seguida con adultos. Frecuentemente, es un niño que no tuvo infancia. No ha jugado lo bastante y conoce dificultades para integrar, de adulto, la dimensión lúdica de la vida.

En la escuela, algunos compañeros le dicen que, por definición, es egoísta ya que está solo. Su culpabilidad está así reforzada.

Muchos hijos únicos sueñan con tener hermanos y hermanas. Algunos se creen inconscientemente fratricidas. Fantasman que mataron a estos hijos sin nacer. Por ejemplo, un paciente frecuentemente traicionó a sus socio(a)s, es decir co-hermanos o co-hermanas, y padeció mucho por ello. Constantemente, su madre le repetía durante su infancia que hubiese querido seis hijos pero que, después de haber tenido uno tan detestable como él, había dejado de querer más hijos. A través de estas “fratrías” profesionales, se castigaba por haber impedido el nacimiento de sus hermanos y hermanas. Se liberó de este problema cuando tomó consciencia de que, a pesar de su discurso, su madre no quería, de hecho, ningún hijo en absoluto.

Otros hijos únicos se preguntan porqué ellos son vivos ya que antes o después de ellos, su madre tuvo abortos espontáneos o interrupciones voluntarias de embarazo.

Inversamente, algunos están tratados como estrellas. Una paciente afirmaba cuando era pequeña, reproduciendo el discurso de sus padres “que era perfecta porque era la única”. Tuvo que hacer un trabajo psicológico para poder, de adulta, comunicar con los demás.

Consideremos ahora el caso de los primogénitos. Es un hijo, ha nacido el Hijo Divino! Con algunas excepciones, sobre todo antaño, en que se desea primero a una niña, la familia se alegra porque, gracias a este bebé macho, el nombre de la genealogía paterna está transmitido. Obviamente, cualquier hijo mayor es hijo único hasta la concepción y el nacimiento del segundo.

Algunos siguen siéndolo psicológicamente toda su vida. Cuando nacen los hijos siguientes, se protegen y encierran en la soledad, evitando el contacto con sus hermanos y hermanas. Entonces, el primogénito tiene por reino su habitación y practica actividades solitarias. Pacientes se refugiaron en la lectura, yendo hasta “devorar” un libro al día. Otros se apasionaron por la estrategia militar mediante las figuritas y

soldaditos de plomo o por su tren eléctrico o por el dibujo, la pintura, acuarela, música, etc. Actualmente, se dedican a veces a juegos video o su ordenador.

Pero, generalmente, el desarrollo psicológico del(de la) mayor se realiza diferentemente. La mayoría del tiempo, reprime los celos que siente en el nacimiento del segundo volviéndose el protector del recién – nacido. Este proceso no se hace tan fácilmente como lo creen los padres. Intentemos comprender lo que un niño, sobre todo cuando es joven, siente cuando llega el segundo con el cual debe compartir el amor de sus padres a diario, en el mismo espacio, a lo largo de los años. Es un poco como si un marido anunciara a su esposa que otra compañera a quien ama igual fuera a vivir de ahora en adelante bajo el mismo techo. O como si una mujer informase a su cónyuge que su amante se instala en casa y que, naturalmente, nada ha cambiado. Jamás se dirá bastante a los padres cuanto es fundamental, necesario, preparar a un hijo para el nacimiento del siguiente, y esto, tan pronto la concepción de éste. Aunque no verbalice, el hijo “sabe” inconscientemente que su madre está embarazada. También es indispensable cuidarse del hijo mayor o precedente igual o más que del recién nacido, por ejemplo, cuando éste duerme durante el día. Un recién – nacido necesita cuidados que ocupan la mamá y la familia. Por otra parte, es el centro de atracción de los padres y amigos. Tiempo dedicado e interés constituyen para el mayor la certeza que el bebé está amado, preferido y él – mismo poco interesante, desconsiderado(a), rechazado(a). Cuando son pequeños, algunos viven como un traumatismo las escenas de amamantamiento. Otros reclaman el biberón o vuelven a mearse en la cama a pesar de estar limpios o regresan en la adquisición del lenguaje. Ser “mayor” ya no sirve de nada ya que esta cosa “capta” la atención de modo privilegiado.

Las manifestaciones del conflicto son diferentes cuando hay una gran diferencia de edad.

Es sumamente deseable que los padres dejen que se exprese el niño, que pueda decir sin estar juzgado su ambivalencia entre amor y odio y que le expliquen que esto es normal.

Carolina, la hija de amigos, estaba esperando con gran alegría el nacimiento de su hermanito o hermanita. Estaba impaciente y no tenía a los dos años y medio el conocimiento del tiempo; preguntaba a su madre: “Dentro de cuantas noches nacerá el bebé?” Al llegar Sofía, Carolina le da muchos besos y caricias. Luego tiene sueños contando a sus padres que tratan de recién nacidos muriéndose o ya muertos. Una amiga de la familia que vino a ver a Sofía, declara que “esta pequeña es adorable y para comérsela”. Instantáneamente, Carolina le pregunta: “Podrías comértela entera?” Ambas hermanas se llevan ahora muy bien porque el entorno no se asustó de la ambigüedad de los sentimientos de la mayor y dejó que se expresen sus achaques de odio.

Inversamente, cuando no está autorizado, esto lleva a comportamientos reprimidos de hostilidad, resentimiento, incluso a actos físicos contra el bebé.

A veces, un poco antes del nacimiento del segundo hijo, los padres confían a la mayor a sus propios padres o a personas del entorno. Muy frecuentemente, éste o ésta lo vive como un rechazo, sobre todo si los motivos de esta estancia no están formulados. Este “abandono” se transforma pronto en traición. Cuando regresa el(la) mayor, el pequeño está aquí, ocupando todo el sitio, acaparando la atención de la madre y de toda la familia. Una paciente fue mandada en internado para niños a los tres años, sin que se la informe, poco tiempo antes del segundo nacimiento. Los padres sólo la avisaron varios días después del parto. Ahora, tenía ella un hermanito. A su regreso, se sintió violentamente excluida, luego destronada. Siguió seis meses de eczema en las

manos y los ante - brazos que necesitaron largos baños de permanganato administrados por la abuela materna. El cuerpo expresa con su lenguaje, el sufrimiento que no se puede decir con palabras. Esta niña expresaba a través de este síntoma, y su localización, su necesidad de afecto, su deseo de estar cogida en brazos y su hostilidad hacia su hermano porque pensaba que ya no le amaban a causa de él.

Generalmente, para hallar su lugar en esta familia engrandecida, el(la) mayor se vuelve la madre pequeña o el padre pequeño del recién nacido. Igual como el hijo único, frecuentemente el(la) mayor no tiene infancia. Debe dar el ejemplo porque es el mayor, vigilar a veces al segundo, luego a los hijos siguientes, eventualmente ayudar a sus padres. El hijo mayor frecuentemente está vestido como sucesor del padre. Antaño, en función del derecho de primogenitura, era el único que heredaba, incluso si las hermanas habían nacido antes, la granja, comercio, fábrica, castillo. En caso de fallecimiento del padre, el hijo mayor toma a veces, cuando está en edad de hacerlo, el papel de jefe de familia. "Sustituye" a su padre.

La hija mayor, sobre todo en familia numerosa, juega en la mayoría de casos, el papel de segunda madre y ayuda doméstica. Entre mis pacientes referidas, observé dos tipos principales de reacciones. O bien reproducen la vida de su madre con una profunda necesidad de maternidad y dando a luz varios hijos o el mismo número. O bien sienten un profundo rechazo de los pequeños que les quitaron su propia infancia y su potencial personal de maternidad está afectado. En estas condiciones, cada vivido siendo diferente, tal hija mayor es estéril biológicamente o psicosomáticamente, tal otra es soltera, tal otra tiene abortos espontáneos, tal otra tiene conflictos con sus hijos, tan otra es homosexual. Un trabajo psicogenealógico desbloquea el origen de las dificultades y permite, al hacerlo, elegir su vida. Cualquier mujer no forzosamente tiene por vocación ser madre. Sin embargo, hay una gran diferencia entre elegir tener o no tener hijos y obedecer a las repeticiones psicogenealógicas que impiden cualquier libertad. Por otra parte, la maternidad puede ser carnal pero también es simbólica. Estas mujeres, privadas de maternidad, tienen tendencia a amputar su creatividad personal, profesional, artística.

Los hijos mayores tratan a sus hermanos y hermanas como sus padres les trataron. Un hijo es autoritario como su padre o su madre lo fue con él, otro severo, otro violento, otro tierno, otro pedagogo, otro hiperprotector, otro angustiado, etc.

Lo que expresé referente al nacimiento de un nuevo hijo es naturalmente válido en otros casos. Por ejemplo, la llegada al mundo de un tercer hijo para un segundo crea el mismo trastorno psicológico donde amor y odio se entremezclan. Como lo vimos precedentemente, la actitud de los padres es fundamental para ayudar a éste o ésta a superar esta crisis. Es lo mismo con el nacimiento de un cuarto para un tercero, etc. La única diferencia es que esos niños nunca fueron hijos únicos. Conocen mejor, si puedo decir, la vida de familia. Ya están acostumbrados a compartir el amor de sus padres.

Tomemos el ejemplo de una fratría de dos hijos, compuesta de un hijo y una hija. La situación no es idéntica según el orden de nacimiento. El impacto familiar de un hijo que tiene una hermana mayor o una hermanita no es el mismo. Paralelamente tener un hermano mayor o un hermano menor no conlleva para una hija una influencia psicológica similar. Las consecuencias son diferentes según cada persona y cada fratría. La relación entre un hermano y su hermana – o sus hermanas- es fundamental en su actitud con relación a las mujeres y condiciona sus amistades, sus amores, sus relaciones sexuales, sus relaciones en su vida profesional. Del mismo modo, una mujer reproduce, en todas estas circunstancias precisadas, la relación que tuvo con su o sus hermano(s).

Otra posibilidad, la familia está compuesta con dos hijas. Invariablemente, se dibujan la que juega, más o menos conscientemente, el papel del hijo y la otra la de la hija. Cuando se trata de una fratría de dos hijos, invariablemente, uno de ellos desarrolla más su "feminidad interior". Frecuentemente, el primer hijo padece más el peso de la demanda de su familia. El o la segundo(a) está de alguna manera descargado(a) de las proyecciones psicogenealógicas, lo cual le permite más autonomía, independencia.

Existe un caso particular de fratría de dos hijos, el de los mellizos. Tuve ocasión de trabajar con muchos mellizos y mellizas. Cada historia es particular pero sumamente específica de esta situación.

Por ejemplo, viven una relación profundamente simbiótica, conocen dificultades en existir por ellos – mismos y para ellos – mismos. Se casan frecuentemente con algunos meses de intervalo e intentan establecer con su cónyuge una idéntica fusión. Algunos, si son del mismo sexo, constituyen una pareja en la cual uno desarrolla una potencialidad masculina y el otro femenina. A veces existe una profunda rivalidad desde la más tierna edad que se transfiere en las relaciones de amistad, afectivas, profesionales ulteriores.

Hay que destacar que algunos niños nacidos con muy poco intervalo vivieron psicológicamente su relación con su hermano o hermana como una relación de mellizos.

Aún no he recibido ningún trillizos, salvo trillizos fantasmáticos. Debe ser apasionante!

Consideremos ahora la situación de los hijos del "medio". Son los segundos que no son ni mayores ni últimos de una familia de tres, los segundo y tercero de una familia de cuatro, los segundo, tercero y cuarto de una familia de cinco, etc. La gran problemática de estos hijos es hallar su lugar. El sexo juega un papel considerable. Ser la segunda hija o la tercera o la cuarta de una familia de cuatro hijas o ser una de las hijas de una familia de cinco hijos cuyo último solo es un hijo, no es comparable. Lo mismo, las proyecciones familiares son diferentes y por consiguiente sus identificaciones, referente al segundo, tercero, cuarto hijo de una familia de chicos. Después del nacimiento de una hija mayor, se suele esperar a un chico. Después del nacimiento de dos primeros hijos, se suele esperar a una hija. Sin embargo, cada historia genealógica es única. Para entendernos, es esencial profundizar estas cuestiones en función de nuestra propia familia.

En las fratrías que comportan más de dos hijos, frecuentemente hay, según las correspondencias de edad o las afinidades, relaciones privilegiadas por "pareja". Se crea también sub-grupos, chicos y chicas, mayores y pequeños. Esto provoca esquemas de repeticiones.

En cuanto al último o última, su lugar no es más fácil! Algunos se viven como hijos únicos porque nacieron mucho después de sus mayores. Los mayores dejan el hogar familiar cuando aún son pequeños. Pero no se les confiere el papel de heredero como a los hijos solos o los primogénitos, salvo a veces, si de trata de un hijo concebido después de varias hijas. Lo mismo una hija sucediendo a una fratría de chicos beneficia de un estatuto especial.

Frecuentemente y más generalmente en las familias compuestas de hijos e hijas, este hijo se identifica con el papel de "pequeño último" o "pequeña última". Es el hermanito o hermanita, incluso a cuarenta años. Este estatuto conlleva para el adulto una necesidad inconsciente de protección, una dificultad en emprender, lanzarse, volverse autónomo.

Ciertas madres, muy compuestas en su papel y angustiadas por la marcha de sus hijos, tienen tendencia en guardar lo más tiempo posible cerca de ellas al último o última.

Para evitar que estas mujeres padezcan dolorosas depresiones, nos parece indispensable que aprendan a cuidar más de sí – mismas y hallen nuevos centros de interés. De adultos, estos hijos que fueron protegidos necesitan integrar su verdadera dimensión y descubrir sus potencialidades.

Recalquemos un caso de lugar particularmente dramático en la fratria: el hijo que perdió a un hermano o hermana. Esta situación constituye una necesidad absoluta de trabajo psicológico para poder superar este problema cuanto más intenso que está reprimido. Dos situaciones son posibles. En el primer caso, un hijo está muerto antes de nuestro nacimiento. Podemos llevar el mismo nombre o éste traducido en femenino. Por ejemplo, murió Julio. Entonces nos llamamos Julio o Julia u otros homónimos recordando al desaparecido. Aunque esto es inconsciente, no hemos nacido para nosotros – mismos sino para sustituir a este(a) otro(a). Somos culpables de vivir en su lugar. Mientras no hemos analizado profundamente nuestro psiquismo, obedecemos a ciertas identificaciones y repeticiones implacables.

Así Pablo – Roberto – Manuel es el segundo hijo de una familia que perdió al mayor, Roberto, al nacer. Sus padres a veces hablan de él, hay una foto de él en la chimenea y se va al cementerio a poner flores en su tumba. Pablo es un niño tímido que no tiene confianza en sí – mismo. Obedece a comportamientos de fracaso aunque sea buen alumno. Tiene dificultad en tener amigos y, de hecho, no piensa que se le pueda amar por sí – mismo., que tiene valor. No se siente a la altura; ansioso, piensa a veces que su hermano es más feliz “en el Cielo”.

Miguel también es el segundo hijo nacido después de una hermana muerta al nacer. Es un chico rebelde, agresivo, sobre todo con su madre a quien percibe como una mujer mortífera. Nacen luego cuatro hermanos y hermanas que él excluye, viviéndose como hijo único y heredero. Su padre es médico, y sigue con la misma profesión. Toda su vida, para sobrevivir, Miguel “mata”. Se especializa en acompañar a enfermos incurables que sinceramente espera salvar. Les promete la curación, inútilmente. Colecciona las aventuras amorosas, destrozando todas las mujeres que toca. No puede tener amigos. Nada está bien a sus ojos salvo él – mismo.

Mónica fue concebida después del fallecimiento de su hermana, consecuencia de una encefalitis padecida en la edad de cuatro años. Desesperados, los padres deciden tener otro bebé. Suerte, es una hija a quien llaman igual que a la hija muerta. La pareja idealiza la primera, bella, quieta, inteligente. Mónica integra que no vale mucho comparada con ella. Constantemente, se hace “matar”. Debía dirigir su servicio. En el último momento, se coloca a otra persona en su lugar. Su mejor amiga seduce a su novio y se casa con él.

El segundo caso consiste en perder a un hermano o hermana durante la infancia o la adolescencia. Los que “quedan” entonces están profundamente marcados por este fallecimiento. Lo amaban, se siguen amando. Es demasiado injusto. No olvidemos jamás que el amor y el odio son la sombra y la luz del mismo impulso. Los miembros de la fratría se sienten culpables de ciertos sentimientos hostiles, más o menos reprimidos, que tenían hacía el o la difunto(a). Detestar a veces a alguien hasta quererlo aniquilar en pensamiento es una cosa. Pasar al acto y destruir físicamente esta persona es otra, muy diferente. Inconscientemente, se sienten responsables de la muerte del desaparecido. La pérdida de un mellizo o melliza es aún más difícil de aceptar para el o la superviviente, teniendo en cuenta relaciones fusionales. Aquí también, la actitud de los padres es determinante según deifican o no a este hijo fallecido. Cuanto más dramático es el luto, incluso imposible de realizar para ellos, más el hijo o los hijos se sienten responsables,

rechazados, minimizados, incapaces de hacer que las energías de vida que representan para su familia sean más fuertes que la ausencia. Esto puede ir hasta asimilar que para ser amado(a) de sus padres, hay que estar muerto. Se está desgarrado entre impulsos contradictorios. Alternativamente, se quiere vivir, afirmarse y uno se siente culpable, paria. Generalmente siguen perturbaciones psicológicas y dificultades en la vida concreta.

Dos pacientes perdieron a un mellizo o una melliza durante la vida fetal. Dicho de otro modo, su madre hizo un aborto espontáneo a los tres meses de un feto heterocigoto: Isabel tiene mucha dificultad en soportar la soledad y reclama a su marido mucha ternura y presencia arropadora.

Dominica estaba esperada como a un hijo. Por otra parte, Mamá le habló mucho de su accidente de embarazo. Su familia y ella – misma siempre fantasmaron de que se trataba de un mellizo. Antes de trabajar con ella, Dominica atravesaba largos períodos de depresión y repliegue sobre sí. De hecho, formaba pareja simbiótica con este hermano de quien llevaba constantemente el luto.

## **LAS IDENTIFICACIONES CON LOS ABUELOS**

Los abuelos que hemos conocido son, igual que nuestros padres, modelos de identificación y de referencia.

Como lo hemos visto anteriormente, cualquier hijo busca el amor. Cada abuelo tiene un nexo específico con cada nieto. Deseamos más o menos conscientemente estar querido – nada más delicioso que esta relación privilegiada – y entramos en competencia no sólo con nuestros hermanos y hermanas sino también con nuestros primos y primas.

Igual como nuestra madre y nuestro padre, nuestros abuelos nos quieren en función de su propia historia psicogenealógica y de las proyecciones que hacen sobre nosotros. Nos identificamos a ellos, del mismo modo que con nuestro padre y madre y repetimos estas identificaciones en nuestra vida de adulto.

Por ejemplo, somos la nieta modelo de nuestra abuela materna que es una excelente ama de casa y una exquisita cocinera. Durante las vacaciones, la ayudábamos a guisar y seguimos siendo excelentes en la preparación de los platos que ella sabe tan bien realizar. O bien somos el nieto más próximo a nuestro abuelo paterno que hace de todo con sus manos. Merced a esta relación, somos un marido perfecto en el bricolaje, pero, a veces, nuestra mujer y nuestros hijos se sienten abandonados durante los fines de semana familiares.

Para ser amado, ¿hay que ser buen alumno en historia porque nuestro abuelo materno está apasionado por los reinos de los reyes de Francia o los desarrollos de la Primera Guerra mundial? ¿O es importante ser excelente en geografía porque nuestro abuelo paterno, igual como su propio padre, hizo su carrera en las colonias y viajó mucho? ¿Debemos acompañar a nuestra abuela paterna a la iglesia o al templo, o a nuestro abuelo materno a la sinagoga porque la práctica de la religión es capital para ellos?

En algunas familias, se designa a un hijo para hacer compañía al abuelo o la abuela que ahora es viudo o viuda. Una paciente, la tercera de una familia de tres hijas, la más vinculada a su padre, vivió en casa de su abuela paterna cuando murió el marido de ésta. Inconscientemente, el padre estaba en relación fusional con su madre y le dio a su hija preferida, que consideraba como a su hijo, "futuro heredero" de su profesión de ebanista.

Es importante tomar consciencia de los valores transmitidos por nuestros abuelos que constituyen una trama de referencias, una suma de puntos de vista, a través los cuales nos hemos forjado una imagen de nosotros – mismos, de los demás, de la vida.

A veces, ciertos abuelos "mimosos" dan más ternura y tiempo que los padres. Muchos pacientes tuvieron abuelas o abuelos que constituyen para ellos la principal fuente de amor. El fallecimiento de éstos es entonces un gran impacto que marca una ruptura en la infancia o la adolescencia. De repente, se pierde la escucha atenta, la complicidad, el afecto, las anécdotas contadas, los juegos compartidos. Algunos abuelos dan ocasión a sus nietos de vivir experiencias nuevas. Por ejemplo, cuando los padres viven en ciudad y ellos en el campo, los niños descubren la naturaleza, el huerto, la vida de los animales, la pesca, etc.

Inversamente, otros abuelos son más severos, más austeros. Pacientes se recuerdan que era necesario, aún más que en casa, acabar el plato incluso si a uno no le gustaba lo que había dentro, portarse correctamente a la mesa, no hacer ruido, estar quieto y perfectamente bien educado.



Pacientes fueron rechazados por sus abuelos y se culpabilizan. Como ya lo hemos expresado a propósito de los padres, un hijo no amado piensa que es culpable, que no es digno de merecer el amor. Para él, los mayores, los adultos, y a fortiori los ancianos, poseen la verdad única. Un trabajo en psicogenealogía permite comprender por ejemplo, que nuestra abuela materna ama sólo a los chicos y que por desgracia, somos niña, igual como nuestra madre que también sufrió mucho de ello. Inversamente, nuestro abuelo paterno se lleva mejor con su madre, sus hermanas, sus hijas y sólo somos el hijo de su hijo.

En otros casos, son nuestros primos y primas que están preferidos sistemáticamente. Del mismo modo, a través de un análisis psicogenealógico, nos damos cuenta, por ejemplo, que nuestra abuela paterna privilegia a su hijo mayor y luego a los hijos de éste. Como descendiente de su segundo hijo, estamos menos considerado, como lo es nuestro propio padre. O bien nuestra abuela materna puede tener una mejor relación con su última hija cuyos hijos mimaba especialmente. Y nosotros, sólo somos, por desgracia, los retoños de su primera hija.

Dicho de otro modo, las relaciones que tenemos con nuestros abuelos vivos están sostenidas inconscientemente por las relaciones que ellos tienen con sus propios hijos, nuestros padres.

Muy rara vez conocemos a nuestros cuatro abuelos. Frecuentemente las abuelas son vivas ya que las mujeres suelen vivir más tiempo. Que estén en pareja o viudos, nuestros abuelos generalmente no constituyen arquetipos sexuales. Para los adultos que ahora han pasado los treinta, se trata de la diferencia esencial de las fuentes de identificación entre los abuelos y padres.

En el futuro, será diferente. Una de las grandes revoluciones de la psicogenealogía para las generaciones futuras depende del profundo cambio de imagen de los abuelos. Actualmente, los niños tienen unos abuelos, incluso bisabuelos, que viven su tercera edad, su cuarta edad, totalmente diferente. Ya no visten de negro, hundidos en una discreción y un luto eternos. Viven, están apasionados por el mundo, tienen amigos y relaciones. Muchos viajan. Son dinámicos, a veces deportistas. Algunos manifiestamente tienen una vida sexual. Aportan a sus nietos, por su nuevo modo de vida, un marco psicológico y sociocultural mucho más atractivo.

A veces, hemos vivido con una abuela o un abuelo, generalmente viudo(a), venido(a) a habitar en casa de nuestros padres. Cada historia es particular. Hay la abuela alerta y dinámica que ayuda a nuestra madre y cerca de quien hallamos atención, ternura y comprensión. O el abuelo discreto que cuenta historias maravillosas e inicia a sus nietos a miles de juegos. O aún el abuelo o la abuela amargado que dirige la casa al ritmo de su humor y crea un clima de tensión en la pareja de nuestros padres.

Olga nació en un hogar en el cual la abuela materna vivía con su hijo y su nuera desde su boda. Sus padres no tenían muchos medios financieros, el piso sólo tenía tres habitaciones. La pareja dormía en la sala de estar, las dos hermanas mayores en una habitación y Olga, la más joven, en la otra habitación con la abuela. La pequeña es una niña llena de vida y necesita espacio. Su familia, y en especial la madre de su padre, la cualifica de niña terrible. Algunas horas después del fallecimiento de esta abuela, Olga vuelve de casa del panadero cantando. Su padre le da una bofetada y la riñe violentamente porque no respeta a la difunta. Esta paciente me consultó porque tenía dificultades en expresarse en público, tanto en las reuniones familiares y amigables como en el marco de su actividad profesional. Se percató, trabajando con ella – misma,

que desde aquel día, nunca más había cantado. Se liberó de sus bloqueos y se matriculó en una coral, para su mayor placer.

Nuestra madre es a veces una niña sometida a un padre o a una madre dictatorial, invasor(a). No consigue formar una pareja con su marido porque está en simbiosis con su madre, o sólo siente admiración por su padre y, naturalmente, su esposo nunca le igualó. Nuestro padre tiene, a veces, una relación de pareja simbólica mucho más importante con su propia madre que con su mujer.

La presencia de una abuela paterna en el domicilio de los padres exagera una animosidad entre suegra y nuera en algunos casos. Nuestra madre, por ejemplo, proyecta sobre esta mujer toda la imagen negativa que tiene de su propia madre o de una abuela autoritaria o de una hermana mayor. En otras situaciones, esta suegra rechaza violentamente a su nuera que le “cogió a su hijo”. Nuestro padre está desgarrado entre su madre y su mujer y hay varios guiones posibles: se queda el niño de Mamá, no toma partido para tener la paz y se aísla, impone a su mujer al precio de conflictos, etc.

Respecto de nuestras identificaciones, interiorizamos estas tensiones. Nuestro deseo sería estar amado por cada cual y amar a todo el mundo. Pero se nos pide tomar partido. Por ejemplo, como hijo, para satisfacer a nuestra madre, debemos parecernos a su padre adorado pero no al nuestro, naturalmente. Hija, y para complacer a Papá, debemos copiar sobre su madre y de ningún modo sobre su esposa. Todo esto conlleva para nosotros un puzzle de identificaciones contradictorias que trocean la integración de nuestra imagen de la feminidad y de la masculinidad tal como lo hemos visto anteriormente.

Sucede que la abuela o el abuelo se instala en casa de su hija o de su hijo por enfermedad grave. Es muy importante que los padres expliquen a sus hijos la situación. Aunque este abuelo les tome mucho tiempo porque necesitan muchos cuidados, siguen siendo amados. También es fundamental hablarles de esta enfermedad para que no asimilen la vejez con sufrimiento, decaída, dependencia, impotencia.

A veces, vivimos en casa de nuestros abuelos. Son ellos que nos criaron durante varios años. Muchos abuelos son capaces de dar mucho amor a sus nietos. Y sin embargo, nunca sustituirán a nuestros padres. El hijo criado por una abuela o por abuelos siente un abandono por parte de su madre y padre. Este sentimiento está vivido muy intensamente sobre todo si las causas de esta situación son dramáticas.

O bien la madre vive en pareja pero prefiere no criar a su hijo. Las condiciones de vivienda, la situación económica, los horarios de trabajo no son propicios. Una piensa que esto será mejor para el pequeño. Por ejemplo, la joven pareja empieza con ingresos muy limitados y habita en un cuarto para servidumbre sin ninguna comodidad. O bien los padres tienen una tienda que los ocupa totalmente.

O bien la madre es soltera y no puede asumir a la vez un trabajo y el cuidado de su hijo. O bien aún, encontró un empleo fuera de su comarca de origen y tiene problemas de vivienda.

O bien la madre se separa de su cónyuge o se halla viuda repentinamente. O bien muere y el padre confía hijo o hija a la familia de su mujer o a sus propios padres, sintiéndose incapaz de asumir solo la educación.

Cuando el hijo deja a sus abuelos para volver a encontrar a sus padres, vuelve a vivir otro desgarramiento, aún más fuerte si esta ruptura se debe a la muerte de la abuela, por ejemplo.

Es importante precisar que la imagen que tenemos de nuestros abuelos vivos a veces no tiene nada que ver con las identificaciones que hicieron nuestros padres al respecto. Tal abuelo tierno, afectuoso, cuidadoso con sus nietos fue un padre severo, rígido, autoritario. Tal abuela dulce encantadora, sonriente, tuvo un violento conflicto con su propia hija y su propio hijo. Sucede que el abuelo ame a su nieta o su nieto en contra de su propio hijo.

Aunque no hemos conocido algunos abuelos porque han muerto antes de nuestro nacimiento, son psicogenealógicamente fundamentales para nosotros. En efecto, nuestros padres nos crían en función de sus proyecciones e identificaciones correspondientes a sus propios padres. También son capitales su lugar en la fratría, las relaciones que tuvieron con sus propios hermanos y hermanas, es decir nuestros tíos y tías. Frecuentemente, nuestra madre nos habla de su padre y de su madre desaparecido(a) antes de nuestro nacimiento. Lo mismo que nuestro padre. Todo lo que nos dicen, nos cuentan, estructura nuestras identificaciones.

Paralelamente, lo que expresa la abuela o el abuelo referente a su cónyuge difunto es importante para nosotros. Algunos abuelos son idealizados, otros odiados. A veces el recuerdo va más allá de nuestros abuelos en el tiempo, hasta nuestros bisabuelos, o más lejos aún. Algunos bisabuelos son legendarios, positivamente o negativamente.

A veces, nuestros abuelos están vivos, pero no los conocemos o muy poco. Salvo caso de distanciamiento geográfico importante, esto indica generalmente que nuestros padres tuvieron conflictos importantes con sus propios padres. En otros casos, no sabemos nada conscientemente de nuestros abuelos. Han muerto y nuestros padres nunca nos hablaron de ellos. Aquí otra vez, es crucial que comprendamos y analicemos los motivos de este silencio, para vincularnos con nuestros orígenes y, de este modo, salir a la búsqueda de nosotros – mismos.

Un hijo que no conoció a sus abuelos está privado psicológicamente de sus raíces. Si no hay en su entorno personas mayores, no se familiariza con la edad madura, la vejez, cierta forma de sabiduría. Se pueden ver abuelos de adopción que no forman parte de la familia pero constituyen sin embargo un soporte importante de identificaciones. Así, teniendo a mis dos abuelos muertos, tuve la gran suerte de encontrar, de pequeña, un modelo determinante en la persona de un jubilado de RENFE que se cuidaba del huerto de la casa de mi infancia. Este señor mayor, que me adoraba y recibía mi cariño, me enseñó la naturaleza, las estaciones, los animales. Mamá estaba encantada con esta relación porque ella – misma había tenido una gran complicidad con su abuelo. Para mí, contemplar el cielo, admirar los paisajes, cuidar de las plantas, componer ramos y compartir la compañía de un gato constituyen una de las bases de la felicidad. ¡Queridas identificaciones!

### **3. Repeticiones**

## **LOS MECANISMOS DE REPETICIÓN**

Cada uno de nosotros es el fruto de una larga cadena psicogenealógica. Nuestros abuelos, nuestros padres, nuestros tíos y tías, nosotros – mismos y nuestros hermanos y hermanas fuimos el objeto de proyecciones.

Al crecer, cada miembro de cada generación se identificó con su madre, su padre, sus hermanos y hermanas, sus abuelos si los conoció o con el imagen transmitida, con sus tíos y tías, la pareja de los padres y las parejas formadas por los miembros de la familia.

Al identificarnos, repetimos por guión o contra – guión toda esta saga familiar en los temas de nuestra vida: amor, profesión, amistad, hijos, nietos. Lo hacemos también en los más pequeños detalles de la vida cotidiana, esto frecuentemente sin que nos enteremos.

Ciertas historias psicogenealógicas comportan unas cosas no – dichas, secretos. Por ejemplo, no se nos transmitió que uno de nuestros abuelos es hijo natural. Nuestro tío no murió de accidente, sino que se suicidó. Una de nuestras abuelas se casó embarazada. El que tratamos como a nuestro abuelo paterno es de hecho el marido de nuestra abuela que, al casarse, reconoció a nuestro padre nacido de una primera unión secreta. Nuestra tía estuvo en prisión. Nuestro primo es el fruto de una violación. Nuestro padre o nuestra madre estuvieron casados anteriormente sin que lo sepamos. Nuestro abuelo quebró. Miembros de la familia “colaboraron” durante la guerra. Tuvimos orígenes judías disfrazadas. Conscientemente no lo sabemos. Y sin embargo, inconscientemente repetimos estos guiones. O ciertos aspectos de nuestra vida están condicionados por estos no – dichos o estos secretos.

Para evidenciar los mecanismos de repeticiones, preferí la vida a la teoría. Elegí contarles historias de terapias en psicogenealogía.

## **LA HEREDERA**

Clara, treinta años, se dirige a mí porque se siente nerviosa, angustiada. Diplomada de una escuela de comercio, entró como ayudante en una sociedad hace cinco años en donde rápidamente se le confiaron responsabilidades. Aunque dirija ahora el servicio marketing con las felicitaciones de la dirección, suele estar tensa en la oficina. De hecho, constantemente tiene miedo de equivocarse, de no dar satisfacción.

Por otra parte, desea formar pareja con un hombre que encontró hace dos años. Ambos piensan alquilar un piso juntos. Le ama y es recíproco. Sin embargo, tiene dudas. ¿Verdaderamente, es el hombre de su vida? No es de ninguna escuela prestigiosa, tiene ingresos similares a los suyos, en resumen, no está totalmente conforme a la imagen del hombre instalado e inspirando seguridad que quisieran sus padres tener por yerno.

Es la hija mayor de una familia de dos hijas. Su hermana siempre fue considerada como más femenina, más artista, más soñadora. Clara hace excelentes estudios. Es la intelectual, la razonable, la hija en quien se puede confiar.

Su madre Eleanor, también es hija mayor. Siguen tres hermanas y un hermano que tendrán una infancia muy diferente. A éstos, los padres de Eleanor dan la posibilidad de hacer estudios y una vida relativamente cómoda. Eleanor, debe trabajar duramente en la fábrica de su padre, en la cual la fabricación de los productos requiere el uso de agentes tóxicos. No es Cosette, pero casi. Los hermanos y hermanas de Eleanor adoptan con ella el mismo comportamiento que sus padres. Eleanor está a su servicio, huele mal, huele a fábrica.

Victor, el padre de Eleanor, tuvo importantes problemas con su hermano pequeño. Sus propios padres establecían una gran diferencia entre ambos y preferían claramente a su segundo hijo. Victor crea una fábrica en los Pirineos. En aquella época, hace cincuenta años, las empresas de esta comarca solían ser familiares. Trabaja solo y jamás integrará en la sociedad ni a su hermano ni a su hermana.

Eleanor sigue el ejemplo de su padre. Con la rabia en el corazón, será la primera, la líder de la empresa. Apartará a su hermano, lógico heredero de la fábrica. Luego encuentra a su futuro marido. No es una unión fácil. El novio es español, por lo tanto rechazado por la familia. Eleanor sólo puede amar a un hombre desvalorizado como ella. Lo que unirá a la pareja, es el vencer el pasado. Sus padres tardan cinco años en aceptar la boda. Por fin, el yerno entra en la familia. Al hacerlo, entra en la fábrica. A fuerza de trabajo y empeño, se vuelve el hijo ideal de Victor. Es él quien dirigirá la empresa, ya que Victor se dio cuenta por fin que su yerno Emilio es el único capaz de sucederle. Emilio corta con sus raíces españolas. Perdió a sus padres de joven y ya sólo tiene relaciones esporádicas con sus hermanos y hermanas.

Hoy, Clara, su hija no habla español. Todo lo que le recuerda España es para él una desvalorización. En el curso de su trabajo psicogenealógico, toma consciencia de que es urgente para ella recuperar sus raíces paternas para no estar en conflicto con la mitad de sí – misma.

Tuvo mucho dificultad en dejar la cuna familiar. Sus padres hubiesen deseado que trabaje con ellos, que siga con la empresa. Todavía esperan que vuelva. Su madre sigue organizando el calendario de sus tiempos libres, exigiendo que pase fiestas y vacaciones “en casa”.

Clara descubre que inconscientemente es culpable de no seguir con el deseo de sus padres, traicionar la cadena genealógica de la empresa, no ser la heredera total.

Éste es el motivo por el cual se angustia tanto en su actividad profesional. Debe ser la primera, siempre ir más lejos, subir siempre más alto. Debe seguir vengando a su madre y a su padre. Sólo puede ser líder al precio de una gran tensión.

Esta angustia, no es la suya. Consiguió liberarse de la repetición familiar. Está dotada para dirigir. Ahora puede hacerlo estando en paz.

Por otro lado, Clara toma consciencia de su feminidad. Tiene padres que forman una pareja unida, es cierto, pero ante todo por el trabajo; ella quiere vivir diferente, sin tener modelo ninguno sin embargo. Aprende a comunicar diferentemente con su compañero, dejándole más su lugar de hombre al aceptar ser mujer.

## **MI POBRE HIJA**

Silvia tiene veinte y cinco años. Me consulta porque no se siente segura de sí – misma. Hace un año, quiso irse a Estados Unidos. Deseaba estar varios meses en una familia para perfeccionar su inglés. Desgraciadamente, las gestiones estuvieron mal hechas, y tuvo que volver rápidamente en Francia. Vivió muy dolorosamente este fracaso. Actualmente, es secretaria en una importante sociedad pero no le gusta. Habita en un piso - estudio en el cual se ahoga. Tiene una relación con un hombre casado que trabaja en la misma empresa y que tiene la edad de ser su padre. Le da cierto cariño pero ella sabe que esto es temporal porque tuvo él la honradez de decirle que jamás divorciaría. No está satisfecha ni profesionalmente, ni afectivamente, pero se siente incapaz de actuar.

Silvia carece cruelmente de una presencia paterna. El a quien ella llama su padre, y quien, de hecho, es su padrastro, falleció cuando tenía quince años. Era el tercer esposo de su madre y esta unión, aunque armoniosa, fue breve ya que sólo duró cinco años. Desde la muerte de este hombre, se prohíbe ser feliz. Antes, había conocido a otro padrastro que no destacó para Silvia. Sin embargo, su madre se había casado con él para darle un padre. Su unión fue un fiasco y se culpabilizó Silvia.

Su verdadero padre encontró a su madre a los veinte años. Entre ellos nació una gran pasión, pero el joven no asumió ni la vida conyugal ni la vida de familia. Sin embargo, tuvo peleas jurídicas, luchas para la custodia de la hija. El abuelo paterno estaba muy vinculado a su nieta. Era un hombre bueno, calmado, que dirigía una explotación vitícola, con el sentido de las responsabilidades. Esta imagen, Silvia la busca en todos los hombres. A la muerte de éste, cuando tenía once años, su padre genético aceptó renunciar a sus derechos paternos para que su segundo padrastro adinerado pueda adoptarla.

Para vivir mejor, es necesario que Silvia pueda ver a su padre genético de manera más objetiva, que tome consciencia que ella es el fruto del amor, aunque luego este amor no pudo crecer. Detrás de los debates jurídicos, del odio de la madre hacía su primer marido, de las críticas del padre contra esta mujer, se ocultan los sufrimientos de la pasión. Es indispensable que pueda hacer el luto de su padrastro y ya no adoptar el punto de vista de su madre respecto a este hombre mítico. Por fin, es importante que tome consciencia del papel de su abuelo paterno.

Pero, como siempre en psicogenealogía, un primer problema esconde otro, aún más importante pero menos consciente. Después de haber trabajado la rama paterna, convenía explorar la rama materna. Silvia también debe transformar su relación con su madre. Ésta es oriunda de una familia de cinco hijos de origen modesto. Su propio padre murió cuando tenía doce años. Muy rápidamente, destacó de su ambiente. Se marchó joven para trabajar en París, mientras el resto de la familia se quedaba en la provincia. A los ojos de sus hermanos y hermanas, era una estrella. Es la que aconseja, sostiene, saca de apuros frecuentemente económicamente. Es la que tiene éxito, es diferente.

Silvia se sentía algo extraña cuando pasaba sus vacaciones con sus primos y primas. No formaba parte del mismo mundo. De aquí una dificultad en comunicar con la gente de su edad, particularmente porque al haberse mudado frecuentemente su madre, ella no pudo tener compañeros de clase duraderos. Es la niña buena, hermosa, bien vestida, que se queda sentada en una silla, sonríe y no habla. Vive en simbiosis con



Mamá. Sus dos padrastros tienen respectivamente veintidós y veintiocho años más que su madre. No comparte el mundo de los adultos.

De hecho, su madre careció cruelmente de presencia paterna y de modelo de vida familiar. Se angustió mucho con la idea de encontrarse sola para criar a su hija. Trata a ésta más como a una amiga, una cómplice, una confidente que a una niña. Para que esté mejor, la está criticando continuamente. “Deberías hacer mejor; puedes hacer mejor; sí, pero...”. Silvia aprende a desvalorizarse. Su madre es el modelo de referencia. Es la que es bella, inteligente, seductora, dinámica. Ella no le llega al tobillo. Cuando habla, tiene miedo de decir una tontería. Entonces, prefiere callar.

Silvia toma consciencia de su inferiorización y de su relación simbiótica con esta mujer. Sólo tiene una amiga: su madre. Se llaman varias veces al día. Poco a poco, Silvia aprende a estar menos dependiente, a volverse ella – misma sin compararse, a amar a su madre dándole su justo lugar. Silvia dejó a su amante, encontró a un joven, hijo de amigos de la madre. Interrumpió su psicoterapia, éste siendo hostil a ello. Esperemos que sabrá sin embargo hallar su autonomía y su libertad y que no reproducirá en la pareja su sumisión a su madre.

## **LA VIRILIDAD INACCESIBLE**

Claudio, cuarenta y dos años, me consulta porque se siente depresivo, al borde del abismo, tanto profesionalmente como afectivamente. Está casado, padre de tres hijos. No tiene ningunas ganas de divorciar pero la comunicación con su mujer está en peligro. Se pelean respecto de todo y ella rehusa cualquier relación sexual. Despedido por su jefe por incompatibilidad de humor, tiene la sensación de haber fracasado en todo y lo percibo candidato al suicidio.

Es el hijo mayor de una familia de tres hijos. De hecho, el segundo de cuatro. Su madre le hablaba frecuentemente de un hijo perdido antes de él: aborto espontáneo de dos meses. En realidad, la madre nunca conoció el sexo de este primogénito, pero lo fantasmó completamente. Claudio creció con el modelo idealizado de este primero “hermano”, dotado supuestamente de todas las cualidades. Se “disculpa por vivir” como lo hacen generalmente las personas en este caso.

Su actual jefe, un amigo de la infancia, le suplicó viniese a trabajar con él en París aunque vive a ciento cincuenta kilómetros de la capital. Tiene un año más que él, lo que correspondería a la edad del “hermano” mayor si hubiese vivido. Por otro lado, este hombre tiene él también un grave conflicto con su propio hermano, más joven que él de un año y medio. Claudio comprende que renueva con su jefe la relación con su hermano mayor y viceversa. A través de esta incompatibilidad de humor se repiten dos psicogenealogías en interacción. Claudio vuelve a hallar la imagen del hermano idealizado por su madre. Su jefe rechaza en su empleado al hermano con el cual está en oposición. Claudio descubre lo que vuelve a actuar, se disculpabiliza y va mucho mejor.

Su madre es un personaje alto en colores y tiene una relación muy pasional con ella. Mujer dinámica, asistente social, tiene muchas amistades femeninas. Vive su infancia en un gineceo. Adolescente guapo, recibe a veces las insinuaciones de las amigas de su madre que lo ve. Su abuelo materno es bueno, discreto, dominado por su mujer maestra. En esta rama de su árbol genealógico, las mujeres son mandonas. Claudio se siente algo ahogado por esta madre “rabelaisiana” que tiene dos hermanos y ningún hermano.

Adora a su padre, Luís, investigador que, para tener éxito en su carrera, trabaja en París. Claudio firma su contrato con su jefe parisino a los treinta y nueve años. A la misma edad, su padre aceptó también un cargo en París y solo vuelve los fines de semana. Tres años, después, Luís deja a su mujer y a sus hijos para irse a vivir con Colette. Es el drama, el abandono, la traición. Claudio actualmente tiene cuarenta y dos años, exactamente la edad de su padre en esa época.

Luís viene para ver a sus hijos, les hace suntuosos regalos y poco a poco los recibe en su nuevo hogar. En plena adolescencia, Claudio se “enamora” de su madrastra. Es inteligente, cultivada. Da a su padre un lugar que no le concedió jamás su primera esposa. Feliz, seguro, éste tiene un éxito cada vez más brillante y se vuelve científico famoso.

Cuando me viene a consultar, Claudio está inconscientemente representando la misma historia de su padre. En la misma edad, se va a París. En la misma edad, está en plena crisis de pareja. Si no toma consciencia de esta repetición, volverá pronto a encontrar a una segunda mujer y vivirá la culpabilidad de su padre en relación con sus propios hijos.

Además, la historia de su padre termina mal. Cinco años después de haber encontrado a Colette, En plena gloria profesional, Luís se mata en coche. Claudio estaba angustiado pero no comprendía el porqué. Ahora, él sabe. Hace un importante trabajo para volver a profundizar su relación con su mujer. Sobre todo que ya, su abuelo paterno se había separado de su esposa en la misma edad.

Comprende cuanto idealizó a su padre. Para ser hombre, hay que trabajar lejos de su familia, hay que divorciar, hay que ser famoso. Gracias a su trabajo en psicogenealogía, descubre a su padre tal cual era, con sus potencialidades pero también sus debilidades. Mientras está en la identificación paterna, no puede vivir libremente su vida de pareja, ni su vida de padre, ni su vida profesional. Claudio aprende a ser hombre a su modo, aquí y ahora, y ya no en un afuera fantasmado.

## **LA VIDA NO ES UNA PARTIDA DE PLACER**

Roberto, cuarenta y cinco años, viene a verme porque atraviesa una crisis existencial. De hecho está en plena depresión. Nada va bien, ni en el plano profesional ni en el plano afectivo. Quisiera crear una gestoría pero no lo consigue. Divorció hace diez años a petición de su mujer. Desde entonces, vagabundea sentimentalmente de fracaso en fracaso. Tiene un hijo de diecisiete años y una hija de catorce y teme no ser un buen padre.

Procede de una familia protestante. Durante nuestra primera entrevista, me dice que tuvo una infancia muy feliz, nunca careció de nada y no tuvo problemas familiares. Sigue sin embargo las sesiones. Es la primera vez que habla de él. Hasta ahora, el mundo de las emociones le parecía extraño, sino ridículo. Un hombre, auténtico, no tiene estados de ánimo, se asume, hasta derrumbarse.

Hijo mayor de una familia de cinco hijos, esperado con impaciencia, acogido con alegría, es el niño – rey. El hijo primogénito. Se llama Roberto como su padre, como su abuelo paterno, como su bisabuelo paterno, los tres habiendo sido hijos mayores también. Luego, de segundo nombre Víctor, como su abuelo materno, de tercer nombre Pedro como su tío materno pastor, de cuarto nombre Juan en honor al apóstol autor del Apocalipsis. Es un bebé encantador, luego un niño muy bueno y estudioso. A los tres años, es admirado por los amigos de la familia cuando recita las Fábulas de La Fontaine. A los tres años también, se acuerda haber hecho una corta fase de enuresia por el gran asombro de su madre, ya que había sido limpio mucho antes que sus primos y primas. Nos damos cuenta que esto coincide con el nacimiento de su hermana, segundo hijo. No recuerda nada conscientemente de este bebé. Roberto sólo se acuerda de su papel protector cuando crece. “Eres el mas mayor, eres el más razonable, debes dar el ejemplo” le dicen. Cuida luego de sus hermanos y hermanas.

Le encanta su madre, Isabel. Es una mujer “admirable”. Salida de una gran familia de banqueros alsacianos, bella y de estilo, perfecta ama de casa que sabe hacerlo todo con sus manos. Es también una artista que hubiese podido hacer una carrera de pianista pero eligió dedicarse a su marido y a sus hijos. Tiene una vida religiosa intensa y durante sus horas de ocio, estudia la Biblia y ayuda a los más pobres. Isabel transmitió a su hijo una gran veneración por sus propios padres. Ella – misma se parece mucho a su madre. Roberto se acuerda bien de esta abuela a quien conoció, siempre muy digna, siempre muy cuidada, siempre de negro, siempre un camafeo en el cuello, magníficas canas peinadas en moño. Poco a poco se consciencia de que estas mujeres ideales nunca fueron tiernas. No recuerda mimos dados a los niños. Nunca vio a sus padres besarse o darse la mano. Nunca vio a su madre descansar un momento. Se le transmitió la noción del deber, de la moral, de la acción, del arte, pero en ningún momento, se le permitió ser niño y vivir sencillamente. Siempre fue buen niño, responsable, razonable, inteligente, trabajador, primero en clase. Debíó comportarse así para responder a la espera de sus padres y ser amado. Se aplicó a conformarse a sus deseos... y se da cuenta que constantemente actuó una obra de teatro.

El padre de Roberto también es oriundo de una gran familia protestante. Su propio padre, sus tíos, sus abuelos, trabajaban en la banca y las finanzas. Su padre muere cuando tiene trece años. El mayor de la familia, fue reconocido por todos como un alumno particularmente aplicado. Se dedicó a mantener la tradición familiar, asumió pronto sus responsabilidades con respecto a sus hermanos y hermanas, asumió un

papel de apoyo con relación a su madre que nunca se volvió a casar. Más tarde, vivió como un hombre de deber, muy vinculado a su mujer y particularmente cuidado de la educación de sus hijos. Observamos juntos que Roberto está más angustiado por la idea de ser un mal padre desde que su hijo tiene trece años.

El primer fallo: su divorcio. Naturalmente, él no deseaba separarse. Su mujer quiso rehacer su vida con su amante. La segunda crisis fecha de dos años. Después de su despido económico, su imagen social se rompió. Todos los valores a los cuales Roberto se identificó sólo son repeticiones psicogenealógicas y se derrumban. Para él, vivir, era prolongar el linaje de los bisabuelos hasta sus hijos, era tener un puesto de ejecutivo en la banca, era construir una familia unida, transmitir los valores del bien, de lo bello, del honor.

Se da cuenta que detrás de estos modelos familiares monolíticos, nadie verdaderamente existió. Nunca conoció verdaderamente a su padre ni a su madre, que asumían sus funciones a la perfección. Poco a poco, Roberto explora sus sensaciones, sus emociones, sus ambivalencias, sus contradicciones. Se descubre a sí – mismo, entra en relación auténtica con sus hijos. Se le propuso un cargo similar al que había perdido. Trabaja con menos tensión, administrando su tiempo de modo diferente. Considera diferentemente a las mujeres que le rodean. Comunica más. Se libera poco a poco del peso de las repeticiones de su árbol genealógico, muy estructurante pero también muy ahogante.

## **SER SÓLO UNA MUJER**

Mirella, cuarenta años, se dirige a mí porque vive una gran pasión amorosa y es desgraciada. Hace dos años, encontró a un hombre divorciado que le propuso rápidamente casarse. En aquel momento, no se sentía preparada. Ahora, está de acuerdo, pero él huye. Ella espera y padece. No consigue analizar la situación, reprochándose no haber dicho sí en el buen momento.

Es la cuarta de una familia de cinco hijos. Nacen sucesivamente dos hijas, un hijo que muere a los dos años, ella y otro hijo. Está concebida después de su hermano Juan. Su madre está desesperada por la desaparición de ese niño. Cae en una depresión que durará hasta su muerte, reciente. Mirella no conseguirá devolverle la alegría de vivir. Constantemente criada en el recuerdo de este hermano cuya foto sigue estando en buen lugar en la casa. Era perfecto, bello, bueno, inteligente, un ángel encarnado de alguna forma. Integra que ella no hace el peso, no será jamás a la altura de este muerto y que, de todos modos, jamás podrá ser un hombre. Entonces, se repliega sobre sí – misma, se vuelve la confidente de su madre, vive en la tristeza y la resignación. Es una hija discreta, aplicada, buena alumna.

Mirella ama mucho a su padre, Luciano, pero lo ve muy poco porque trabaja en la restauración y sus horarios son diferentes de los del resto de la familia. Las veladas, los domingos, los días de fiesta, Papá trabaja. Su mujer está constantemente inquieta. Sin darse cuenta desvaloriza la actividad de su marido. Es una profesión en la cual “se sirve”, o sea servil. Es un oficio en el cual los ingresos son variables, por lo tanto no es un oficio. De su padre, Mirella guarda el sabor de lo bello, refinado y la atracción por toda esta gente a quien él sirve en este restaurante de lujo.

Luciano perdió a su padre muy joven y no pudo seguir sus estudios, trabajando para ayudar a su madre y hermanos a sobrevivir.

A los dieciséis años, Mirella pierde a su padre de una crisis cardíaca. Sus dos hermanas mayores están casadas, dejaron el hogar familiar. Se queda sola con su madre y su hermano menor. Se vuelve de alguna manera el marido de su madre “reproduciendo” a su padre. Ella también, a su gran pesar, deja sus estudios y trabaja para hacer vivir a la familia. Es un desgarramiento. Hubiese querido ser médico, será secretaria. Pero para una mujer, le dice su madre, basta con un oficio de apoyo ya que su vocación es la de casarse y tener hijos.

En ningún momento, la madre contempla trabajar. Ya su propia madre había sido una víctima. Casada por obligación porque estaba embarazada, vivió parcamente con sus cuatro hijos, pegada por un marido violento. “ Cuando se es mujer, una no elige su vida”. Mirella trabaja, hace frente a las responsabilidades que tomó. Su hermano saca su bachiller, hace estudios de veterinario y luego, a su vez, entra en la vida activa. La madre se muestra muy alegre cuando su hijo le ofrece un televisor, una cadena hi-fi, lo cual le da gusto de vivir. Su hija, en cuanto a ella, aseguró lo diario, lo necesario, lo indispensable, pero nadie habla de ello.

Mirella se casa. Su marido es un hombre brillante. Hizo estudios. Muy rápidamente, la vida de pareja se vuelve dramática. Su marido la desvaloriza, la desprecia, la engaña. Exige que trabaje cuando ella desearía quedarse en casa para cuidar de su hijo hasta la escuela primaria. Jamás lo dejará. Él se marcha después de cinco años.

Mirella está viviendo su tercer amor. Pero el guión sigue siendo el mismo. Tres hombres indisponibles, casados con su profesión, devorados de ambición, aliando una bella conversación y una elegancia irreprochable. De vez en cuando, salen con ella, en grandes restaurantes como aquel en donde trabajaba Papá. Es una mujer muy guapa, pero no lo sabe. Los escucha, a la vez beata de admiración y acomplejada delante de su cultura, sus títulos, sus responsabilidades profesionales, su soltura social. Para que la amen, está lista a cualquier cosa. Es la confidente, la que anima, ayuda, que lo comprende todo y no pide nada, la que se extraña que alguien pueda interesarse por ella.

Profesionalmente, entró en una administración. Empleo estable. Progresivamente, subió la escalera pero, desde hace varios años, ninguna promoción es posible. El puesto que deseaba fue cogido por otra. Siente rabia pero se somete. Se aburre y aumenta su amargura.

Mirella toma consciencia de lo que está repitiendo. Ya en el nacimiento, está inferiorizada. Su madre la denigra constantemente con relación a su hermano muerto. No puede ocupar su lugar, existir por sí – misma. Adulta, reproduce esta situación. Está acostumbrada a desvalorizarse y a poner al hombre en un pedestal. Busca hacerse perdonar por existir, sigue siendo la hermana de Juan. Esto condiciona su vida amorosa. Está atraída por lo que hubiese querido ser, hombres brillantes que hicieron estudios. Pero no percibe que los que la seducen no son capaces de afecto. A través de sus amores, vuelve a hallar la misma relación que con su madre. No ser amada por sí – misma, tal es la repetición. Ella padece, sufre como durante su infancia, se resigna como su madre, como su abuela materna, como su abuela paterna. “Ser mujer, es depender del hombre, dejarse llevar, ser víctima”. Además por afecto por su padre muerto, repite el esquema del amor por el hombre ausente, que tiene poco tiempo para dedicarle debido a su trabajo y que desaparece prematuramente, de un modo u otro.

Profesionalmente, le basta con una situación que no la llena. Se sacrificó para permitir que su hermano menor siguiera sus estudios. Sigue. Todo pasa, psicogenealógicamente, como si una mujer no tuviese el derecho de acceder a un oficio que le convenga. Por otro lado, necesita seguridad, sobre todo no hacer como el padre que ejercía una profesión criticada por la madre. Por repetición y luto de no haber podido hacer estudios, se prohíbe tomar riesgos de orden profesional.

Hoy día, Mirella es feliz. Se desprendió por fin de este hombre que sólo sabía soñar sin nada concretizar. Apasionada por la psicología, sigue clases paralelamente a su trabajo. Incluso contempla la idea de dejar su empleo. Busca activamente, a pesar de la coyuntura económica, un puesto de responsabilidades que le convenga realmente.

## **VOLVER A HACER EL AMOR**

Lucía, cincuenta y un años, acude a la consulta porque está padeciendo enormemente afectivamente. Su marido del cual tiene dos hijos ahora adultos y autónomos, la dejó hace dieciocho años. Padeció mucho de esta separación y manifiestamente, aún no está curada. Realizada profesionalmente, con una buena relación con su hijo y su hija, rodeada de amigos, participa también a numerosas actividades culturales y deportivas. Sin embargo, padece cruelmente de soledad. Desde hace dieciocho años, fastasmó sobre algunos hombres imposibles, o bien casados, o bien jóvenes. Desde hace dieciocho años, no tuvo ningún amante.

Murió su madre en el parto de un quinto hijo cuando Lucía tenía catorce años. Sus padres, que hicieron una boda de amor, constituyen para ella un modelo de referencia idealizado e inalcanzable. Descubre poco a poco que esta pareja estaba centrada sobre su amor y que los hijos no forzosamente recibían toda la ternura y la atención que deseaban. Por ejemplo, no recuerdo ningún mimo tierno con su madre. Además, inconscientemente, une el amor con la muerte. La realización afectiva es peligrosa. Su madre murió a causa de la sexualidad y de su felicidad. A la muerte de su madre, Lucía frecuenta a su abuela materna que le da mucho cariño que ella devuelve; pero, de adolescente, no tiene otro modelo de pareja porque su abuela es viuda.

Lucía está muy vinculada a su padre. A la muerte de la madre, los dos mayores le rodean. Segundo hijo, ella está muy cercana a su hermano mayor. Cuando se separaron por estudios, se instaura entre ellos una relación epistolar intensa. Su hermano se casa con una amiga de Lucía y más tarde, Lucía se casa con un amigo de su hermano. Tiene un hijo y una hija que ella llama Francisco y Juana en honor a la pareja fraternal de santos que formaron santo Francisco de Salle y santa Juana de Chantal. Este hermano se mata en un accidente a los treinta y tres años. Aún lleva su luto y sueña tres veces que es una “casada de negro”. Descubre que, a través de los hombres jóvenes que la hacen fantasmear, está buscando a su hermano.

Cuando muere éste, se vuelve la interlocutora privilegiada de su padre. Se volvió a casar y tiene otros hijos, pero sigue idealizando a su primera mujer fallecida. Hace lo mismo para el hijo desaparecido y en el curso de los años, desarrolla una exacerbación del sentimiento religioso asumiendo un integrismo feroz. Está escandalizado cuando el marido de Lucía la deja. Joven pareja cristiana, lo tenían todo para tener éxito. La acusa de no haber sabido guardarlo. ¿Qué hizo de este yerno bello, inteligente, católico ferviente?

Está aterrada. Hizo todo lo mejor que sabía y el compromiso mutuo se tomó delante de Dios. Todo esto es demasiado injusto. De hecho, casi desde el principio, estaba muy desgraciada en esta relación conyugal pero lo soportaba todo por temor a estar abandonada. Sale de esta prueba totalmente despersonalizada, convencida que su marido y su padre tienen razón. Se dice a sí – misma que no es guapa, que no sabe vestir, que es frígida, que es una mala ama de casa, en suma que no tiene nada para atraer y retener a un hombre.

En el curso de su trabajo psicogenealógico, Lucía toma consciencia que su padre es diferente de la imagen que tiene de él, que es autoritario y castrador: su comportamiento frente a su segunda mujer es perverso y desarrolla una severa paranoia. Se da cuenta que encontró en su marido la misma estructura psicológica. Aprende también a hacer el luto de su hermano. Realiza que sigue siendo la hija ideal de



su padre mientras no se autoriza a rehacer su vida por fidelidad al sacramento del matrimonio. Se prohíbe encontrar a un hombre por miedo a estar abandonada, por miedo a morir, por miedo a traicionar a Dios, por miedo a perder el amor de su padre y para castigarse de no haber sabido conservar a su marido.

Fueron necesarias muchas consultas y estancias para que pueda liberarse de una influencia psicogealógica particularmente pesada. Le era difícil hacer la paz consigo misma como mujer y volver a tener una relación íntima con un hombre, sin culpabilidad y sin terror, después de violencias psicológicas: frustraciones afectivas, lutos, hegemonía de la ley castradora de un padre que se asimila a un Dios vengador y misógino. Lucía consiguió desprenderse del guión familiar. Encontró a un hombre de su edad, muy diferente de su padre y de su primer marido. Se atrevió a hacer el amor otra vez y superar los fantasmas de castigo, muerte, damnación. Aún debe trabajar el miedo de decepcionar y estar abandonada, pero sabe que existe otro tipos de hombres y que no es frígida.

## **EL TERROR AL PARTO**

Catalina, veintinueve años decide consultarme por problemas sexuales. Acaba de encontrar a un hombre y desea formar pareja. Aunque feliz afectivamente, se encuentra con ciertas dificultades. No padece vaginismo pero, en cada relación, la penetración le es dolorosa. Por cierto, ambos desean a un hijo pero ella contempla con aprensión el embarazo y sobre todo el parto.

Su madre, Elena, vivió el nacimiento de Catalina como un drama. El médico que la seguía estaba ausente. El mismo estaba hospitalizado, víctima de un accidente de coche algunos días antes. El trabajo dura más de cuarenta y ocho horas. Elena está desgarrada, luego víctima de una hernia. Hay riesgo de morir por hemorragia. Durante varios años, debe estar cuidada por las secuelas de este parto que la molestan mucho en su vida diaria y su vida sexual. Su propia madre se llamaba Catalina, como mi paciente, y murió dando a luz a su tercer hijo. Como hija mayor, Elena debe asumir la carga de su hermano y hermana. Su padre se vuelve a casar cuando tiene catorce años con una comadrona que ella siente como una madrastra de Cenicienta.

El padre de Catalina, Leo, es hijo único porque los médicos prohibieron a su madre tener un segundo hijo, ya que estuvo a punto de morir durante su primer parto. En cuanto al padre de Leo, sufrió mucho, en su juventud, por ser un hijo natural.

Catalina toma consciencia que, desde hace dos generaciones, el parto y el hijo son fuentes de drama. Sus propias dificultades se inscriben en una cadena de proyecciones familiares a las cuales se identifica. Lleva el nombre de su abuela fallecida. Imita por culpabilidad la vida sexual de su madre después de su nacimiento, sintiéndose responsable de sus problemas de salud. Para liberarse, debe integrar que no es culpable de nada.

Psicogenealógicamente, su madre Elena tiene un odio inconsciente del niño por varias razones. Primero, es él quien mata a su propia madre, el esperma asesina, las relaciones sexuales son peligrosas. En segundo lugar, vive el hecho de deber velar por su hermano y su hermana como una obligación que la priva de su infancia. Está privada de su despreocupación, de sus juegos con sus compañeros de clase, de sus sueños. Es huérfana y paga doblemente el precio. Luego, su padre se casa con una mujer que se pasa el tiempo pariendo hijos pero que no le da amor. Catalina descubre que el parto de su madre fue cuanto más dramático que la asistió una comadrona, por lo tanto inconscientemente la imagen de su madrastra, en vez de un médico.

Su padre, Leo, también lleva una gran dosis de angustia referente al nacimiento. Inconscientemente, por una parte, se culpabiliza por haber puesto a su propia madre en peligro de muerte al nacer. Por otra parte, lleva la "responsabilidad" de haber prohibido la llegada al mundo de otros hermanos y hermanas. Una imagen fratricida en algún modo. El padre de Leo, inconscientemente también, sufrió con la sexualidad ya que es el fruto de una relación y no está reconocido socialmente.

Según lo contado por su madre, Catalina lloró casi todas las noches durante tres años. Por su gran alivio, comprende que no era una niña malvada sino que expresaba su malestar al captar las angustias de sus padres. Ni el uno ni el otro eran psicogenealógicamente preparados para concebir y dar a luz a un hijo en la serenidad.

Catalina dio a luz en excelentes condiciones a una niña particularmente encantadora y tranquila.

## **ERES REALMENTE UN CERO**

Virginia tiene dieciocho años cuando viene a verme. Está en plena crisis, repite el COU y teme no aprobar la Selectividad. En rebeldía contra sus padres, contra el colegio, contra su entorno, vive experiencias peligrosas: relaciones muy conflictuales, incluso violentas, con los hombres, atracción por la droga y el alcohol. Quisiera ver más claro y salir de su malestar. Es una muchacha hermosa, en pleno período punk! Dotada por el dibujo, amando la música, tiene talentos artísticos seguros; se la percibe como original e hipersensible. Ulteriormente, quisiera estudiar Bellas – Artes o una escuela similar.

Hija mayor de una familia de tres hijas, sus padres hicieron un matrimonio de amor y su madre deseaba estar embarazada muy rápidamente. Nace diez meses después de su unión. Su padre se dejó convencer pero hubiese preferido disfrutar de la vida matrimonial y vivir algunos años sin hijos. Algunas noches, algunos fines de semana, Virginia está confiada a su abuela materna a quien le gustaría que ésta fuera su hija, apartando a la madre y al yerno. Conscientes de la situación, los padres limitan su influencia.

Tres años después, nace una segunda hija. Virginia se acuerda muy bien de esta llegada, vivida como un drama, una privación de su lugar. Se pelea constantemente con su hermana que, al hacerlo, se considera como la buena niña quieta. Hartos, los padres critican a Virginia y la riñen con frecuencia. No trabaja bastante bien en clase, no está dotada por las lenguas. Siguen sesiones homéricas de repetición escolar con su padre que se pone nervioso muy pronto. Su madre le reprocha el estar torpe, el romperlo todo, ensuciarlo todo. Poco a poco, integra una imagen muy desvalorizada de sí – misma. Se vuelve “Miss Catástrofe”.

Su padre es oriundo de una familia de comerciantes en el campo. De joven, tartamudea. Sus compañeros de escuela se burlan de él. Para superar este obstáculo, se vuelve el primero de la clase y, por su gran satisfacción, ya no tartamudea cuando hablar inglés y alemán. Se vuelve perfecto trilingüe y pasa brillantemente las oposiciones para Altos Estudios Comerciales. Sin embargo, una vez en la Escuela, tiene una depresión. Está en ruptura de medio, ya no tiene marcas de orientación. El amor por el arte le salva. La pintura, la música, la literatura le vuelven a dar el gusto de vivir. El padre de Virginia, hijo mayor, único en seguir estudios, fue el orgullo de sus padres por su éxito intelectual, luego financiero. Proyecta la misma cosa sobre su primera hija. De hecho le hubiese gustado más tener un hijo que lo supere como él mismo superó a su propio padre. Y, desde temprana edad, vigila los estudios de Virginia, haciendo del éxito escolar el criterio del amor. Para complacer a su padre, debe ser trilingüe, manipular conceptos, jugar con el lenguaje.

La madre de Virginia, Edit, es la hija natural de un hombre casado. La madre de Edit, muy enamorada de este amante, asume su papel de madre soltera a pesar del escándalo provocado en su familia. Al tener una buena situación en la administración, toma totalmente a cargo suyo la educación de su hija. Necesita que Edit sea la más perfecta posible. Para Mamá, esto consiste en ser una alumna dotada, discreta, sabiendo portarse bien. La madre de Virginia nunca tuvo el derecho de ser una niña. Tampoco sabe lo que es una familia. Edit veía a su padre cada semana pero esto se limitaba a una visita. Inconscientemente, es celosa de su primera hija que siente como una rival frente a su marido. Por esto, sin darse cuenta, la denigra sistemáticamente.

Necesita afirmar que es la más bella, la más conforme a los usos y costumbres, la más diestra, la mejor.

Virginia es celosa de su segunda hermana porque sus padres la tratan diferentemente. Comprende, merced a su trabajo psicológico, que la pareja estaba movida por una gran exigencia referente a su primer hijo, repitiendo así a sus propios padres.

Toma consciencia de los mecanismos psicogenealógicos que le dan una mala imagen de sí – misma. Aprende, a lo largo de cursillos, a reconstruirse una identidad y a no necesitar ser rebelde para existir. Aprobó el COU y la selectividad y sigue los estudios que deseaba. Necesita perfeccionar aún su trabajo sobre sí – misma para ya no elegir hombres incapaces de amarla y con quienes ella entre en competición.

## **TRÍO INFERNAL**

Micaela, cuarenta y cuatro años, soltera sin hijos, me consulta porque tiene ganas de ver más claro en ella. La relación con su madre, afectada de la enfermedad de Alzheimer es particularmente difícil. Ésta reside en el campo, en Isla de Francia. Hija única, Micaela se siente responsable de ella, culpable de no estar constantemente a su lado. Como la mayoría de personas que comparten esta experiencia, no acepta la “locura” de la que fue su madre y no la mide. Cuidándose de ella, también quiere ser reconocida y amada. Siempre buscó alrededor suyo un amor que ésta nunca le dio. Y está esperando aún.

Para comprender, debemos volver a sus orígenes psicogenealógicos. Isabel, la madre de Micaela, es ella también hija única. Hizo estudios artísticos y ocupa una función importante en la elaboración técnica de películas de cinema. Le encanta su profesión y lleva una vida de mujer joven e independiente. Durante su infancia y su adolescencia, se vuelve a la vez la confidente y el “compañero” ideal de su madre porque, muy rápidamente ésta está desgraciada en su matrimonio. La engaña su marido quien vuelve y se va. Su hija admira a este hombre, artista famoso mientras le reprocha el hacer a su madre desgraciada. Poco a poco aprende a desconfiar de los hombres a pesar de que los admira sin embargo.

A los treinta y cinco años, justo antes de la última guerra, Isabel encuentra a Carlos, compañero de su edad, con gran atractivo, decorador de moda, refinado, esteta, divertido. Al marchar para la guerra, le propone casarse por si acaso no volviera. Mejor que beneficie entonces de una pensión de viuda de guerra. Carlos vuelve sano y salvo y la joven pareja empieza una feliz vida en común.

La mejor amiga de Isabel da a luz a un magnífico bebé. Esto le da ganas de maternidad y, a los cuarenta y tres años, a su vez, da a luz a una hija bautizada Micaela. De acuerdo con su marido, decide dejar de trabajar para criar a su hija. Empieza el infierno. Muy pronto, Carlos la engaña. Ella se vuelve taciturna, engorda, ya no se viste, ya no se maquilla. Las fotografías son particularmente reveladoras. Esta mujer muy bella, elegante, sofisticada, se transforma en algunos años en una “Madre Denis” triste, resignada, sin sexo. Además de relaciones de paso, el padre de Micaela inicia una relación regular con una mujer divorciada, madre de un chico algo mayor que su hija.

A su vez, Micaela es la confidente y “el compañero” de infortunio de su madre. Cuando está aquí su padre, entretiene con él una muy fuerte relación. Se pelean, por cierto, pero se instaura entre ellos una gran comunicación intelectual y cultural. A través de estas largas conversaciones tempestuosas, intenta seducirle y retenerle. Carlos aprecia la personalidad de su hija pero preferiría que ésta sea un chico. Por cierto, la llama Miguel. Juega con ella como si fuera un hijo. Aprende el bricolaje y restaura con él la casa de campo recientemente comprada. Le reprocha no ser bastante buena alumna y la compara constantemente con el hijo de su amante que es el primero de su clase.

Al cabo de cierto tiempo, el encanto de su hija se vuelve inoperante. Quiere rehacer su vida. Su amante espera a un hijo. El padre de Carlos se rebela. En la familia no se divorcia jamás. Amenaza con desheredar a su hijo si pasa al acto. La amante decide abortar. Carlos no divorciará nunca pero se irá a vivir definitivamente con esta segunda mujer algunos años más tarde. Encarga a su hija que cuide de su madre. Más tarde, le regala el carnet de conducir para que pueda llevársela desde París a su segunda residencia.

A los cuarenta y cuatro años, Micaela tuvo amantes y tres relaciones más importantes. Desde hace varios años, está sola. Le asustan los hombres. Y esto aún más desde que murió su padre. Cada vez, los compañeros de su vida tuvieron una relación en paralelo. Ya no quiere, ya no puede amar más porque teme estar engañada y luego abandonada. Padece grandes celos, los mismos que su madre tuvo con relación a la amante de su marido.

Para renacer a sí – misma, Micaela efectúa un importante trabajo en varios planos. Debe liberarse de la culpabilidad que le prohíbe ocupar su lugar. En la vida diaria, siempre tiene miedo de actuar mal, de disgustar. De no estar a la altura, de no ser amada. Debe cesar de creer que hizo la desgracia de su madre al nacer, de no ser un hijo, de no haber retenido a su padre. Toma consciencia que el vínculo con su madre es una repetición muy exacta de la relación existente entre su madre y su abuela materna. Se da cuenta que puede seguir amando a su madre sin establecer el mismo guión. Aceptando los efectos de la enfermedad de Alzheimer, decide llamar a personas forasteras y competentes para cuidarse parcialmente de Isabel, para tener ella – misma un poco de autonomía.

Referente a los hombres, comprende que hay que salir de su fascinación por su padre. Sólo le interesaban hasta entonces copias conformes de Carlos. Amar el mismo tipo de hombre conduce a la repetición de la misma historia. Comportarse en víctima como su madre lleva a la misma desgracia. Micaela trabaja mucho el tema de los celos y aprende a saber decir sí o no según sus auténticos deseos.

## **UN PADRE EJEMPLAR**

Geneviève tiene treinta y cinco años. Emprende un trabajo psicológico porque tiene ganas de estar “mejor en su piel”. Es bióloga y ejerce en el departamento de investigación de un importante laboratorio farmacéutico. Su profesión le interesa pero no la apasiona. Sueña con el campo, cuidarse de animales, de vida independiente. Soltera, tuvo varias relaciones afectivas que no deseó concretar por una unión. Se pregunta si es muy razonable. A su edad, debería probablemente estabilizarse, casarse, crear una familia.

Es la hija mayor de una familia de dos hijos. A los siete años, dos años después del nacimiento de su hermano, pierde a su madre que muere a los treinta y cinco años de un cáncer del útero. El segundo hijo fue concebido bajo la insistencia del padre que repetía constantemente que “Lo ideal, es una familia de dos hijos”. El nacimiento de éste fue un gran impacto porque se pensó que el niño era anormal al nacer. La madre rápidamente cae enferma y desaparece.

Es la catástrofe. Geneviève es la mayor quien debe ser razonable y no aumentar la pena de su padre. Se le pide velar por el hermanito. Su padre nunca se volverá a casar. Su mujer, fallecida, se vuelve el ideal femenino, la imagen de la perfección, la santa. Se cuida él – mismo de sus dos hijos, ayudado al principio por una empleada del hogar. Poco a poco, los tres, forman juntos un bloque contra la desgracia. V.I.P., su trabajo necesita frecuentes desplazamientos. Entre semana, Geneviève cuida de la vida diaria. El fin de semana, se vuelven a encontrar por fin todos juntos, como durante las vacaciones. Hacen deporte, esquí en invierno, barco en verano.

De vez en cuando Geneviève encuentra a la familia de su madre. A su nacimiento, el casamiento de sus padres que fue tardío, sus abuelos maternos ya no viven. Tiene dos tías que no ve con frecuencia pero con quien se lleva bien. Geneviève es un poco celosa de sus primas que aún tienen a su madre. Las dos hermanas de su madre son fuentes de identificaciones femeninas. No trabajan, están casadas, madres de familia. Hoy, Geneviève se siente totalmente diferente y carece de marcas de orientación.

Después de la muerte de su esposa, el padre de Geneviève, hijo único, distancia los contactos con su propia familia. Inconscientemente, responsabiliza a sus padres de la muerte de su mujer porque insistieron mucho para el nacimiento del segundo hijo. Éste que ellos mismos nunca tuvieron.

Geneviève tarda mucho en atreverse a tomar su independencia. Sólo tiene una vivienda personal a los treinta y dos años, en la misma urbanización que su padre. Los pocos hombres que le presentaron son severamente criticados. No estaban bastante bien para ella. Su hermano aún vive en la vivienda familiar y sólo se sabe que tuvo una relación femenina. Esta relación se interrumpió al cabo de un año. Su padre envejece, tiene problemas cardíacos y culpabiliza mucho a su hija. Ella teme que le ocurra un achaque en su ausencia. La llama cada noche para saber si regresó bien y varias veces al día la llama a la oficina. Hasta entonces, no se atrevía a pasar sus fines de semana sin su padre y hermano.

¿Qué es lo que repite Geneviève? Sin darse cuenta, sustituyó a su madre, a la cual se parece mucho, cerca de su padre. Se volvió así, también la mujer ideal. Paralelamente, forma pareja con su hermano, que se reveló también hostil a los hombres que ella conocía. Está presa en este trío y juega el papel, con el progreso de su

enfermedad, de enfermera de su padre. Para ella, inconscientemente, el casamiento y la maternidad la ponen en peligro de muerte.

En el momento en que alcanza la edad en que murió su madre, emprende un trabajo psicológico para renacer a sí – misma. Geneviève aprende poco a poco a ser autónoma en relación con su padre y su hermano. Sale al descubrimiento del modelo de mujer que desea ser realmente.



## **AMBIVALENCIA**

Camila, veinticuatro años, me consulta porque atraviesa una grave crisis afectiva. Vivió durante dos años una relación tormentosa con otra mujer que la acaba de dejar. Oscila entre estados de tristeza, postración y crisis de ira, rabia intensas. Nunca tuvo ninguna relación sexual con un hombre, no siente este deseo, pero se siente atraída por las mujeres. Después de esta ruptura, se cuestiona sobre su verdadera identidad.

Tercera de una familia de tres hijas, lleva el nombre de su padre (Camilo). De hecho, me explica que según la voluntad de su madre, se trata del de su madrina. Ésta es la hermana menor de la madre y se llama también Camila.

Está concebida en circunstancias dramáticas doce años después de su segunda hermana. Sus padres intentaron antes tener un tercer hijo, esperando por fin a un hijo, pero los médicos diagnosticaron una esterilidad en la madre. De aventura en aventura, su padre encontró a otra mujer de quien está realmente enamorado. Esta relación es lo bastante importante como para que hable con su esposa y le presente a su amante. Piensa vivir en una situación de bigamia, porque no puede elegir, no quiere divorciar y espera que ambas mujeres se lleven lo bastante bien como para instaurar un modus vivendi. Muy enamorado de su nuevo amor, sigue atado a su esposa y tiene relaciones sexuales con ella.

Entonces, por la estupefacción general, ésta concibe a un tercer hijo. La amante ulcerada decide dejar a su amante. Nace el bebé; otra niña. Es el disgusto. Durante tres días, nadie sabe cómo llamarla. La pareja nunca se repondrá de esta crisis. El marido se cierra cada vez más, taciturno, dedicándose exclusivamente a sus actividades profesionales, sus deberes paternos, sus aventuras extra – conyugales. La esposa jamás perdonará.

Brígida, madre de Camila, es la hija mayor de una fratría de ocho hijos. Su padre, notario, es frío, autoritario, distante. Su madre se casa embarazada por el escándalo de las familias. Nunca acepta a Brígida, esta primera hija, la única a quien manda en un internado a la edad temprana de seis años. Sus hermanas son externas, lo mismo que sus hermanos. Los hijos únicamente son reconocidos por sus padres, las hijas siendo consideradas sin importancia. Los cuatro hijos hacen una carrera jurídica. La única salida, para ella, es hacer estudios de alto nivel para estar admirada a su vez. Quiere ser cirujano y encuentra en el hospital a su futuro marido.

También es cirujano y le parece muy diferente de los hombres que conoció en su familia. Brillante en sus estudios, sin embargo es humano, divertido, animado, original, artista. Perdió a su propio padre en su adolescencia. Tiene buena relación con su madre quien encarna sin embargo los mismos valores religiosos y morales que los de la familia de su futura mujer pero lo todo con gran bondad y mucho afecto. La pareja se instala en un matrimonio – compañerismo. Ambos trabajan mucho. Frecuentemente, las dos hijas mayores son confiadas a su abuela paterna.

En el curso de su trabajo psicogenealógico, Camila toma consciencia que su madre estuvo profundamente herida en su feminidad. En conflicto con su propia madre, en el seno de una familia que desvalorizaba totalmente a las mujeres, puesta en un colegio - internado de muy joven, no tuvo ningún modelo femenino al cual identificarse. Para ser amada, era necesario ser como sus hermanos. La maternidad es una carga y una cárcel, dar a luz a unas hijas, un fracaso.

En cuanto a su padre, tuvo un problema con su propio padre. Se siente responsable y culpable de la muerte de éste, llevado por un infarto después de una viva contrariedad causada por su hijo. Nunca se supo la naturaleza de este conflicto. Para él, inconscientemente, el matrimonio y la paternidad conllevan la muerte. Engaña constantemente a su mujer para no parecerse sobre todo a su padre, esposo fiel, y para valorizarse como hombre, probarse que es digno de ser amado, él el parricida.

Camila comprende que, para autorizarse a vivir, debe liberarse del peso de las circunstancias de su nacimiento y del hecho de no ser un hijo. Integra que es inconscientemente el fruto de la rivalidad homosexual entre su madre y la amante de su padre. Por cierto, su madre está en relación conflictual, alternando amor y odio, con su última hermana a quien eligió como madrina y que lleva el nombre de su marido. En efecto, como la hermana menor, tuvo un estatuto más privilegiado aunque niña. Camila toma consciencia que a través de su deseo de las mujeres, está realizando la homosexualidad inconsciente de su madre y que, a través de su rechazo de los hombres, castiga a su padre por su ligereza y su cobardía afectivas. Se da el derecho de ser ella – misma comprendiendo que sus sufrimientos se debían a las neurosis de sus padres, consecuencias de una serie de no – amor genealógico. Reconciliada con el hecho de llevar también el nombre de su padre, elige vivir más conscientemente y más apaciblemente su atracción por las mujeres para no reproducir las relaciones conflictuales de su madre. Comunica más con los hombres ya que no los considera como rivales o enemigos.

## **ANOREXIA**

Muriela, veintitrés años, acude a mí por los consejos de su ginecólogo. Atravesó un grave período anoréxico durante su preparación de la alta escuela H.E.C. Ahora, todo está en orden, pero subsiste una disfunción ovariana. Tiene ganas de comprender lo que pasó y de profundizar.

Hoy, es una estudiante feliz, dotada, que sigue fácilmente, sus estudios y toma sus responsabilidades en la oficina de los alumnos. En el nivel afectivo, se siente ambivalente. No tiene ganas de relaciones múltiples. Asocia afectividad y sexualidad. Tampoco quiere comprometerse en una unión estable que la limitaría en sus proyectos pero se siente muy sola a pesar de sus numerosos compañeros y sus actividades culturales y deportivas múltiples. Desea ir al extranjero para prácticas y tener varias experiencias profesionales. Luego, pensará en casarse y formar una familia.

Aún se halla muy vinculada a sus padres, cercana a su madre con la que estuvo en fuerte simbiosis durante su infancia y su adolescencia. Está en conflicto con su padre pero la relación no es menos intensa.

Es la cuarta de una familia de cuatro. Antes de ella, nacieron tres hermanos todos deseados. Muriela es un “accidente” ocurrido cuando sus padres tenían los cuarenta años y atravesaban una importante crisis conyugal. Frecuentemente le dijeron que a causa de ella no habían divorciado y que ella lleva la culpabilidad de ello. De hecho, siguen viviendo juntos y probablemente no se dejarán nunca. Esta ruptura quedaba como un fantasma y es importante que se libere de este peso.

Su madre, dejada por su marido que tiene aventuras, convierte a su única hija en una hermana, una amiga, una cómplice. Muriela está muy pronto enfrentada con problemas de adultos, con dificultades de pareja, lo cual la hace demasiado madura por su temprana edad. Admira mucho a los mayores que son sus tres hermanos; pero teniendo en cuenta la diferencia de edad, de sus estudios y uniones respectivas, no constituyen para ella ni compañeros de juego, ni de estudios, ni de salidas.

La madre de Muriela está muy vinculada a su familia. Después de un parto peligroso, los médicos desaconsejaron formalmente a su propia madre tener otro hijo; por lo tanto, es ella hija única. La abuela materna de Muriela es una mujer de corazón que rodea mucho a su hija, comparte con ella el gusto de la cultura, viajes, andadas, botánica. Madre e hija están frecuentemente juntas porque el abuelo materno viaja por su trabajo. Tiene amantes pero su mujer cierra los ojos. Se siente culpable por no poder satisfacer totalmente a su marido debido a su problema ginecológico que le prohíbe tener otro bebé, en una época en que la contracepción moderna no existe.

Muriela descubre la trama genealógica de su relación con su madre. Un lazo idéntico existe entre su madre y su abuela. La pareja de sus padres repite el mismo guión que sus abuelos maternos. En cada generación, se vuelve a hallar un problema ginecológico. Su madre no tiene ninguna dificultad particular, pero su marido la culpabilizó mucho de la concepción de esta cuarta hija imprevista. Al ser católicos los padres, no se contempla el aborto.

Ahora jubilado, su padre viajó mucho para su trabajo. Director comercial, recorrió el mundo entero. Es un hombre inteligente, brillante, y toda la familia tiembla delante de él. Católico integrista, de extrema derecha, es hombre del deber... a pesar de sus aventuras extra conyugales. Recibió una educación sumamente severa y rígida. El mayor de dos hermanos, es hijo de un comandante de la Marina mercante, nieto de un

suboficial de la Marina nacional, bisnieto de marinero. Como primogénito, lleva los nombres de su padre y de su abuelo paterno.

Los hermanos de Muriela toman su independencia repitiendo la pasión por los viajes y el extranjero – cada cual reside en un país diferente – pero rompiendo con los estudios comerciales y la Marina. Las elecciones profesionales, las uniones libres y los casamientos no siempre siendo admitidos por el padre, ocurrieron sesiones Homéricas en casa. El nacimiento de los nietos llevadores del nombre del linaje, sin embargo, calmó las tormentas.

Muriela toma consciencia que, aunque se oponga a su padre, está siguiendo sus huellas en el plano profesional. Él también es de HEC, trilingüe francés, alemán, inglés. Está realizando gestiones para hacer prácticas en empresas de Estados Unidos y de Alemania. Contempla viajar mucho. Para ser amada de su padre, que no reconoce su feminidad, se está haciendo su doble profesional. Recoge la antorcha. Ella es el heredero que supera a sus hermanos.

Comprende el origen de su anorexia. Ésta se produjo durante un exceso de cansancio para la preparación de las oposiciones y de una gran angustia por no poder alcanzar el objetivo, por no conseguirlo. Quiere tener éxito como un hombre; por esto está en conflicto con su cuerpo de mujer. Rehusa las redondeces que la diferencian de los chicos.

Muriela realiza un importante trabajo para ser ella – misma e integrar su feminidad. Se libera de la imagen de víctima de su madre y de su abuela materna así como de la dependencia de su padre.

## **EL ESPERMA CULPABLE**

Bernardo tiene treinta y seis años y viene a verme a petición de su médico porque padece de eyaculación precoz sin origen fisiológico. Hasta estos dos últimos años, tenía consciencia de este problema pero esto no le preocupaba demasiado. Se cuidaba sobre todo de su trabajo y sólo tenía amigas de paso, sin compromiso afectivo. Percatándose de repente que pasa el tiempo y que deseaba tener hijos, se casó a los treinta y tres años. Este problema de eyaculación precoz se volvió obsesivo porque su mujer le amenaza dejarlo si no se cuida. Y porque no ha llegado ningún bebé.

Como a todos los pacientes padeciendo este problema sin causa fisiológica, le pregunto si tiene el mismo síntoma en el curso de una relación que sigue rápidamente la primera. Me dice que nunca lo probó – respuesta idéntica en todos los casos. Descubre que se prohíbe inconscientemente el placer de la penetración y de la duración del acto sexual. ¿Cuáles son los orígenes de ambos bloqueos?

Es el segundo y último hijo y no estaba deseado porque la pareja ya iba muy mal. Tiene una hermana mayor, cinco años más que él. Su madre se casó embarazada. Muy rápidamente fue desgraciada en su matrimonio y siempre repitió a sus hijos que se había quedado por ellos. Su padre es un hombre muy absorbido por su trabajo, poco presente en casa y que siempre ha tenido muchas amantes. Como hijo, Bernardo fue el confidente, el amigo, el hombre ideal de su madre. Para amarle, optó por estar en contra de su padre. Su madre es ante todo víctima de la sexualidad masculina. Cedió a este joven sin amarle de verdad, tuvo la obligación de casarse con él, vivió encarcelada; está engañada. Por parte del padre, Bernardo recuerda las cualidades profesionales de seriedad, ambición. Este padre no le dio ningún modelo de hombre en el plano afectivo.

Su abuela materna también fue víctima de la sexualidad masculina. También se casó embarazada y su pareja no fue feliz. Su marido siempre la engañó. Su hija integró poco a poco que hay que desconfiar de los hombres. Su madre le decía “que sólo piensan en esto” y que “el embarazo es el castigo de las relaciones sexuales”. Observamos que la abuela materna de Bernardo y su madre están embarazadas a la misma edad, se casaron a la misma edad, hicieron habitación separada a la misma edad. Su abuelo materno se parece mucho a su padre, ambos ligones, ambos ausentes de la casa, ambos callados, trabajadores, artesanos que han asumido su familia económicamente pero sin intercambio afectivo ni intelectual.

Bernardo que ama sinceramente a su mujer no tiene ninguna gana de hacerla desgraciada como lo fueron su madre y su abuela a causa de su marido. Se prohíbe el placer sexual porque es fuente de pena para las mujeres. Se prohíbe también la paternidad porque el hijo genera el encarcelamiento de la madre. No tiene ningún modelo de pareja cómplice, feliz afectivamente y sexualmente. Tampoco puede valorizar una vida con amantes ya que vivir así es ser, en su opinión, un cerdo igual como su padre y su abuelo y correr el riesgo de poner a una compañera embarazada.

Su padre procede de una familia numerosa. La pareja de sus padres, campesinos sencillos, se llevaba bien. Fue una boda de amor, coronada por once hijos. Había afecto, es verdad, pero también una espantosa pobreza. Cada hijo que llegaba era una boca más por alimentar.

El padre de Bernardo, se juró nunca estar en la necesidad. Es él quien tuvo más éxito y mantuvo a su madre cuando viuda. Psicogenealógicamente, la única imagen positiva de pareja, está vinculada a la necesidad y la pobreza, por lo tanto fuente de gran

angustia. Bernardo hizo sus estudios, quiere ser reconocido socialmente y ganar mucho dinero. Desde luego, acaba de comprar el castillo del pueblo en donde vivieron sus abuelos paternos. Desea repetir venganza económica de su padre.

En el curso de su trabajo psicológico, Bernardo toma consciencia de las trampas de sus identificaciones y busca liberarse de las repeticiones que le impiden ser él – mismo. Elige seguir vivir los modelos de inserción social de su padre y de su abuelo materno sin dejar de trabajar mucho como todos los hombres de la familia. Desenreda las asociaciones psicogenealógicas que le hacen creer que la felicidad conyugal hace forzosamente a una mujer infeliz, que el hijo es una trampa. Poco a poco va aprendiendo a comunicar mejor con su esposa. Su vida sexual madura y se realiza. Están esperando un hijo.

## **EL SEÑOR SALOMON**

Samuel, cuarenta y siete años, toma cita en plena depresión. Perdió todos sus puntos de referencia, sobre todo profesionales. Al no poder haber cursado estudios por falta de medios financieros, sin embargo consiguió hacer una bella carrera en la banca, luego como agente de cambio. Como todos los miembros de su profesión, sufrió el crash de la bolsa. Gracias a sus aptitudes y sus relaciones, volvió a tomar el timón y logró un cargo de secretario general en un establecimiento financiero. Después de algunos años, dimite, elige reconvertirse, sigue una formación y desea crear, en profesión liberal, un gabinete de consejo en gestión de patrimonio. Se derrumba. No consigue arrancar concretamente este gabinete, poner su proyecto en marcha y es la presa de grandes inquietudes referente a su estatuto social y su presupuesto. Por otro lado, aún está fascinado por una mujer con la cual es consciente mantener una relación sadomasoquista. Esto acentúa aún más su carencia de estabilización.

De origen judío, nació en Marruecos y ocupa el rango de hijo mayor. Conoció poco a su padre porque muy pronto, la armonía en la pareja se destruye. La madre está embarazada de su hermana cuando el padre se marcha a Israel sin dar noticias ni dinero. Su madre se encuentra sola para criar a sus dos hijos, coloca su hija en casa de una amiga de la familia y su hijo en el orfelinato católico. Para ello, está bautizado. Su obsesión: que puedan comer los hijos. La madre de Samuel trabaja. Varios años más tarde, se vuelve a casar, vuelve a coger a sus dos hijos con ella y da a luz a otro hijo. Samuel tiene una buena relación con su padrastro que le da mucho cariño. Pero es un hombre discreto a quien asume psicológicamente cuando la familia deja Marruecos para Francia y luego durante el divorcio con su madre, quince años después de su unión.

En el curso de su trabajo psicogenealógico, toma consciencia que siempre estuvo encargado por su madre de ser el hombre con el cual se puede contar. Heredó toda la tradición judía referente al hijo mayor. Debe ser el jefe de clan que asume. Siempre actuó Samuel. Pero descubre que detrás de este comportamiento activo, dinámico, se esconde una gran angustia. Constantemente tiene miedo de no alcanzar el objetivo, de no estar a la altura de la circunstancias. Debe probarse y probar a los demás sus competencias, sin jamás encontrar seguridad. Angustiado perpetuo, es incapaz de relajarse. Este estrés permanente acaba por alterar su salud.

Está muy preocupado por el temor de no ser un buen padre porque sufrió cruelmente de la ausencia de su propio padre y quisiera mostrarse como una roca para sus hijos. Habiendo divorciado a petición de su mujer cuando sus dos hijos eran infantes, padeció mucho de su presencia en la vida diaria. Para él, ser papá, es dar una imagen de fuerza, asumir y pagar. Vivir hombre, es hacer como le dijo su madre. Actualmente en dificultad financiera, teme que sus hijos lo rechacen. Y a veces, igual como su padre, tiene la tentación de esconderse y huir a Israel.

En el curso de nuestra segunda conversación, me explica que su madre se casó con su padre por despecho. De hecho, su gran amor fue el Señor Salomón, “hombre de bien”, mucho más mayor que ella, cuya mujer estaba enferma, incurable. La madre de Samuel fue su amante durante dos años y, gracias a ello, generosamente entretenida. Salomón adoraba a esta joven compañera y quería que no le faltará nada. Deseaba casarse con ella cuando muriera su mujer. La madre de Samuel no quiso esperar. Era un judío rico, cultivado; un notable que tenía interés por ayudar a los pobres. Samuel se da cuenta que toda su vida está construida sobre la identificación con “el señor Salomón”.

Sin saberlo, siendo amado por su madre, él repite este modelo. Aunque no sea genéticamente de la familia, éste es un elemento fundamental de la psicogenealogía de Samuel. En efecto, no existe por lo que es sino por lo que hace, por lo que da, y dar, para él, es dar dinero. Por otro lado, aunque autodidacta, desarrolló, como referencia, una gran cultura espiritual recogiendo las tradiciones judías, cristianas y musulmanas.

Poco a poco descubre el odio inconsciente de su madre por los hombres. Ésta no pudo llevar a bien ninguna de las relaciones masculinas que emprendió. En cierto modo, el hombre está puesto en un pedestal primero, y luego está rechazado. Encarna una función pero no es una persona. No existe el amor. Ella misma no recibió mucho afecto durante su infancia. Sexta de una familia de ocho, creció sola, sin atención, como sus hermanos y hermanas. Sus padres eran muy pobres, la pareja frecuentemente en conflicto. Soñaba con otro mundo, simbolizado por las ricas torres de Marrakech. Un día, quizás...

Samuel integra que esta crisis depresiva que atraviesa es una llamada a transformar el sistema de valores en el cual construyó su vida. Mientras se confunde con el deseo de venganza de su madre y el modelo del Señor Salomón, no podrá acceder a su auténtico yo.

Poco a poco, se relaja, descubre el placer de existir. Su comunicación con sus hijos mejora, se vuelve más afectiva, más calurosa. Rompe definitivamente con su última relación porque se percata que es el mismo tipo de mujer que su madre. Ya no quiere actuar el guión de salvador. Encuentra un nuevo cargo que de momento le da satisfacción, juzgando finalmente poco oportuno crear de momento su gabinete.



## **MORIR POR LA ENA (ESCUELA NACIONAL DE ADMINISTRACIÓN)**

Mónica, treinta y un años, me consulta. Perdió el gusto de vivir y se siente agresiva en sus relaciones con los demás. Tiene la sensación que su vida es un fracaso, que nada sirve de nada. Se presentó a las oposiciones de la ENA hace cuatro años y fracasó. Se siente en la imposibilidad de volverse a presentar. Trabaja en una administración, una vía de garaje a sus ojos, y se aburre profundamente.

Desde su fracaso a este concurso, ha muerto su padre. Descubre que cursó estudios, se presentó a este examen para complacerle a él. Padece por no haber podido darle la alegría de su éxito. De hecho dejó de existir desde su fracaso. Es ahora una muerta viviente que se castiga y observa como pasa la vida en vez de participar a ella.

Su padre soñaba con ser aviador. Él mismo fracasó en un concurso que le permitía acceder a esta profesión. A este examen, nunca pudo volverse a presentar debido a la guerra. Debió contentarse con un empleo en la RENFE. Hizo una bonita carrera pero nunca se repuso del abandono de su sueño. Mónica toma consciencia de que está repitiendo la historia de su padre y de que se prohíbe inconscientemente superarlo.

Hallamos la misma problemática en su abuelo paterno. Él tampoco nunca ejerció la profesión que deseaba debido a circunstancias socio – económicas. Su familia era demasiado pobre para que pueda seguir sus estudios aunque el maestro del pueblo hubiera notado que este chico era dotado.

En circunstancias dramáticas, la madre de Mónica perdió el contacto con un hijo nacido de un primer matrimonio. Su marido pidió el divorcio y obtuvo la custodia de este hijo y luego se marchó al extranjero sin jamás dar noticias. Ella misma nacida de padre desconocido, perdió a su madre a los tres años y siempre alternó entre el orfanato y las diversas casas de tíos y tías. En el curso de su infancia y de su adolescencia, aprendió a resignarse para sobrevivir. Cuando su primer marido quiso dejarla, repitió esta actitud al no pelearse por su hijo. Es interesante observar, al nivel de las repeticiones, que éste tenía entonces tres años.

Mónica constata que está reproduciendo el fracaso y la resignación de su psicogenealogía y que no se autoriza a ser diferente de su padre y de su madre. Elige volver a presentarse al concurso del ENA, esta vez sin angustia, como una posibilidad que le está brindada y no como un veredicto de vida o de muerte.

## **UN CÁNCER DEL PECHO**

María, cincuenta y un años, se cuida médicamente por un cáncer de pecho. Se dirige a mí por los consejos de su médico tratante que tiene consciencia de la importancia del psiquismo en lo que se refiere a las causas y la evolución de esta enfermedad. Emprendemos juntas un trabajo para ahondar en las condiciones psicológicas de la aparición de esta enfermedad y su historia psicogenealógica. El reto es importante porque se trata de darse las condiciones óptimas de curación.

Apareció su cáncer cuando su marido tuvo una aventura. Sufrió enormemente de esta infidelidad. Se confió mucho a ella y ella le escuchó sin pestañear por miedo a perderlo. Ya no está en peligro su matrimonio ya que su marido renunció a esta relación al cabo de algunos meses. Pero piensa en ello cada día. Debemos trabajar sobre dos ejes. ¿Cuál es dolor reavivado por esta situación por una parte; y por otra parte, ¿porqué reprime sus emociones y sus sentimientos por un miedo pánico de estar abandonada?

María es una niña adoptada. Psicológicamente, la estructuran dos árboles genealógicos, el de la familia adoptiva y el de la familia genética. Fuera del abandono, lo ignora todo de su familia de nacimiento. Analizamos en primer lugar la familia de adopción. Amó mucho a sus padres. Se da cuenta poco a poco que realizaba muchos esfuerzos para responder a la petición de éstos que no habían podido tener hijos. La habían acogido, teniendo respectivamente cuarenta y dos y cuarenta y ocho años. Tiene una imagen muy positiva de su madre, una mujer hermosa, elegante, refinada, artista. Se identificó a esta mujer cuya feminidad reproduce con felicidad. Su madre adoptiva sufrió la ablación de un pecho después de un cáncer cuando María tenía cinco años. Ésta se acuerda muy bien de la estancia en clínica. No hay ninguna herencia biológica; sin embargo ella toma consciencia de que, cuando está en peligro de estar abandonada, contrae la misma enfermedad.

Amó mucho a su padre adoptivo que era reservado, discreto y expresaba poco sus emociones. Comunica del mismo modo con su marido, sus hijos, sus familiares. No conoció a sus abuelos porque habían fallecido cuando su adopción. Sus padres hablaban poco de su familia. Se acuerda que existían hijos naturales al nivel de los abuelos y bisabuelos pero no puede informarse mejor porque su padre murió cuando tenía veintiún años y su madre un año más tarde. Ambos eran hijos únicos, por lo tanto no hay tíos ni tías pudiendo dar informaciones.

¿Es también María una hija natural? En el curso de su trabajo psicogenealógico, comprende la necesidad de intentar encontrar a su familia de origen. Merced a una amiga de sus padres adoptivos y a la constancia de sus gestiones, consigue hallar a su madre. Esto despierta muchas esperas, emociones, satisfacciones y decepciones. Su madre genética está a veces encantada, a veces reticente. Pacientemente, María le hace preguntas. A veces su madre elude, a veces contesta: María es el fruto de una aventura que tuvo con un hombre casado después de enviudar. Sus semi - hermanos y semi - hermanas están algo inquietos delante de la recién llegada cuya existencia ignoraban, preguntándose lo que busca. Sin embargo se forman lazos de amistad y la antigua niña abandonada se reconcilia poco a poco con sus orígenes. Descubre algunas repeticiones que, naturalmente, ignoraba. María tuvo su primer hijo en la edad en que su madre tuvo también el suyo. Su padre, cuando la concibió tenía cincuenta y tres años, igual como su marido cuando su aventura.

Los últimos resultados médicos son satisfactorios. María se siente más en paz consigo misma. Su relación con su marido se profundizó, enriqueció. Aprende a expresarse verdaderamente sin tener a estar rechazada. Comprendió que la aventura de su marido había recordado el guión del sufrimiento de la niña abandonada que creía deber esforzarse para ser amada por su padres adoptivos.

## 4.Liberarse

## **RENACER**

Cuando tomamos consciencia de los mecanismos psicogenealógicos, de las proyecciones que hemos asimilado, de las repeticiones que vivimos, a veces estamos sumergidos, angustiados, desanimados. Tenemos la sensación de sólo ser la consecuencia de una suma de determinismos.

Sin embargo, imposible volverse un ser humano sin pasar por estos procesos. Sino, seríamos un niño salvaje, un “niño – lobo”, “niño –león”.

Esta familia que vive en nosotros nos aporta, en ciertos casos, proyecciones, identificaciones y repeticiones que nos convienen, porque están de acuerdo con nuestro yo más profundo.

En cambio es fundamental liberarnos de lo que nos impide estar en paz con nosotros – mismos, amar a los demás, vivir. Liberarse, es posible... trabajando sobre uno – mismo. No hay otros modos de renacer.

Espero que este libro permita al lector aprender a hacerse preguntas y tomar consciencia de algunos factores familiares fuentes de desgracias. No es menos verdad que para levantar los bloqueos más importantes, la ayuda de un terapeuta es absolutamente necesaria.

Nuestra infancia y nuestra adolescencia pertenecen al pasado. Nos es imposible cambiar nuestra historia. Lo que podemos transformar, es nuestra actitud interior con relación a nuestra historia, nuestros puntos de vista sobre nosotros – mismos, nuestra familia, y por consiguiente las secuelas negativas de nuestra psicogenealogía.

Un día, hay que aceptar que nuestros padres no son dioses, sino simples humanos. Hicieron lo que pudieron en función de su propia neurosis familiar.

Paralelamente, es esencial que nos perdonemos por no haber sido el “niño – dios” que soñaban nuestros padres. Colmar sus esperas inconscientes representa una misión imposible. El desvalorizarnos constantemente y el impedirnos vivir no es una solución!

Renacer, es aprender a conocernos, a ser nosotros – mismos en el presente, asumir nuestros deseos, nuestras aspiraciones reales. Es, en cierto modo, volvernos nuestra propia madre, nuestro propio padre, luego nuestro bebé, nuestro hijo, nuestro adolescente, nuestro adulto. Es estar a la escucha de nuestro yo para darnos lo que no hemos recibido, para amarnos tal como somos, aquí y ahora. Amarse, es estar en armonía consigo mismo. Esto no tiene nada de egoísta, porque sólo con esta condición podremos auténticamente amar a los demás.

Renacer es un trabajo de vigilancia.

¿Cuántas veces al día nos criticamos, nos comparamos negativamente a los demás, nos denigramos? ¿Nos atreveríamos a tratar a un amigo o una amiga como nos tratamos? Poco a poco, debemos abandonar nuestro juez interior, nuestro “verdugo móvil”. Contrariamente a lo que creemos, “no siempre la hierba es más verde en otro lugar” y los demás no son modelos ideales de mármol blanco, sino seres humanos como nosotros.

Dejemos vivir nuestro cuerpo en paz. Dejemos de juzgarle, constantemente querer transformarle, adaptarle a las normas estéticas de moda. Nada más difícil cuando nuestra familia no nos dio confianza en nuestro físico. Incluso es heroico, sobre todo para las mujeres, en esta sociedad donde la presión de los medios referente a los arquetipos estéticos confiere locura. Nos proponen como norma maniqués que constituyen excepciones, sin relación con el conjunto de la población y cuya carrera se

acaba muy joven. ¿Cuándo se comprenderá que cada cuerpo es único, que cada ser tiene una belleza específica, particular? ¿Y no es la madurez de esta belleza ante todo el fruto de un equilibrio interior, una irradiación, una serenidad?

Nuestro cuerpo es lo que es. Tratémoslo bien, con respeto, dándole lo que necesita. No siempre es fácil teniendo en cuenta nuestras condiciones de vida familiar y social. Intentemos darle el sueño que le es benéfico, la higiene que le es agradable y lo pone en valor, el alimento que le conviene y un máximo de relax para evitarle el estrés. Aprendamos a sentir lo que nos gusta, lo que nos corresponde.

Atrevámonos a hacer nuevas experiencias. Por ejemplo, cuáles son los vestidos que nos gustan de verdad? Dejemos de “reproducir”. Intentemos lo que nunca hemos llevado y nos apetece. Cuáles son las materias, colores, formas que nos atraen? Dejemos de vestirnos en función de los gustos impuestos por nuestra familia. Demos satisfacción a nuestro verdadero yo.

¿Qué pensamos de nosotros sexualmente? Sería quizás urgente, para muchos de nosotros, aceptar la idea que podemos gustar, seducir, ser deseado. Ciertos hombres son convencidos que son amantes execrables. Muchas mujeres piensan que son frías o están convencidas que no están atraídas por “la cosa”. Otras aún se cuidan tanto del placer de su pareja que acaban por olvidar totalmente el suyo. ¿Es la sexualidad para nosotros algo sucio o dramático? ¿Somos aún culpables de masturbarnos? ¿Vivimos como Don Juan que quiere conquistar a todas las mujeres por compensación inconsciente? ¿Somos una seductora que sólo existe a través de la seducción que ejerce? ¿Nos culpabilizamos de nuestra homosexualidad?

Amarse como ser sexuado, es descubrirse tal como uno es, con sus atracciones, sus deseos, sus fantasmas. Naturalmente, nuestra libertad en una sexualidad equilibrada se para ahí en donde empieza la del otro. ¿Pero, nos atrevemos a decir lo que deseamos? ¿Nos atrevemos a pedir al otro lo que le gusta? La sexualidad, también es la sensualidad, el juego, la creatividad, la imaginación. ¿Estamos encerrado(a) en un personaje del cual somos preso(a), hacemos siempre el amor del mismo modo? Realizarse como ser sexuado, es aprender a conocerse, a aceptarse, a salir de la rutina, a comunicar con el otro.

¿Cómo concebimos nuestra personalidad? Sería bueno que nos tratáramos con un poco de afecto, que quitemos ciertas etiquetas tenaces: “Tengo mal genio”, “Nadie me quiere”, “No me merezco que alguien se interese por mí”, “Soy antipática”. Del mismo modo, sería muy útil que abandonáramos la colección preferida de juicios morales generalmente negativos a nuestro respecto. A veces hace falta media hora en sesión de terapia o en talleres, para que un paciente pueda dar diez aspectos positivos de su personalidad! No olvidemos jamás, desde luego, que cualidades y defectos son la sombra y la luz de las mismas características. Es tan real que en psicoterapia, siempre es necesario hacer trabajar lo opuesto. Por ejemplo, ¿Cuál violencia se esconde detrás de una calma imperturbable? ¿Qué fragilidad se esconde detrás de una actitud agresiva? ¿Qué ira se disimula detrás de un aparente desapego? Para poder amarse, hay que detectar lo que juzgamos como negativo en nosotros y saber utilizarlo.

Así, por ejemplo, somos celoso. A veces, explotamos literalmente! A posteriori, tenemos vergüenza de habernos puesto en tales estados. Otra vez, la ira no es un defecto. Es una incapacidad en expresarse. Si nos enfadamos con frecuencia, hay que detectar lo que hace subir la presión, hay que trabajar nuestras emociones. Quizás acumulemos demasiado estrés y nos convendría una actividad física.? O bien expresamos así una frustración mucho más profunda de la cual podríamos liberarnos

después de haberla analizado. Si entramos en cóleras frías, “blancas”, hemos almacenado mucha agresividad en nuestro interior y explota la “olla a presión”. No hemos tomado consciencia de nuestro disgusto que iba creciendo. De hecho, tememos el conflicto, no sabemos administrarlo, nos callamos, “hacemos la avestruz” y, por fuerza, se produce lo irreparable. Podemos ejercernos en formular nuestras diferencias tan pronto como aparecen en un diálogo calmado... aunque nunca se haya hecho esto en nuestra familia.

¿Cuál percepción tenemos de nuestro intelecto? Aquí otra vez, seamos atentos y miremos el catálogo de nuestras disminuciones intelectuales. ¡En general es impresionante! No estamos dotados para esto o ello, nunca pudimos; desde luego, no lo conseguiremos nunca. Los demás son más competentes, más rápidos, más brillantes, más cultivados. Múltiples voces interiores, a lo largo del día, repiten nuestra historia genealógica. Estar en paz con su intelecto, es buscar lo que de verdad se quiere, lo que nos interesa, es atreverse a experimentar, es hacer posible lo que creíamos imposible. No todo el mundo tiene la misma forma de inteligencia ni la misma forma de cultura. Aquí también, la presión de nuestra sociedad se revela temible. Nos hace confundir inteligencia y nivel de estudios, cultura y acumulación de conocimientos, información e imposición de ideas. Usar su intelecto, es salir del conformismo, de la imagen que se tiene de sí y de las tipologías socioculturales del medio en el cual nos movemos.

Por cierto, me parece interesante precisar en este capítulo unos elementos de caracteriología que fueron muy útiles a mis pacientes, aunque esto no tenga aparentemente nada que ver con la psicogenealogía. Estos datos permiten conocerse mejor, por lo tanto desarrollar sus potencialidades y vivir más armoniosamente.

Por ejemplo, nos consideramos perezoso(a) – otra vez un juicio moral. La pereza no existe en psicología. Sencillamente, no estamos motivados. El día en que hayamos encontrado lo que nos interesa de verdad, trabajaremos sin dificultad. Existen dos tipos de carácter frente a la acción: la personalidad activa y la personalidad no – activa. Cuando somos de tipo activo, nos levantamos en general espontáneamente y en forma, actuamos por necesidad de actuar, trabajamos regularmente, metódicamente, respetamos nuestros planes, estamos organizado(a) y todo funciona como una maravillosa mecánica. Pero la tipología activa evoca el corredor de fondo y no el sprinter. De repente, se derrumba psicológicamente un activo porque las condiciones de trabajo de su empresa ya no le convienen. Hay que funcionar por intermitencia, hay plazos urgentes y fases más tranquilas. Este ritmo le conviene mal, porque necesita una actividad regular y constante. A veces, se derrumba por exceso de cansancio. Huye hacia delante para tapar una angustia más profunda. Ya no puede pararse, se vuelve lo que se llama “un alcohólico del trabajo”, como un drogadicto. Por poco que en el árbol genealógico, padre y madre nunca se hayan concedido descanso ninguno, este modelo de hiperactividad se halla reforzado. Cuando, por ejemplo, una activa padece un golpe emocional, se pone a sacar lustro a la casa de arriba a abajo; un activo revisa su coche. Convenimos con algunos pacientes en este caso, de un ejercicio práctico que consiste en no hacer nada durante quince minutos cada día. Anodino, parece. Terriblemente difícil a poner en práctica porque el activo confunde hacer y ser, actuar y vivir.

El desgraciado no – activo, se culpabiliza totalmente. No trabaja según este esquema, en absoluto. Y en una sociedad en la cual se alaban la eficacia, la rapidez, el resultado óptimo, se critica y desvaloriza, porque no sabe cómo funciona. El no – activo no actúa por necesidad, actúa por motivación. Se halla en mejor forma por la noche más que por la mañana, aplaza las tareas que le disgustan a más tarde, sabe postergar a

pasado mañana lo que no le interesa. Por ejemplo, deposita en el último segundo su declaración de renta en el buzón del Tesoro público. Si el no – activo ha de entregar un proyecto, lo entrega a la víspera noche. Actúa cuando está obligado, en la urgencia. Pero hace quince días que está pensando en este proyecto, lo está rumiando, lo está trabajando sin parecerlo. No se da cuenta y esto es lo que le provoca problemas. No hace las cosas, las siente, se impregna de ellas. Las cosas se hacen a través de él. Muchos verdugos de trabajo son no – activos, frecuentemente intuitivos, creadores, artistas, imaginativos. “Curar” a un no – activo, es explicarle su funcionamiento para que lo utilice mejor y deje de culpabilizarse. Le acecha un peligro: la depresión, cuando nada ya suscita su interés. En el plano genealógico, se pide a veces a un hijo o a una hija que ejerza una profesión porque es la que sueñan los padres, la madre o una parte de la familia. El no – activo es incapaz de hacer estudios únicamente para complacer a sus padres. Si no logra apasionarse por esta enseñanza, tendrá fracaso tras fracaso. Es fundamental que sea atento a sus intereses y sus gustos. También es particularmente receptivo al ambiente en el cual trabaja. Esto puede estimularlo enormemente. Inversamente, problemas con los colegas le afectan profundamente. Es una “esponja”.

Otro ejemplo: nuestra familia nos fue repitiendo: “ No tienes corazón”, “Eres insensible”. Sencillamente, somos no emotivo o no emotiva. Tomemos dos situaciones. Un accidente de coche acaba de producirse, la persona emotiva no forzosamente podrá aportar una ayuda eficaz, estando ella – misma en estado de choc. La persona no emotiva organiza las ayudas inmediatamente de modo lógico, racional, no está perturbada por sus emociones aunque esté afectado por lo ocurrido. Segundo caso: las noticias televisadas enseñan las consecuencias de un terremoto o de una hambruna. El individuo emotivo está trastornado, llora, padece. El no emotivo se queda tranquilo. Uno de los dramas de nuestra educación es confundir emoción y amor. Poco importa estar conmovido(a) o no por la desgracia de los demás, lo que es útil es socorrerlos. En este caso, mandar un cheque es más importante que compadecer sin ayudar concretamente. ¿Cómo trabajar psicológicamente estas dos tipologías? El emotivo intenta poco a poco dejar de confundirse con sus emociones, ya no dejarse inundar por ellas a fin de poder actuar más libremente. Inversamente, el no emotivo desarrolla progresivamente su espontaneidad afectiva, la expresión de sus sentimientos.

Frecuentemente, un(a) paciente me dice, consternado(a): “Mi jefe de departamento me hizo una observación, me quedé sin voz, hubiese debido contestarle, pero sólo lo pensé al día siguiente. Realmente soy idiota.” Esta persona no es estúpida, es secundaria. Esto significa que reacciona a las situaciones con un tiempo de latencia y necesita un plazo para integrarlas. Es una ventaja cuando los acontecimientos requieren reflexión, pero se percibe como una traba cuando se necesita una respuesta inmediata. El secundario debe ejercerse a estar más alerta con lo que siente, percibir más rápidamente que ciertas cosas no le convienen. Generalmente, rechaza este malestar o bien se siente incómodo sin saber mucho el porqué.

Al contrario, el primario reacciona inmediatamente: su reacción es fulgurante, a veces torpe. Está muy satisfecho por haber contestado de inmediato en los mismos términos, pero puede también no haber tomado el tiempo de reflexionar, distanciarse del contexto. El primario que ha tomado consciencia de su tipología es entonces capaz de retrasar ligeramente su reacción por técnicas muy simples: tomar el tiempo de una respiración antes de expresarse, esperar algunos minutos antes de reaccionar, aplazar su respuesta al día siguiente. La sabiduría popular tiene expresiones muy metafóricas a



este propósito: “Girar su lengua siete veces en la boca antes de hablar”, “La noche trae consejo”.

Estos rasgos de carácter adquiridos al nacimiento son susceptibles de estar amplificados por la historia psicogenealógica. Un trabajo consigo mismo permite usar óptimamente estos aspectos de su personalidad.

## **LAS DIFERENTES FORMAS DE “PSI”**

El mundo de la “psi” y las diferentes formas de terapia no siempre son muy bien conocidos del gran público. Me parece útil aportar algunas explicaciones. Ruego por anticipado a mis colegas que ejercen en otras disciplinas diferentes de la mía que quieran excusar lo que les pueda parecer demasiado simplista.

Aún es difícil, para ciertas personas, decidirse a tomar cita a un “psi” (psicoterapeuta). Si bien en los Estados Unidos, la psicoanálisis forma parte de “lo mejor”, en Francia, aún se tiene tendencia a confundir el recurso a un “psi” y locura. Por otra parte, por cierto, muchos temen embarcarse en una dependencia financiera y psicológica para largos años.

Tres formaciones permiten ejercer la psicoterapia y la psicoanálisis.

Los psiquiatras son médicos que siguieron una especialización en psiquiatría. Esta especialidad enseña una clasificación de las diferentes enfermedades mentales así como sus síntomas. Estudia también la biología del cerebro que está en un inicio de investigación y la farmacología correspondiente. Algunos tratan las neurosis y psicosis únicamente por prescripción de medicamentos.

Otros hicieron paralelamente un trabajo sobre sí – mismos, lo cual les permite ser psiquiatras – psicoanalistas o psiquiatras – psicoterapeutas. Como médicos, sus honorarios están asumidos en parte por la Seguridad Social.

Los psicólogos tienen una carrera o un “master” o un diploma de tercer ciclo en psicología. Todos los psicólogos no son terapeutas. Algunos, por ejemplo, trabajan en empresas en los departamentos de relaciones humanas, en la selección de personal o en la publicidad. Otros ejercen en el ambiente escolar, en hospitales, en las cárceles. Los psicólogos – terapeutas también hicieron un trabajo con ellos – mismos para conocer su yo profundo y no proyectar sobre sus pacientes su propia problemática. Son psicoterapeutas o psicoanalistas. Al no ser médicos, sus honorarios no son asumidos por la Seguridad Social.

Eventualmente, terapeutas tienen diplomas universitarios que no son de psicología. Hicieron un análisis o una psicoterapia profunda que les permite a su vez ser psicoanalistas o psicoterapeutas. Sus honorarios, tampoco asumidos por la Seguridad Social, sufren el régimen del IVA en Francia, lo mismo que para los psicólogos que no tienen ningún “master” en psicología.

La psicoanálisis está basada en una búsqueda en profundidad que tiene por objeto explorar el inconsciente y desenredar las estructuras del yo. Es un largo viaje interior a veces difícil, que se juega sobre la transferencia del paciente sobre el analista y la contra – transferencia del analista hacía el paciente. La psicoanálisis tiene por objeto el discurso del paciente, sus palabras, sus sueños. Existen múltiples escuelas analíticas. Sin embargo, los grandes ejes son formados por las referencias a Freud, Jung y Lacan. Freud, el creador de la psicoanálisis, descubrió el inconsciente, sus manifestaciones en los impulsos, los sueños, los actos fracasados, los lapsus. Reveló también las diferentes fases de la sexualidad infantil, las castraciones – o límites – necesarios al desarrollo del ser humano. Los psicoanalistas freudianos trabajan en general al ritmo de varias sesiones por semana, de treinta minutos a una hora.

Jung, discípulo de Freud, se alejó luego de él. Elabora los conceptos de animus, parte masculina de la psique femenina y de anima, parte femenina de la psique masculina. Se interesó no sólo en el inconsciente personal sino que resaltó la noción de

inconsciente colectivo al cual vinculó los grandes arquetipos del psiquismo humano: la Madre, el Padre, Dios, etc.... Los psicoanalistas jungianos consultan frecuentemente al ritmo de una sesión de una hora por semana.

Lacan hizo una nueva lectura de la obra de Freud. Se dedicó a numerosas investigaciones entre las cuales la asociación de los fonemas en el lenguaje. Un psicoanalista lacaniano escucha, naturalmente, lo que dice el paciente y el modo en que se expresa, pero también el vínculo de las palabras entre sí y de las sílabas entre sí. Las sesiones semanales son más numerosas y mucho más cortas.

La persona empieza una psicoanálisis por sesiones en las cuales está sentada frente o paralelamente al psicoanalista. Sigue luego acostada en el sofá, el psicoanalista estando detrás suyo, fuera de su campo de visión.

La psicoterapia es una técnica totalmente diferente. Tiene por objetivo desatar lo que impide al paciente vivir, sin tocar, sin embargo, las estructuras que le convienen. Es un trabajo menos profundo sobre el inconsciente, más rápido en el tiempo, menos desestructurante para la personalidad. Las conversaciones se hacen frente a frente, hay diálogo entre el paciente y el psicoterapeuta aunque algunos psicoterapeutas imitan equivocadamente el mutismo de los psicoanalistas. La transferencia es menos esencial. En general, los psicoterapeutas ejercen al ritmo de una sesión hebdomadaria de cuarenta y cinco minutos o de una hora. Algunos de ellos animan, también o únicamente, talleres o prácticas de trabajo terapéutico en grupo.

Existen varias clases de psicoterapia.

La psicoterapia analítica recoge las bases teóricas de la psicoanálisis: papel del inconsciente, análisis de los sueños, etc. La psicoterapia del comportamiento se ocupa en particular, tal como lo indica su nombre, del comportamiento, de la expresión de la personalidad; trata menos los mecanismos profundos subyacentes. Se emplea frecuentemente en empresa para desarrollar y armonizar las relaciones humanas. Citemos especialmente entre estas técnicas la PNL (Programación Neuro – Lenguística) y la AT (Análisis transaccional).

Otras formas de terapia tienen cada una su interés: Terapia familiar, Gestalt, Grito priario, etc. Algunas se basan en el acercamiento al cuerpo: Masaje californiano, Masaje sensitivo, Bio – energía, etc. Imposible ser exhaustivo.

El “New Age” hizo nacer numerosas técnicas de relajación, meditación, despertar a las sensaciones. Son métodos más “espi” (espirituales) – referentes al desarrollo espiritual – que “psi”, dedicados a una investigación del yo.

La psicoanálisis tradicional, en particular freudiana y lacaniana, olvidó “que después de remover la tierra, es bueno plantar flores”. Inversamente, otros métodos siembran jardines paradisiacos, vanamente, porque el suelo no ha sido trabajado.

## **LA TERAPIA EN PSICOGENEALOGÍA**

La terapia en psicogenealogía es una psicoterapia analítica. No tiene nada que ver con una psicoanálisis o una terapia del comportamiento. Es también diferente, en ciertos aspectos, de las psicoterapias tradicionales como lo veremos ulteriormente.

Una psicoterapia, es un trabajo que se hace juntos: paciente y terapeuta. Como lo expresa muy bien Karlfried Graf Durckheim, “terapeuta no significa el que cuida sino el que acompaña en el camino”. El terapeuta no le hace renacer milagrosamente a su auténtico yo y a su vida verdadera. Es Vd. quien va a comprender, sentir, operar la alquimia interior, es Vd. quien se va a transformar y curarse, y nadie más.

¿Entonces, porqué consultar a un psicoterapeuta, porqué necesitar a alguien más? Una psicoterapia, es una historia de amor y de aptitud. Conscientemente, el paciente acude para hallar un conocimiento, una comprensión de su psiquismo, un diálogo. Por esto, soy hostil a los terapeutas mudos. Inconscientemente, el consultante espera estar escuchado, entendido, comprendido, sin proyección, sin juicio, con paciencia y benevolencia. El terapeuta le tiende el espejo en el cual se descubre Vd. poco a poco tal como es.

Opuestos a los silenciosos, pero igual de perniciosos son los psicoterapeutas que hablan demasiado. Frecuentemente son mamás o papás protectores que tienen tendencia a inundar a sus pacientes de sus buenos consejos. Caen entonces en la trampa de la infantilización del consultante: “Fabríqueme un milagro, asúmame, decida por mí”. El trabajo de un psicoterapeuta competente es ayudar al paciente a encontrar por sí – mismo la solución que lleva en él.

El terapeuta le da el amor incondicional que esperaba Vd. de su familia y especialmente de sus padres. Así se establece una relación afectiva privilegiada, lo que se llama la transferencia. Vd. proyectará sobre el terapeuta toda la gama de sentimientos que sintió durante su infancia: deseo de fusión, identificación y mimetismo, amor, rechazo, cólera, odio. No hay trabajo consigo mismo sin afecto. A través de este baile de emociones contradictorias que Vd. expresa, Vd. aprende a liberarse de los mecanismos psicológicos que Vd. va repitiendo en función de su historia familiar. Si, en la mayoría de casos, todo va bien, hay que mencionar algunas transferencias que acaban mal. El consultante rehúsa comunicar con su terapeuta, que se ha transformado en un objeto de asco, y deja su trabajo. Frecuentemente digo a mis pacientes: “Tienen el derecho de sentir rencor hacía mí, enfadarse conmigo, detestarme, pero díganmelo, esto nos permitirá analizarlo juntos.”

La psicoterapia es también cuestión de capacidad por parte del paciente. Primero ha de estar listo, es decir que ya no soporta su malestar y acepta volver a cuestionarse, analizarse, comprenderse, integrarse, transformarse. Se me pregunta a veces: “No le deprime toda esta gente que le viene a consultar porque van mal?” No, esto no es deprimente porque evolucionan y muchas veces rápidamente. Lo que es desesperante, es percibir a seres, a través de múltiples circunstancias de la vida cotidiana, que hacen su propia desgracia y por consiguiente, la de los demás: personas que padecen y hacen padecer en el más perfecto desconocimiento de sí – mismas.

Cuando acude un paciente para consultar a un terapeuta, la mitad del trabajo ya está realizada. Naturalmente, desde la primera sesión, es indispensable que se sienta bien consigo mismo. Si no es el caso, hay que buscar a otro. Una persona que empieza un trabajo consigo empieza a tomar su vida en mano. Ya no es víctima de lo que se

llama la casualidad o los acontecimientos: siente intuitivamente que es responsable de lo que le sucede, que tiene algo que ver en ello. Ya es el principio del renacimiento.

¿Cómo se realiza una psicoterapia en psicogenealogía? ¿Cuáles son sus especificidades, sus particularidades? Naturalmente, cada caso es diferente, cada relación terapéutica única. El paciente no está al servicio del método pero el método está al servicio del paciente.

Alguien concierta hora porque tiene problemas. Pueden ser éstos de todo tipo: personal, afectivo, sexual, profesional, relacional. Algunos tienen graves dificultades con sus padres, su cónyuge o sus hijos. Otros padecen en su cuerpo. Otros aún están mal en su piel. O están inhibidos, depresivos, angustiados, fóbicos, suicidarios.

En el curso de nuestra prima entrevista, ayudo a esta persona a expresar lo que le duele. Compruebo que está lista para realizar un trabajo psicológico. Es imposible emprender una terapia si el paciente no tiene un objetivo: ¿qué quiere, que quiere cambiar, transformar en sí y en su vida? Es evidente que este objetivo evoluciona, se enriquece en el curso de su trabajo. Pero no hay motivación suficientemente clara e importante en el inicio, más vale esperar para empezar; o bien quizás no convenga este paso. Sin embargo el hecho de tomar hora revela una decisión largamente madurada.

Muy rápidamente, empezamos a explorar juntos elementos del árbol genealógico del consultante para ir buscando causas de sus males. Al final de esta primera hora de trabajo, pregunto al paciente si se siente a gusto conmigo y desea seguir. Si la respuesta es afirmativa, fijamos la próxima hora.

Excepcionalmente recibo cada semana, salvo caso de urgencia. Suelo fijar los encuentros cada dos o tres semanas. Las sesiones son densas y se necesita tiempo para integrar el material trabajado.

La originalidad de la terapia en psicogenealogía consiste en el análisis sistemático no sólo de los padres, hermanos y hermanas, primos y primas, sino también de los abuelos tíos y tías, incluso bisabuelos o amigos cercanos a la familia.

Esto permite dejar de ser víctima de los funestas maldiciones de nuestra infancia. Si actuaron así nuestros padres con nosotros, es porque ellos mismos eran presos de su vivido familiar doloroso. Comprender que se trata de una cadena de desgracias que podemos romper para nosotros y nuestros hijos hace de nosotros unos seres liberados. Importa curar en nosotros el sufrimiento de nuestros padres. Si no lo hemos logrado, si no hemos sentido lo que sintieron, algo subsiste en nosotros de su dolor y nos encarcela aún. Nos liberaremos sólo liberándonos. Después de haber expresado nuestro sufrimiento, nuestro resentimiento, nuestra cólera, nuestro odio, podemos perdonar poco a poco. A nosotros primero, porque en el fondo todas estas proyecciones, todas estas identificaciones no tienen nada que ver con nuestro verdadero yo. A los miembros de nuestra familia luego, que no tienen la suerte de poder vivirse en plenitud.

Ciertos pacientes conocen muy poco su árbol genealógico, y temen no tener bastantes informaciones. A veces, a lo largo de las sesiones, les es posible informarse cerca de miembros de su parentesco. Cuando no es el caso, trabajamos esencialmente sobre el fantasma del paciente. No hay verdad objetiva en psicogenealogía. Tuve la suerte de acompañar varios hermanos y hermanas de la misma familia. Cada uno tenía una psicogenealogía completamente diferente.

La terapia psicogenealógica es un método de investigación sumamente rígido. En unas diez horas, el paciente puede captar el origen de sus problemas. Sin embargo, una cosa es saber, otra es integrar y curar. Las sesiones individuales sirven a desenredar, luego comprender y por fin asimilar.

Sin embargo, cualquier toma de consciencia que sólo es intelectual y no comporta un trabajo emocional es insuficiente para transformarse. No basta con conocer las causas de su sufrimiento, hay que renacer a sí – mismo y a la alegría de vivir.

Por esto, la otra fase fundamental de un trabajo en psicogenealogía consiste en participar a unas prácticas de grupo. Animo estos momentos fuertes de la terapia por dos motivos. Por una parte, sólo volviendo a vivir los traumatismos familiares, poniéndoles en escena, puede uno liberarse emocionalmente. Por otro lado, sólo el grupo permite la elaboración simbólica de su verdadera personalidad y por lo tanto de su curación.

Por otro lado, animo a mis pacientes a hacer paralelamente un trabajo sobre el cuerpo con otros terapeutas ejerciendo en este campo. El cuerpo es el lugar del inconsciente. Masajes apropiados, en particular, permiten recuperar la propia memoria arcaica y facilitar la búsqueda sobre sí. Ayudan igualmente a la liberación de las energías bloqueadas y conllevan conjuntamente una mutación llevando a un renacimiento psicológico.

## **LA DIFUSION DE LA PSICOGENEALOGIA**

La noción de psicogenealogía empieza a aflorar en el inconsciente colectivo. Prueba de ello el éxito de las series televisadas que tratan de las sagas familiares. También, numerosos guiones de películas tienen por base historias genealógicas.

Cualquier psicoterapia, cualquier psicoanálisis se interesa a la infancia. Como lo dice hermosamente un paciente: “Somos todos niños de nuestra infancia”. Pero generalmente sólo se tiene en cuenta la familia inmediata: madre, padre, hermanos y hermanas. Rara vez se analiza a los tíos o tías, abuelos cuando no se los conoció, a fortiori a los bisabuelos.

Deseo de todo corazón que la terapia en psicogenealogía no se quede la especialidad mía. Mi más entrañable deseo es el formar a otros psicoterapeutas en esta técnica.

Esta formación se dirige en primer lugar a terapeutas que ya ejercen y desean ampliar su campo de investigación. Se dirige también, precedida de un trabajo profundo sobre sí, a estudiantes en psicología y personas, psicólogos o no, que deseen practicar ulteriormente la psicoterapia genealógica. Por fin, puede informar mejor a los que tienen una profesión de ayuda a los demás y de contacto: médicos, enfermeras, personal docente, educadores, asistentes sociales, etc.

Dentro de algunos años, quizás, las bases de los mecanismos psicogenealógicos estarán enseñadas en la escuela. ¡Cuántos sufrimientos podrían así estar ahorrados y cuántas potencialidades podrían así realizarse libremente!